Dalton Trumbo's

johnny got his gun



Johnny cogió su fusil es la gran novela antibelicista por excelencia. Publicada por primera vez en 1939, la historia de Dalton Trumbo sobre un joven soldado americano terriblemente dañado durante la Primera Guerra Mundial "sobrevive sin brazos, sin piernas, sin rostro pero con la mente intacta" fue un éxito inmediato. Esta conmovedora novela marcó un punto y aparte para muchos americanos que crecieron con la Segunda Guerra Mundial y se convirtió en la novela antisistema más popular de la era de Vietnam. Actualmente vuelve a ser de gran actualidad. Dalton Trumbo (Colorado, 1905 - Hollywood, 1976) debutó como novelista en 1935 con la novela Eclipse y durante ese mismo año empezó a trabajar como guionista en la industria cinematográfica de Hollywood. En 1939 publicó Johnny cogió su fusil, inspirándose en un artículo que leyó sobre un oficial británico que quedó totalmente desfigurado durante la Primera Guerra Mundial. El libro obtuvo el National Book Award y en la década de los sesenta Luis Buñuel le propuso hacer una película sobre el libro. Fue el mismo Trumbo, con 65 años de edad, quien adaptó su novela a la gran pantalla y debutó como director cinematográfico. Asimismo, fue uno de los "Hollywood Ten", grupo formado por guionistas y directores destacados que fueron arrestados en los años cincuenta durante la cruzada macartista contra los comunistas. Se le incluyó en las listas negras de la industria del cine, obligándole a trabajar bajo seudónimo durante varios años. Murió, tras una larga enfermedad y antes de acabar su última novela, en 1976. No es atrevido afirmar que Johnny cogió su fusil es la novela más representativa del antibelicismo en el siglo XX.



Dalton Trumbo

Johnny cogió su fusil

ePUB v1.0
rosmar71 28.03.12

BRUGUERA
Título original:
JOHNNY GOT HIS GUN
Traducción: Marta Susana Eguía
1* edición: mayo, 1981
La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Diseño de cubierta: Soulé-Spagnuolo
Printed in Spain
ISBN 84-02-07872-9 / Depósito legal: B. 8.956 - 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carret. Nacional 152, km. 21,650. Parets del Vaüés (Barcelona)-1981

Prólogo

La I Guerra Mundial comenzó como un festival de verano: todo eran faldas ondulantes y charreteras doradas. Las multitudes vitoreaban desde las aceras mientras emplumadas altezas imperiales, dignatarios, mariscales y otros tontos por el estilo desfilaban por las capitales de Europa a la cabeza de sus resplandecientes legiones.

Fue una temporada de generosidad; una etapa de alardes, bandas musicales, poemas, canciones, inocentes plegarias. Era un agosto palpitante y sin aliento a causa de jóvenes caballeros oficiales que pasaban noches prenupciales con muchachas que abandonarían para siempre. Uno de los regimientos escoceses, en su primera batalla, cruzó la trinchera detrás de cuarenta gaiteros con faldas de tartán, con la única misión de tocar sus instrumentos frente a las ametralladoras.

Más tarde, había nueve millones de cadáveres cuando las bandas de música y los dignatarios emprendieron la fuga, el quejido de las gaitas nunca más volvería a ser el mismo. Fue la última guerra romántica, y quizá, *Johnny cogió su fusil,* la última novela norteamericana que se escribió sobre ella antes de que se pusiera en marcha un acontecimiento totalmente distinto llamado II Guerra Mundial.

El libro tiene una enigmática historia política. Escrito en 1938, cuando el pacifismo constituía un anatema para la izquierda y para gran parte de los sectores centristas norteamericanos, fue editado en la primavera de 1939 y publicado el 3 de septiembre: diez días después del pacto nazi-soviético, a dos días de iniciada la II Guerra Mundial.

Más tarde, Joseph Wharton Lippincott (pensando que estimularía las ventas) sugirió que se vendieran los derechos de publicación al *Daily Worker* de Nueva York. A partir de entonces, durante meses, el libro fue un factor de unificación para las izquierdas.

Al parecer, después de Pearl Harbor, el tema se volvió tan inadecuado para la época como el chillido de las gaitas. Paul Blanshard, al referirse a la censura militar en *The Right to Read*[1] (1955), dice: «Se prohibieron algunas pocas revistas extranjeras pro-Eje, además de tres libros, entre ellos la novela pacifista de Dalton Trumbo *Johnny Get Your Gun*[2], publicada durante el período del pacto Hitler-Stalin.»

Dado que el señor Blanshard incurrió en lo que espero haya sido un error inconsciente, tanto en lo que se refiere al período de «publicación» del libro cuanto en lo relativo al título con el que se «publicó», no puedo confiar demasiado en su historia de la prohibición. Sin duda, yo no fui informado; recibí numerosas cartas de militares de servicio que lo habían leído en las bibliotecas del Ejército de ultramar; y en 1945, yo mismo encontré un ejemplar en Okinawa, cuando aún se estaba combatiendo.

Sin embargo, si lo habían censurado y yo lo hubiese sabido, creo que no habría protestado en voz alta. Hay momentos en que puede ser necesario que ciertos derechos privados cedan ante las exigencias de un beneficio público más amplio. Sé que se trata de una idea peligrosa y no desearía llevarla demasiado lejos, pero la II Guerra Mundial *no* fue una guerra romántica.

A medida que el conflicto se profundizaba y **Johnny** se dejaba de imprimir, la imposibilidad de conseguirlo se convirtió en una reivindicación de los derechos civiles para la extrema derecha norteamericana. Organizaciones pacifistas y grupos de «Madres» de todo el país se inundaron de vehementes cartas solidarias, denunciando a judíos, comunistas, partidarios del *New Deal,* y banqueros internacionales que habían prohibido mi novela para intimidar a millones de verdaderos norteamericanos que exigían inmediatamente una paz negociadora.

Mis corresponsales, muchos de los cuales usaban papel refinado y remitentes húmedos por el agua de mar de lugares vacacionales y deportivos, poseían una red de comunicaciones que llegaba hasta los campos de detención de internados pro-nazis. Hicieron subir el precio del libro a más de seis dólares el ejemplar usado, lo cual me desagradó por varias razones, una de ellas, fiscal. Proponían una marcha nacional pro-paz inmediata, de la que yo sería el líder; prometieron y llevaron a cabo una campaña de cartas para presionar al editor en favor de una reedición.

Nada podría haberme convencido tan rápidamente de que *Johnny* era precisamente el tipo de libro que no debía reeditarse hasta que terminara la guerra. Los editores coincidieron en el mismo sentido. Ante la insistencia de algunos amigos convencidos de que las gestiones de mis

corresponsales podían ejercer un efecto funesto sobre los esfuerzos empeñados en la guerra, cometí la estupidez de informar al FBI acerca de sus actividades. Pero el interés de una maravillosa y perfecta pareja de investigadores que llegó a mi casa no se centró en las cartas, sino en mí. Tengo la impresión de que dicho interés no se ha disipado y que lo tengo merecido.

Las dos o tres reediciones que aparecieron después de 1945 fueron bien recibidas por las izquierdas en general y, al parecer, completamente ignoradas por el resto del público, inclusive por aquellas apasionadas madres de tiempos de guerra. El libro dejó de imprimirse nuevamente durante la Guerra de Corea.

Decidí entonces comprar las planchas a fin de evitar que fuesen vendidas al gobierno para que las convirtiera en municiones. Y allí es donde termina o comienza la historia.

Al leerlo nuevamente después de tantos años, tuve que resistirme al fuerte deseo que me impulsaba a retocarlo aquí, modificarlo allí, aclarar, corregir, elaborar, retocar. Al fin y al cabo, el libro tiene veinte años menos que yo y yo he cambiado mucho, y él no. ¿O sí?

¿Es posible que haya algo que se resista al cambio, aunque no se trate más que de una simple mercancía que puede ser comprada, enterrada, censurada, maldecida, elogiada o ignorada por razones que siempre suelen ser equivocadas? Probablemente no. *Johnny* tuvo un significado diferente para tres guerras diferentes. Su significado actual es aquel que le atribuyen sus lectores, y cada lector —felizmente— es distinto de todos los demás y también susceptible de cambios.

Lo he dejado como era para ver cómo es.

Dalton Trumbo

Los Ángeles Marzo 25, 1959

Agregado: 1970

Once años más tarde. Los números nos han deshumanizado. A la hora del desayuno leemos que 40.000 norteamericanos han muerto en Vietnam. En lugar de vomitar, nos servimos una tostada. Por la mañana, nos sumergimos precipitadamente en las calles atestadas, no para gritar asesinos sino para abalanzarnos sobre el abrevadero antes de que otro engulla nuestra ración.

Una ecuación: 40.000 jóvenes muertos=3.000 toneladas de carne y huesos, 124.000 libras de masa encefálica, 50.000 galones de sangre, 1.840.000 años de vida que no se vivirán, 100.000 niños que jamás nacerán. (En cuanto a esto último, podemos soportarlo: ya hay demasiados niños en el mundo que se mueren de hambre.)

¿Gritamos por la noche cuando estos elementos interfieren en nuestros sueños? No. No soñamos con eso, porque no lo pensamos; y no lo pensamos porque no nos importa. Nos interesan mucho más la ley y el orden; poder transitar sin riesgos por las calles de Estados Unidos. Mientras, convertimos las de Vietnam en cloacas atiborradas de sangre, que volvemos a llenar todos los años cuando obligamos a nuestros hijos a elegir entre una celda aquí o un ataúd allá. «Cada vez que miro la bandera, mis ojos se llenan de lágrimas.» También los míos.

Si para nosotros los muertos no significan nada (excepto el fin de semana correspondiente al Día del Soldado Muerto, en que nadadores, esquiadores, *surfers,* amantes de pic-nics y campings, cazadores, pescadores, futbolistas, bebedores de cerveza se aglomeran en las rutas nacionales), *¿qué hay* de nuestros 300.000 heridos? ¿Alguien sabe dónde están? ¿Cómo se sienten? ¿Cuántos brazos, piernas, orejas, narices, bocas, caras, penes, han perdido? ¿Cuántos han quedado sordos o mudos o ciegos o las tres cosas? ¿Cuántos han sufrido una, dos o tres amputaciones? ¿Cuántos permanecerán inmóviles para el resto de sus días? ¿Cuántos no son más que meros vegetales descerebrados que agotan silenciosamente su aliento y sus vidas en oscuras y secretas habitaciones?

Escribid al Ejército, a la Fuerza Aérea, a la Marina, al Cuerpo de Infantería de Marina, a los Hospitales del Ejército y la Marina, el Director de Ciencias Médicas de la Biblioteca Nacional de Medicina, a la Administración del Veterano, al Despacho del Cirujano General y os asombraréis de vuestra ignorancia. Un organismo informa que desde enero de 1965 ingresaron 726 pacientes destinados al «servicio de amputación». Otro se refiere a unos 3.011 mutilados desde comienzos del año fiscal 1968. Lo demás es silencio.

El *Informe Anual de Cirugía General: Estadísticas Médicas del Ejército de los Estados Unidos* no se publica desde 1954. La Biblioteca del Congreso informa que la Oficina Militar de Cirugía General para Estadísticas Médicas «no tiene cifras de amputaciones simples o múltiples». O bien el gobierno no les otorga importancia alguna, o bien, como dice un investigador de una de las redes nacionales de televisión, «el militar sabe con certeza cuántas toneladas de bombas han sido arrojadas, pero no está seguro acerca del número de piernas y brazos que han perdido sus hombres».

Si no existen cifras concretas, al menos comenzamos a disponer de cifras comparativas. Vietnam nos ha dejado, proporcionalmente, ocho veces más paralíticos que la II Guerra Mundial, tres veces más incapacitados totales, 35 por ciento más de mutilados. El senador Cranston de California llega a la conclusión de que el 12,4 por ciento de los veteranos de Vietnam que reciben indemnizaciones por heridas sufridas en combate están totalmente incapacitados. Totalmente.

Pero ¿cuántos centenares o millares de muertos-vivientes surgen con exactitud de ese porcentaje? No lo sabemos. No preguntamos. Nos alejamos de ellos; apartamos los ojos, los oídos, la nariz, la boca, el rostro. «Por qué mirar, no es mía la culpa, ¿verdad?» La muerte nos espera también a nosotros. Tenemos un sueño por delante, la más pura de las esperanzas, y es preciso que la busquemos y la encontremos antes de que oscurezca.

Hasta siempre, perdedores. Dios os bendiga. Cuidaos. Nos volveremos a ver.

Dalton Trumbo

Los Ángeles, Enero 3, 1970

Libro Primero
LOS MUERTOS

I

Deseaba que el teléfono dejara de sonar. Ya era demasiado estar enfermo como para oír sonar un teléfono toda la noche. Joder qué mal se sentía. Y no era a causa de ese agrio vino francés. No hay hombre capaz de beber tanto como para tener la cabeza de ese tamaño. Su estómago daba vueltas y vueltas y más vueltas. Era agradable que nadie atendiera ese teléfono. Sonaba como si estuviera en un recinto de un millón de millas de ancho. También su cabeza tenía un millón de millas de ancho. Al infierno con el teléfono.

Ese maldito timbre debía estar en el otro extremo de la tierra. Para llegar a él se vería obligado a andar un par de años. Ring ring ring toda la noche. Quizá alguien necesitaba algo urgente. Las llamadas nocturnas suelen ser importantes. Podrían prestarles atención. ¿Cómo podían suponer que él lo atendería? Estaba cansado y su cabeza había adquirido una dimensión exorbitante. Aunque le metieran un teléfono entero en la oreja ni siquiera lo sentiría. Era como si hubiese ingerido dinamita.

¿Por qué nadie atendía ese maldito teléfono?

—Oye Joe. Adelante y al centro.

Allí estaba endemoniadamente enfermo y como un condenado imbécil avanzaba hacia el teléfono por la sala de expedición nocturna. Había tanto ruido que era imposible suponer que alguien pudiese percibir un sonido tan leve como el de un timbre de teléfono. Sin embargo él lo había oído. A pesar del clic—clic—clic de las empaquetadoras del Battle Creek y del rechinar de las cintas transportadoras y del rugido de los hornos giratorios en la planta superior y del estruendo de los cubos de acero arrastrados hasta el lugar y del estrépito de los motores que ajustaban en el garaje para el trabajo matutino y del grito de los rodillos que necesitaban aceite ¿por qué diablos nadie los engrasaba?

Echó a andar por el pasillo central entre los cubos de acero repletos de pan. Se coló a través de los deshechos de cajones de madera y cartones arrugados y trozos de pan aplastados. Los muchachos lo miraron pasar. Recordaba sus rostros flotando a su lado a medida que se acercaba al teléfono. El Holandés y el Holandesito y Whitey y Pablo y Rudy y todos los muchachos. Le miraron con curiosidad mientras iba pasando delante de ellos. Tal vez porque en su fuero interno estaba asustado y eso se percibía desde fuera. Llegó al teléfono.

—Hola.

—Hola hijo. Ven a casa ahora mismo.

—Está bien madre. Voy para allí en seguida.

Entró en la oficina con el techo inclinado y el gran frente de cristal desde donde Jody Simmons el capataz vigilaba estrechamente a su cuadrilla.

—Jody tengo que ir a casa. Mi padre acaba de morir.

—¿Morir? ¡Por Dios hijo! lo siento. Por supuesto muchacho vete. Rudy. Oye Rudy. Coge un camión y lleva a Joe a su casa. Su vie… su padre acaba de morir. Desde luego muchacho. Ve a casa. Haré que alguno de los muchachos te reemplace. Eso es duro muchacho. Vete.

Rudy apretaba el acelerador. Afuera llovía porque era diciembre en Los Ángeles poco antes de Navidad. Los neumáticos chirriaban contra el pavimento mojado. Era la noche más silenciosa que recordaba si no hubiese sido por el chirrido de las ruedas **y** el traqueteo del Ford que resonaba entre los edificios desiertos de una calle vacía. Sin duda. Rudy apretaba el acelerador. Detrás de ellos en la parte trasera del camión algo repiqueteaba a un ritmo siempre igual independiente de la velocidad. Rudy no decía nada. Se limitaba a conducir. Al pasar por Figueroa dejaron atrás unas casas grandes y antiguas luego unas más pequeñas y otras hacia el extremo sur. Rudy detuvo el vehículo.

—Gracias Rudy. Te avisaré cuando todo termine. En un par de días volveré al trabajo.

—Desde luego Joe. Está bien. Es duro. Lo siento. Buenas noches.

El Ford se adhirió con fuerza. Luego su motor rugió y se deslizó calle abajo. El agua burbujeaba a lo largo del bordillo y la lluvia caía acompasada y uniforme. Se detuvo un momento respiró hondo y luego emprendió el camino hacia su casa.

La casa estaba en una callejuela encima de un garaje y detrás de un edificio de dos pisos. Para

llegar allí recorrió una calzada estrecha entre dos casas muy próximas entre sí. El espacio entre las dos casas estaba oscuro. La lluvia de ambas azoteas confluía allí y repiqueteaba en amplios charcos con un extraño eco de humedad como el de un cubo que se vaciara en una cisterna. Sus pies chapoteaban en el agua.
Cuando salió de la calzada entre las dos casas vio luz en el garaje. Al abrir la puerta le envolvió una ráfaga de aire caliente que olía al jabón y al alcohol para friegas que usaban para bañar a su padre mezclado con el talco que le ponían luego para que no se le hiciesen llagas en la cama. Todo estaba en silencio. Subió la escalera de puntillas oyendo aún el ligero chapoteo de sus zapatos.
Su padre muerto estaba en la sala y una sábana le cubría el rostro. Había estado enfermo mucho tiempo y habían decidido tenerlo en la sala porque en el porche con cristales que era el dormitorio de su padre su madre y sus hermanas había demasiada corriente de aire.
Avanzó hacia su madre y le tocó el hombro. Ella no lloraba demasiado.
—¿Has llamado a alguien?
—Si vendrán de un momento a otro. Pero antes quería qué tú estuvieses aquí.
Su hermana menor seguía durmiendo en el porche pero su hermana mayor de sólo trece años estaba encogida en un rincón envuelta en una bata conteniendo los suspiros. Y sollozando en silencio. La miró. Lloraba como una mujer. Hasta entonces no había caído en cuenta de que era prácticamente una mujer. Había crecido todo el tiempo y él no lo había advertido hasta ahora que la veía llorando por la muerte de su padre.
Abajo llamaron a la puerta.
—Son ellos. Vamos a la cocina. Será mejor así.
Tuvieron algunas dificultades para llevar a su hermana a la cocina pero ella fue silenciosamente. Parecía incapaz de caminar. Su rostro estaba pálido. Sus ojos eran grandes y más que llorar jadeaba. Su madre se sentó en una banqueta de la cocina y cogió a su hermana en brazos. Luego él se asomó a la escalera y dijo en voz baja.
—Adelante.
Dos hombres de camisas de cuello limpio y resplandeciente abrieron el portal y comenzaron a subir la escalera. Traían un gran cesto de mimbre. Rápidamente entró en la sala y retiró las sábanas para mirar a su padre antes de que ellos llegaran al tope de la escalera.
Contempló un rostro fatigado que sólo tenía cincuenta y un años. Mientras lo miraba pensó papá me siento mucho más viejo que tú. He sentido pena por ti papá. Las cosas no marchaban bien y nunca habrían marchado bien para ti y es mejor que estés muerto. En estos tiempos la gente tiene que ser más rápida y más dura que tú papá. Buenas noches y que tengas hermosos sueños. No te olvidaré y hoy no estoy tan triste por ti como estaba ayer. Yo te amaba papá. Buenas noches.
Entraron en la habitación. El volvió a la cocina con su madre y su hermana. La otra hermana que sólo tenía siete años dormía aún.
De la sala llegaban algunos ruidos. Eran los pasos de los hombres que caminaban de puntillas alrededor del lecho. Era el lánguido susurro de las mantas que echaban hacia los pies. Luego el ruido de los resortes de la cama que se distendían después de ocho meses de uso. En seguida el gemido del mimbre que acogió la carga que había sido retirada de la cama. Por último el cesto crujió por todas partes y los pies se deslizaron por la sala hacia la escalera. Se preguntó mientras iban escaleras abajo si el cesto estaría bien nivelado o si la cabeza estaba más baja que los pies o si de alguna forma podía ser incómodo. Si su padre hubiese realizado esa misma tarea hubiese llevado el cesto con gran suavidad.
Su madre comenzó a temblar un poco cuando cerraron el portal al pie de la escalera. Su voz era como aire seco.
—Ese no es Bill. Puede parecerlo pero no lo es.
El le acarició el hombro. Su hermana volvió a acurrucarse en el suelo.
Eso fue todo.
¿Por qué no se terminaba entonces? ¿Cuántas veces tendría que revivirlo? Ya había pasado todo. Terminado. ¿Por qué seguía sonando ese maldito teléfono? Estaba chiflado porque había bebido

mucho y le quedaban los resabios de la borrachera y ahora tenía pesadillas. Muy pronto si era necesario se despertaría y atendería el teléfono pero por consideración alguien debería hacerlo en su lugar porque él estaba cansado y enfermo.

Todo se volvía flotante y endeble. Las cosas estaban quietas y endiabladamente apacibles. Un dolor de cabeza después de una borrachera es como un martilleo y un estruendo y convierte el cráneo en un infierno. Pero no era la resaca de una borrachera. Estaba enfermo. Era un hombre enfermo y recordaba cosas. Como si saliese de los efectos del éter. Pero era de suponer que ese teléfono dejaría de sonar alguna vez. No podía seguir indefinidamente. Y él no podía seguir repitiendo siempre la misma historia de ir a atenderlo y escuchar que su padre había muerto y luego volver a su casa en una noche de lluvia. Si seguía haciéndolo cogería un catarro. Además su padre podía morir sólo una vez.

El timbre del teléfono era parte de un sueño. Su sonido no era como el de cualquier otro teléfono ni se parecía a cosa alguna porque significaba muerte. Al fin y al cabo ese teléfono era algo determinado algo muy determinado como solía decir el viejo profesor Eldridge en el último año de inglés. Y una determinada cosa se aferra a ti aunque de nada sirve que lo haga tan intensamente. Ese timbre y su mensaje y todo lo que eso significaba había ocurrido hacía mucho tiempo y él ya lo había dado por concluido.

El timbre volvió a sonar. Podía oírlo muy lejos como si fuese un eco que atravesaba innumerables persianas en su mente. Lo oía como si estuviese atado y no pudiese atenderlo y sin embargo tuviese la obligación de hacerlo. El timbre sonaba tan solitario como Cristo llamando desde el fondo de su mente esperando una respuesta. Y no podían comunicarse. Cada toque parecía volverse paulatinamente más solitario. A cada sonido del teléfono se asustaba más.

Nuevamente a la deriva. Estaba herido. Muy malherido. El campanilleo del timbre se iba disipando gradualmente. Estaba soñando. No estaba soñando. Estaba despierto aunque no podía ver. Estaba despierto aunque no podía oír nada salvo un teléfono que en realidad no sonaba. Estaba muy asustado.

Recordó cómo de pequeño después de leer *Los últimos días de Pompeya* se despertaba por la noche en medio de la oscuridad gritando espantado con el rostro hundido en la almohada y pensando que la cima de una de las montañas de su Colorado había volado y que las mantas eran lava y él estaba sepultado vivo y que se quedaría allí muriendo eternamente. Ahora sentía ese mismo sentimiento de ahogo la misma vergonzosa congoja en sus entrañas. En el paroxismo del terror juntó sus fuerzas e hizo el ademán de un hombre enterrado en la arena que araña el aire con sus manos.

Luego sintió náuseas y ahogo y se desvaneció a medias arrastrado por el dolor. Por su cuerpo parecía circular una corriente eléctrica que lo sacudía espasmódicamente y lo arrojaba contra la cama exhausto y absolutamente inmóvil. Se quedó así sintiendo cómo el sudor brotaba de su piel. Luego le sobrevino otra sensación. Sentía su piel caliente y húmeda y la humedad le permitió sentir los vendajes. Estaba envuelto en ellos de arriba abajo. Hasta la cabeza.

Entonces estaba realmente herido.

El corazón golpeó contra las costillas a causa del impacto. El cuerpo se le llenó de aguijones. Su corazón latía como si estallase en el pecho pero él no podía sentir el pulso en sus oídos.

¡Oh Dios! entonces estaba sordo. ¿De dónde sacaban toda esa basura acerca de los refugios a prueba de bombas si a un hombre allí dentro podían sacudirlo de modo tal que todo el complejo mecanismo de sus oídos podía estallar hasta dejarlo tan sordo como para no poder oír los latidos de su propio corazón? Le habían golpeado duro y ahora estaba sordo. No ligeramente sordo. No sordo a medias. Totalmente sordo.

Por un momento, mientras el dolor se iba desvaneciendo pensó todo esto me permitirá meditar. ¿Y los otros? ¿Qué fue de ellos? Tal vez no tuvieron tanta suerte. Había buenos muchachos en ese agujero. ¿Cómo será estar sordo y tener que hablar a gritos? Escribes en un papel. No. Al revés. Tú lees lo que te escriben en un papel. No es un motivo para ponerse a bailar pero podría haber sido peor.

Lo único es que cuando uno está sordo se siente solo. Olvidado de Dios.

De modo que nunca más volvería a oír. Pues bien había muchas cosas que no quería volver a oír. Nunca había querido escuchar el punzante repiqueteo de la ametralladora ni el agudo silbido de un obús del 75 cayendo a toda velocidad ni el trueno pausado que seguía a su estallido ni el gemido de un avión ahí arriba ni los aullidos de un tío que trata de explicarle a alguien que tiene una bala atravesada en el estómago y que por el agujero se le está saliendo el desayuno y por qué nadie se detiene y le da una mano sólo que nadie puede oírle porque todos están asustados. Al infierno.

Las cosas entraban y salían de foco. Era como mirar en uno de esos espejos de afeitar de aumento atraerlo hacia uno y volverlo a alejar. Estaba enfermo y probablemente loco estaba malherido y solitariamente sordo pero estaba vivo y seguía escuchando a lo lejos el sonido agudo del timbre del teléfono.

Se hundía y reflotaba y luego comenzaba a girar en lánguidos y perezosos círculos negros. Todo bullía en sonidos. Sin duda estaba loco. Fugazmente vio la gran zanja donde solía ir a nadar con los muchachos en Colorado antes de partir hacia Los Ángeles antes de entrar en la panadería. Oía el chapoteo del agua cuando Art hacía una de sus piruetas al zambullirse es idiota tirarse de tan alto pero ¿por qué nosotros no podíamos hacerlo? Contempló las ondulantes praderas de Grand Mesa a once mil pies de altura y vio hectáreas de aguileñas agitándose en la fresca y apacible brisa de agosto y oyó el murmullo lejano de los arroyos de las montañas. Vio a su padre arrastrando el trineo. Su madre iba dentro. Era una mañana de Navidad. Oyó la nieve fría bajo los patines del trineo regalo de Navidad y su madre reía como una niña y su padre sonreía con ese gesto tranquilo y surcado de arrugas.

Sus padres parecían divertirse juntos. En especial entonces. Solían flirtear delante de él antes de que nacieran las niñas. ¿Recuerdas esto? ¿Y aquello? Lloré. Tú hablabas así. Te peinabas así. Me levantaste y me recordaste cuán fuerte eras y me pusiste encima del viejo Frank porque era dócil y después cabalgamos sobre el río helado y el viejo Frank escogía su camino tan cuidadosamente como un perro.

¿Recuerdas el teléfono cuando me cortejabas? Recuerdo todo. Hasta el ganso que se me echaba encima silbando cuando yo te abrazaba. ¿Recuerdas el teléfono cuando éramos novios tontito? Recuerdo. ¿Recuerdas la línea del teléfono que recorría dieciocho millas por el valle de Colé Creek y sólo había cinco abonados? Lo recuerdo. Recuerdo la forma en que me miraste con tus ojos grandes y tu frente suave que no ha cambiado. ¿Te acuerdas cuán nueva era aquella línea telefónica? Uno se sentía solo allí. Ni un alma en tres o cuatro millas y en realidad nadie en el mundo sólo tú. Y yo esperando que sonara el teléfono. ¿Te acuerdas que sonaba dos veces para nosotros? Dos timbres y eras tú que llamabas de la tienda cuando estaba cerrada. Y los cinco aparatos a lo largo de la línea haciendo click—click Bill llama a Macia click—click. Y después tu voz qué divertido era oír tu voz por teléfono la primera vez. Siempre fue maravilloso.

—Hola Macia.

—Hola Bill ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Has terminado el trabajo?

—Sólo con los platos.

—Supongo que también esta noche todo el mundo nos está escuchando.

—Supongo.

—¿No saben que te quiero? Podrían conformarse con eso.

—Tal vez no.

—Macia ¿por qué no tocas algo en el piano?

—Está bien Bill. ¿Qué toco?

—Lo que quieras. A mí me gusta todo.

—Bien Bill. Espera que arregle el aparato.

Después la música del piano iba tintineando por los cables nuevos y maravillosos del teléfono a lo largo de Cole Creek hacia el oeste del otro lado de las montañas de Denver. Su madre antes de ser su madre antes de pensar particularmente en convertirse en su madre solía tocar el único piano que había en Cole Creek e interpretaba *Beautiful Blue Ohio* o quizá *My Pretty Red Wing.*

Tocaba diáfanamente y su padre la escuchaba desde Shale City y pensaba ¿no es maravilloso sentarse aquí a ocho millas y acercar ese tubo negro al oído y escuchar a lo lejos la música de Macia mi hermosa Macia mi Macia?
—¿Los has oído Bill?
—Sí. Fue hermoso.
Entonces alguien tal vez a seis millas en la línea interrumpía la conversación sin pudor alguno.
—Macia acabo de coger el auricular y te he escuchado tocar. ¿Por qué no tocas *After the Ball is Over?* A Clem le gustaría escucharla si no tienes inconveniente.
Su madre volvía al piano y tocaba *After the Ball is Over* y Clem en alguna parte oía música quizá por primera vez en tres o cuatro meses. Las mujeres de los granjeros una vez terminado su trabajo también se sentaban con el auricular al oído y escuchaban y se ponían soñadoras pensando en cosas que sus maridos ni siquiera imaginaban. Todo el mundo en ese valle solitario de Cole Creek solicitaba a su madre que tocara su pieza favorita y su padre en Shale City escuchaba con gusto aunque a veces se impacientaba un poco diciéndose a sí mismo que la gente de Cole Creek debería comprender que esto es un noviazgo no un concierto.
Sonidos sonidos sonidos por todas partes y ese timbre que se desvanecía y regresaba mientras él se sentía tan enfermo y sordo que quería morir. Rotaba en la oscuridad y a lo lejos el timbre del teléfono sonaba sin que nadie lo atendiera. Un piano tintineaba remotamente y él supo que su madre tocaba para su padre muerto antes de que su padre estuviera muerto y antes de pensar en él su hijo. El piano sonaba al compás del timbre y el timbre al compás del piano y detrás crecía un espeso silencio y un ansia de escuchar y la soledad.
Y ahora brilla la luna esta noche sobre la hermosa Ala Roja.
Suspiran los pájaros, llora el viento nocturno…

II

Su madre cantaba en la cocina. El la oía cantar y el sonido de su voz era el sonido de su casa. Cantaba la misma canción una y otra vez. Nunca cantaba la letra sino la melodía con voz ausente como si pensara en otra cosa y cantar fuese sólo una forma de matar el tiempo. Siempre cantaba cuando estaba muy ocupada.

Era otoño. Los álamos se habían vuelto rojos y amarillos. En la cocina su madre trabajaba y cantaba junto a la vieja estufa de carbón. Batía mantequilla de manzanas en una gran cazuela. O envasaba melocotones. Los melocotones impregnaban la casa con un aroma delicioso y penetrante. Hacía jalea. La pulpa de los frutos colgaba en una bolsa de harina sobre la parte más fresca de la estufa. A través de la tela el zumo manaba espeso sobre un tazón en cuyos bordes se formaba una orla rosa—crema. En el centro el zumo era rojo y transparente.

Cocía el pan. Horneaba dos veces a la semana. En el intervalo entre hornada y hornada conservaba un pote de fermento en la nevera para no preocuparse por la levadura. El pan era pesado y moreno y a veces sobresalía dos o tres pulgadas sobre el borde de la cazuela. Cuando lo sacaba del horno untaba la corteza marrón con mantequilla y lo dejaba enfriar. Pero los bollos eran aún mejores que el pan. Los sacaba del horno poco antes de la cena. Estaban tan calientes que humeaban. Tú les ponías la mantequilla que se derretía dentro y luego mermelada o dulce de albaricoque con nueces y almíbar. Era todo lo que querías comer a la hora de la cena aunque por supuesto también era necesario comer otras cosas. En las tardes de verano cortabas una gran rebanada de pan y le ponías mantequilla fría. Luego espolvoreabas azúcar sobre la mantequilla. Resultaba más exquisito que un pastel. O bien cogías una gran rebanada de cebolla dulce y la colocabas entre las dos lonchas de pan con mantequilla y no había nada más delicioso en el mundo.

En otoño su madre trabajaba día tras día semana tras semana. Casi no salía de la cocina. Hacía conservas de melocotones cerezas fresas moras ciruelas. Preparaba mermeladas confituras conservas y salsas de pimientos. Y cantaba mientras trabajaba. Cantaba la misma canción en voz ausente sin palabras como si todo el tiempo pensara en otra cosa.

En Fifth y Main había un hombre que vendía hamburguesas. Era menudo encorvado y de rostro carnoso. Siempre se alegraba de poder hablar con quien se detuviese frente a su puesto. Como era el único que vendía hamburguesas en Shale City tenía el monopolio del negocio. La gente decía que era drogadicto y que alguna vez se volvería peligroso. Pero nunca ocurrió y hacía las mejores hamburguesas del mundo. Tenía un mechero de gas y a cien metros de su puesto se podía oler la maravillosa fragancia de las cebollas friéndose. Aparecía por las tardes alrededor de las cinco o de las seis y hacía hamburguesas hasta las diez o las once. Si querías un bocadillo tenías que esperar.

A su madre le encantaban los bocadillos que hacía el hombre de las hamburguesas. Los sábados por la noche su padre solía trabajar hasta tarde en la tienda y él iba a la ciudad y le esperaba hasta que le entregaban el cheque con su paga. Alrededor de las diez menos cuarto cuando la tienda estaba a punto de cerrar su padre le daba treinta centavos para tres hamburguesas. El corría a toda prisa con su dinero hasta el puesto del vendedor de hamburguesas y ocupaba su lugar en la fila. Pedía tres hamburguesas con mucha cebolla y mostaza. Cuando se las entregaban su padre ya iba rumbo a casa. El hombre de las hamburguesas ponía los bocadillos en una bolsa y colocaba la bolsa dentro de su camisa junto a su cuerpo. Entonces él corría hasta su casa para que llegaran calientes. Corría en la fresca noche otoñal sintiendo el calor de las hamburguesas contra su estómago. Todos los sábados por la noche trataba de correr más de prisa que la vez anterior para que los bocadillos llegasen aún más calientes. Llegaba a su casa los sacaba del interior dé su camisa e inmediatamente su madre se comía uno. Para entonces su padre ya había llegado. Era la gran fiesta de los sábados por la noche. Como las niñas eran muy pequeñas dormían así que él sentía que su padre y su madre le pertenecían enteramente. En cierto modo era un adulto. Envidiaba al hombre de las hamburguesas que podía comer todos los bocadillos que quisiera.

En otoño venía la nieve. Habitualmente nevaba para el Día de Acción de Gracias pero a veces no llegaba hasta mediados de diciembre. La primera nevada era lo más bello de la tierra. Su padre

solía despertarle muy temprano anunciando a gritos la nevada. Generalmente era una nieve húmeda que se adhería a todo lo que tocaba. Hasta la cerca de alambre tejido que rodeaba el fondo del gallinero soportaba un espesor de nieve de media pulgada. Para los pollos la primera nevada era siempre un enigma y un motivo de alarma. Andaban con cuida do y sacudían sus patas y los gallos protestaban todo el día. Los graneros lucían hermosos y los postes del alambrado tenían un birrete de cuatro pulgadas de alto. En los terrenos vacíos los pájaros dejaban en la nieve minúsculas huellas cruzadas de tanto en tanto por los rastros de un conejo. Su padre nunca dejó de despertarle temprano cuando caía nieve. Lo primero que hacía era correr a mirar por la ventana. Luego se ponía unas ropas abrigadas la chamarra las botas y los guantes forrados de piel de cordero cogía su impermeable flexible salía con los demás muchachos y no volvía hasta que sus pies estaban ateridos y su nariz helada. La nieve era maravillosa.

En primavera los campos se llenaban de prímulas. Se abrían por la mañana se cerraban cuando calentaba el sol y luego se volvían a abrir por la tarde. Todas las tardes los muchachos iban a coger prímulas. Volvían con grandes ramilletes de flores tan grandes como una mano y los ponían en cuencos llenos de agua. El primero de mayo hacían cestos y los adornaban de prímulas escondiendo dulces debajo de las flores. Cuando anochecía iban de casa en casa y dejaban un cesto. Llamaban a la puerta y huían desapareciendo en la noche.

Lincoln Beechy llegó al pueblo. Era el primer aeroplano que se veía en Shale City. Lo tenían en una tienda en medio de la pista de carreras cerca de los terrenos de la feria. Todos los días la gente desfilaba por la tienda para mirarlo. Parecía hecho íntegramente de alambre y tela. La gente no podía comprender que un hombre hiciera depender su vida de la resistencia de un alambre. Un solo alambre que fallara significaba el fin de Lincoln Beechy. En la parte delantera del avión frente a las hélices había un pequeño asiento cerrado con una barra de madera. Allí se sentaba el gran aviador.

En Shale City todo el mundo estaba contento con la llegada de Lincoln Beechy. Era algo maravilloso. Shale City se estaba convirtiendo en una verdadera metrópoli. Lincoln Beechy no se detenía en cualquier pueblecito de mala muerte. Sólo se detenía en sitios como Denver y Shale City y Salt Lake y continuaba su recorrido hasta San Francisco. Todo el pueblo salió a la calle el día que Lincoln Beechy se remontó en el aire. Lo hizo cinco veces. Nunca nadie había visto algo más increíble.

Antes del vuelo el señor Hargraves que era inspector de escuelas pronunció un discurso. Explicó que la invención del aeroplano era el mayor progreso llevado a cabo por el hombre en cien años. El aeroplano dijo el señor Hargraves reduciría la distancia entre las naciones y los pueblos. El aeroplano sería el gran instrumento para la comprensión recíproca de los pueblos para que la gente se comprendiera y amara mejor. El señor Hargraves dijo que el aeroplano anunciaba una nueva era de paz prosperidad y comprensión mutua. Todos serían amigos dijo el señor Hargraves cuando el aeroplano uniera a todo el mundo de modo que los pueblos de la tierra se comprendieran entre sí.

Después del discurso Lincoln Beechy hizo cinco *loopings* y abandonó el pueblo. Dos meses más tarde su aeroplano cayó en la bahía de San Francisco y Lincoln Beechy se hundió. Shale City lo sintió como si hubiese perdido a uno de sus habitantes. El Monitor de Shale City publicó un editorial. Dijo que aun cuando el gran Lincoln Beechy hubiese muerto el aeroplano el instrumento de paz el vínculo entre los pueblos seguiría adelante.

Cumplía años en diciembre. Para todos sus cumpleaños su madre preparaba una gran cena a la que venían sus amigos. Sus amigos también hacían cenas de cumpleaños de modo que al cabo del año había por lo menos seis grandes acontecimientos con motivo de los cuales se reunían los muchachos. Por lo general había pollo y siempre un pastel de cumpleaños y helado. Todos traían regalos. Nunca olvidaría aquella vez que Glenn Hogan le trajo un par de calcetines de seda marrón. Fue antes de usar los pantalones largos. Los calcetines parecían significar un paso hacia un futuro adulto. Eran muy bonitos. Después de la fiesta se los puso y los miró largo rato. Tres meses más tarde se puso los pantalones largos que hacían juego con ellos.

Todos los muchachos simpatizaban con su padre seguramente porque su padre simpatizaba con

ellos. Después de comer su padre los llevaba siempre a algún espectáculo. Se ponían los abrigos y salían a la nieve trotando hasta el teatro Elysium. Era estupendo sentirse caliente por dentro después de la comida y con la cara fría por el aire bajo cero y un espectáculo ante los ojos. Aún hoy podía oír sus pasos chapoteando en la nieve. Podía ver a su padre a la cabeza del grupo hacia el Elysium. Recordaba que los espectáculos eran casi siempre buenos.
En otoño se hacía la Exposición del Condado. Había domas de potros y corridas de ciervos indios cabalgando a pelo y carreras de trote. Siempre había una tribu de indios encabezada por la gran *squaw*Chipeta. Una calle de Shale City llevaba su nombre. El pueblo de Ouray Colorado llevaba el nombre de su esposo el cacique Ouray. Los indios que venían con Chipeta no hacían gran cosa. Se sentaban en cuclillas y miraban fijo pero Chipeta era todo sonrisas y charla sobre los viejos tiempos.
Durante la exposición solía venir una feria y se podían ver mujeres partidas en dos y motociclistas desafiando la muerte subiendo y bajando por un muro circular. En los puestos de la feria había frutas en conserva que brillaban detrás de los frascos despliegues de bordados hileras de pasteles y pilas de pan y enormes calabazas y patatas fantásticas. En los corrales había novillos cuadrados como galpones y cerdos casi tan grandes como vacas y pollos de pura raza. La semana de la feria era la más importante del año. De algún modo era más importante que Navidad. Se compraban fustas adornadas con borlas en los extremos rozar con ellas las piernas de la muchacha que te gustaba era una muestra de simpatía. Toda la feria tenía un olor inolvidable. Un aroma siempre soñado. Mientras viviera lo sentiría en el fondo de su memoria.
En verano iban a la gran zanja situada al norte del pueblo se quitaban la ropa y se tendían en la orilla y charlaban. El agua estaba tibia por el aire del verano y de la tierra gris—parda surgía el calor como de una caldera de vapor. Nadaban un rato y volvían a la orilla a sentarse en círculo, desnudos y tostados para charlar. Hablaban de bicicletas de muchachas de perros y armas. Hablaban de campings de la caza del conejo de muchachas y de pesca. Hablaban de los cuchillos de caza que todos deseaban pero que sólo Glen Hogan tenía. Hablaban de las muchachas.
Cuando llegaron a la edad de salir con muchachas siempre las llevaban al pabellón de la feria. Comenzaban a acicalarse. Hablaban de corbatas y pañuelos haciendo juego y usaban zapatos de ante y camisas con brillantes franjas rojas verdes y amarillas. Glen Hogan tenía siete camisas de seda. También tenía la mayor parte de las muchachas. Tener o no tener un automóvil se convirtió en un tema importante. Era muy humillante ir a pie con tu chica hasta el pabellón.
A veces no tenías dinero suficiente para ir a bailar entonces deambulabas ociosamente alrededor de la feria y oías la música que surgía del pabellón en la noche. Todas las canciones tenían un significado y las letras eran muy serias. Te sentías dolorido y deseabas estar allí en el pabellón. Te preguntabas con quién estaría bailando tu chica. Luego encendías un cigarrillo y hablabas de otra cosa. Encender un cigarrillo era todo un acontecimiento. Sólo lo hacías por la noche cuando nadie te podía ver. Saber sostener el cigarrillo con estilo descuidado era un asunto serio. El primero del grupo que pudo aspirar el humo fue el tío más grande de la tierra hasta que el resto pudo ponerse a su altura.
Los viejos se sentaban a charlar sobre la guerra en la tienda de tabaco de Jim O'Connell. La trastienda de O'Connell era muy fresca. Antes de que llegara la sequía a Colorado era un saloon y en días húmedos aún podía percibirse el olor a cerveza en las tablas del suelo. Los viejos se sentaban en sillas altas y observaban las mesa de billar y escupían en grandes salivaderas de bronce. Hablaban de Inglaterra y Francia y al final de Rusia. Rusia siempre estaba a punto de iniciar una gran ofensiva que haría retroceder a los malditos alemanes hacia Berlín. Y ése sería el fin de la guerra.
Luego su padre decidió abandonar Shale City. Fueron a Los Ángeles. Allí por primera vez tomó conciencia de la guerra. Despertó a la guerra con el ingreso de Rumania. Nunca había oído hablar de Rumania excepto en las clases de geografía. Pero lo entrada de Rumania en la guerra se produjo el mismo día en que los periódicos de Los Ángeles publicaron la crónica de unos jóvenes soldados canadienses que habían sido crucificados por los alemanes frente a sus camaradas en tierra de nadie. Eso quería decir que los alemanes eran peor que bestias y

naturalmente te interesabas y querías que terminaran con Alemania. Todos hablaban de los pozos de petróleo y de los campos de trigo de Rumania que abastecerían a los aliados y de cómo esto con seguridad significaría el fin de la guerra. Pero los alemanes cruzaron Rumania y tomaron Bucarest y la reina Marie se vio obligada a abandonar su palacio. Entonces murió su padre y América entró en guerra y él también tuvo que ir y allí estaba.

Pensaba Oh Joe Joe éste no es sitio para ti. Esta no era una guerra para ti. Esto no tiene nada que ver contigo. ¿Qué interés tienes en salvar el mundo para la democracia? Lo único que querías Joe era vivir. Has nacido y te has criado en un saludable condado de Colorado y tenías tanto que ver con Alemania Inglaterra o Francia o hasta con Washington D. C. como con el hombre en la luna. No era cosa tuya y sin embargo aquí estás. Lastimado y más de lo que supones. Muy malherido. Tal vez hubiese sido mucho mejor que estuvieses muerto y enterrado en la colina del otro lado del río en Shale City. Tal vez te ocurran otras cosas peores que ni siquiera sospechas, Joe. Oh ¿por qué diablos te metiste en este lío Joe? No era tu pelea Joe. No tenías la menor idea del porqué de esta lucha.

III

Se elevó atravesando las aguas heladas preguntándose si llegaría o no a la superficie. Se decían muchas tonterías acerca de la gente que se hunde tres veces y luego se ahoga. El se había hundido y había flotado durante días semanas meses ¿quién podría decirlo? Pero no se había ahogado. Cada vez que llegaba a la superficie se desvanecía en la realidad y cada vez que se hundía se desvanecía en la nada. Lentos y prolongados desmayos mientras luchaba por el aire y la vida. Peleaba duramente y lo sabía. Un hombre no puede luchar siempre. Si se ahoga o se asfixia tiene que ser listo y ahorrar fuerzas para la definitiva y última lucha a muerte.

Se quedaba tendido de espaldas porque no era un estúpido. Si te colocas de espaldas puedes flotar.

Cuando era muchacho solía hacerlo. Sabía hacerlo. Sus últimas fuerzas se agotaban en la lucha cuando todo lo que tenía que hacer era flotar. Qué tonto.

Manipulaban su cuerpo. Le llevó un rato darse cuenta porque no les oía. Entonces recordó que estaba sordo. Era curioso estar allí tendido con gente en la habitación que te toca te observa te cura y sin embargo permanece fuera de tu audición. Los vendajes le envolvían la cabeza y tampoco podía verles. Sólo sabía que allí fuera en la oscuridad más allá de la onda auditiva le manipulaban y trataban de ayudarle.

Le estaban quitando parte de las vendas. Sintió el frescor el súbito secarse del sudor en su costado izquierdo. Estaban manipulando en su brazo. Sintió el pinchazo de un pequeño instrumento afilado que le raspaba en alguna parte y arrancaba trozos de su piel. No dio un salto. Sencillamente se quedó quieto porque tenía que ahorrar fuerzas. Trató de explicarse por qué le pinchaban. Después de cada pinchazo sentía un pequeño tirón en la carne de la parte superior de su brazo y una desagradable punzada de calor como una fricción. Los pequeños tirones proseguían con breves sacudidas cada una era seguida de un ardor. Le dolía. Deseaba que pararan ya. Le picaba. Quería que le rascaran.

Se congeló completamente quedó duro y rígido como un gato muerto. Había algo extraño en esos pinchazos y tirones y ese calor como de fricción. Podía sentir las cosas que hacían en su brazo pero no podía sentir su brazo en absoluto. Era como si la sensación se produjera dentro de su brazo. Como si sintiera a través del extremo de su brazo. Lo más próximo que pudo imaginar en el extremo de su brazo era su mano. Pero el dorso de su mano el extremo de su brazo estaba arriba arriba a la altura de su hombro.

Oh Cristo le habían cortado su brazo izquierdo.

Se lo habían cortado por el hombro. Ahora podía advertirlo con claridad.

Oh Dios mío ¿por qué le habían hecho eso?

No podían hacerlo hijos de puta no podían hacerle eso. Hacía falta tener un papel firmado o algo así. Lo exigía la ley. No se le puede cortar el brazo a un hombre sin preguntarle sin pedir permiso porque el brazo de un hombre es suyo y lo necesita. Oh Jesús tengo que trabajar con ese brazo ¿por qué me lo han cortado? ¿Por qué me han cortado el brazo? Respondan. ¿Por qué me han cortado el brazo? ¿Por qué por qué por qué?

Volvió a hundirse en el agua y luchó y luchó y luego salió con el ombligo dando saltos y la garganta ardiendo. Y mientras estuvo bajo el agua luchando con un solo brazo por regresar habló consigo mismo diciéndose que aquello no le podía haber ocurrido a él. Sin embargo le había ocurrido.

De modo que me han cortado el brazo. ¿Cómo trabajaré ahora? No piensan en ello. Piensan nada más en hacer lo que les parece. Sólo se trata de otro tío con un agujero en el brazo. Cortémoslo. ¿Qué os parece muchachos? Por supuesto. Cortadle el brazo al muchacho. Para arreglarle el brazo a un tío hace falta mucho trabajo y mucho dinero. Esta es una guerra y la guerra es el infierno así que al infierno con el brazo. Venid muchachos. Observad. ¿Bonito verdad? El tío está en la cama y no puede decir nada mala suerte. De todas maneras ésta es una guerra hedionda así que cortemos ese maldito brazo y terminemos de una vez.

Mi brazo. Mi brazo. Me han cortado el brazo. ¿Veis ese muñón? Era mi brazo. Oh claro que tenía un brazo nací con él y era tan normal como vosotros y podía oír y tenía un brazo izquierdo como

todo el mundo. Pero esos holgazanes hijos de puta me lo cortaron. ¿Qué os parece?
¿Cómo?
Tampoco puedo oír. No oigo nada. Escribidlo. Ponedlo en un papel. Puedo leer. Pero no puedo oír. Escribidlo en un papel y entregádselo a mi brazo derecho porque no tengo brazo izquierdo.
Mi brazo izquierdo me pregunto qué habrán hecho con él. Cuando le cortas un brazo a un hombre tienes que hacer algo con él. No puedes dejarlo tirado por ahí. ¿Lo envías a los hospitales para que los muchachos puedan hacerlo pedazos y observar cómo funciona el brazo de un hombre? ¿Lo envuelves en un periódico y lo arrojas a la basura? ¿Lo entierras? Al fin y al cabo es parte de un hombre. Una parte muy importante del hombre y debe ser tratada con respeto. ¿Lo llevas y lo entierras y pronuncias una pequeña oración? Deberías hacerlo. Porque se trata de carne humana que murió joven y merece una buena despedida.
Mi anillo.
Tenía un anillo en esa mano. ¿Qué habéis hecho con él? Me lo había regalado Kareen y quiero que me lo devuelvan. Puedo usarlo en la otra mano. Lo necesito porque significa algo importante. Si lo habéis robado apenas me quiten las vendas me ocuparé de vosotros ladrones hijos de puta. Si lo habéis robado sois ladrones de sepulturas porque mi brazo está muerto y le habéis quitado el anillo. Vosotros robáis a los muertos. Eso es lo que hacéis. Antes de que me hunda nuevamente. ¿Dónde está mi anillo el anillo de Kareen? Quiero el anillo. El anillo de Kareen nuestro anillo por favor ¿dónde está? La mano que lo llevaba está muerta y el anillo no se hizo para ceñir carne podrida. Era para llevarlo en mi mano viva porque significaba vida.
—Me lo dio mi madre. Es una verdadera adularia. Puedes usarlo.
—No me cabe.
—El meñique tonto prueba en el meñique.
—Oh.
—¿Lo ves? Te dije que iría bien.
—Gatita.
—Oh Joe tengo tanto miedo. Bésame otra vez.
—No deberíamos haber apagado las luces. Tu padre se enfadará.
—Bésame. Mike no se enfadará. El entiende.
—Gatita gatita gatita mía.
—No te vayas Joe. No te vayas por favor.
—Cuando te reclutan tienes que ir.
—Te matarán.
—Puede ser. No creo.
—Mataron a muchos que no creían que morirían. No vayas Joe.
—Muchos vuelven.
—Te quiero Joe.
—Gatita.
—No soy una gatita soy un *bohunk*[3]
—Eres mitad y mitad pero pareces una gatita. Tienes los ojos y el pelo de una gatita.
—Oh Joe.
—No llores Kareen. No llores por favor.
De pronto les cubrió una sombra y ambos alzaron los ojos.
—Basta maldita sea. Basta,
El viejo Mike Birkman. ¿Cómo logró entrar en la casa tan silenciosamente? Estaba allí de pie por encima de ellos en la oscuridad mirándoles con furia.
Se quedaron estirados en el sofá mirándole. parecía un enano gigante su espalda estaba encorvada por los veintiocho años en las minas de carbón de Wyoming. Veintiocho años en las minas con un carné rojo de la I. W. W. y maldiciendo a todo el mundo. Les miraba con ojos penetrantes y ellos no se movían.
—No permitiré esto en mi casa. ¿Vosotros creéis que esto es el asiento trasero de un auto? Ahora levantaros como dos personas decentes. Vamos. Ponte de pie Kareen.

Kareen se puso en pie. Medía apenas cinco pies y una pulgada. Mike juraba que era porque no había comido lo suficiente cuando era niña pero probablemente no era cierto porque su madre había sido pequeña y Kareen estaba perfectamente formada y era sana y hermosa. Tan hermosa. Mike solía exagerar cuando se excitaba. Kareen miró sin miedo al viejo Mike.
—El se va por la mañana.
—Lo sé. Lo sé muchacha. Entrad en el dormitorio. Los dos. Quizá no tengáis otra oportunidad. Ve Kareen.
Kareen le miró largamente y luego se dirigió al dormitorio con la cabeza baja como si fuese una niña muy ocupada en sus pensamientos.
—Ve muchacho. Está asustada. Ve y abrázala.
El echó a andar y entonces sintió la mano de Mike que le aferraba un hombro. Mike le miraba fijamente y sus ojos se vislumbraban pese a la oscuridad.
—Sabes cómo tratarla ¿verdad? No es una prostituta. ¿Sabes?
—Sí.
El dio media vuelta y entró en el dormitorio.
Sobre un costado de la cómoda había un velador encendido. En un rincón de la habitación más allá del velador estaba Kareen de pie. Se había quitado la blusa y estaba en enaguas. Cuando él entró tenía el torso inclinado hacia las caderas y sus manos intentaban desabrochar la falda. Levantó los ojos y se quedó mirándole sin mover las manos ni nada. Le miró como si lo viese por primera vez y no supiera si él le gustaba o no. Le miró de una forma que a él le dieron ganas de llorar.
Se acercó y la rodeó cuidadosamente con sus brazos. Ella apoyó la frente en su pecho. Luego se volvió hacia la cama. Retiró las mantas y se metió dentro vestida. Seguía mirándole todo el tiempo como si temiese que él pudiera decir algo mordaz o se echara a reír o se marchara. Hizo suaves movimientos bajo las mantas y sus ropas empezaron a caer a un lado de la cama. Cuando todos estuvieron en el suelo junto a la cama le sonrió.
El comenzó a quitarse la camisa sin apartar los ojos de ella. Ella miró a su alrededor y frunció el ceño.
—Joe ponte de espaldas.
—¿Por qué?
—Quiero salir de la cama.
—¿Por qué?
—Olvidé algo. Date la vuelta.
—No.
—Por favor.
—No. Yo te lo alcanzo.
—No. Quiero buscarlo yo misma. Vuélvete.
—No. Quiero verte.
—No puedes Joe. Alcánzame la bata.
—Eso sí.
—Está en el armario. Es roja.
Fue hacia el armario y cogió la bata. Era una cosita ligera con flores estampadas y realmente no servía para cubrir a nadie. Se la llevó hasta la cama sosteniéndola a cierta distancia.
—Acércala.
—Cógela.
Ella rió después se estiró rápidamente y se la arrebató metiéndola bajo las mantas. Para cogerla tuvo que estirarse tanto que él pudo percibir la curva de su pecho. Ella se reía suavemente mientras luchaba bajo las mantas poniéndose la bata y estirándola hacia abajo como si le hubiera gastado una gran broma. Después retiró las mantas saltó de la cama y corrió con los pies desnudos hacia la sala. El vio las plantas de sus pies moviéndose rápidamente sobre el piso. Tenían dos arcos. Uno a lo largo del empeine y otro que cruzaba desde el dedo y se elevaba delicadamente desvaneciéndose hacia el talón. Pensó qué bellos pies tiene qué fuertes y

hermosos.
Ella volvió con un florero de geranios rojos y lo puso sobre una mesita frente a la ventana.
Abrió la ventana y volvió despacio el rostro hacia él. Estaba apoyada sobre la mesa y al mismo tiempo parecía colgando de ella.
—Si realmente quieres verme.
—Pero si tú no quieres yo no quiero.
Ella se dirigió al armario, se puso de espaldas y se quitó la bata. Luego se dio la vuelta mirando insistentemente sus pies. Fue hacia la cama y se deslizó entre las mantas.
El apagó la luz se quitó la ropa y se metió en la cama a su lado. La rodeó con el brazo descuidadamente como si todo fuera una casualidad. Ella estaba muy quieta. El movió la pierna. De entre las sábanas surgió una bocanada de aire y él pudo percibir su olor. Piel limpia limpia y olor a jabón y a sábanas. Acercó su pierna a la de ella. Ella se giró hacia él le rodeó el cuello con los brazos y le apretó con fuerza.
—Oh Joe Joe no quiero que te vayas.
—¿Tú crees que me quiero ir?
—Tengo miedo.
—¿De mí?
—Óh no.
—Gatita mía.
—Es bello estar así ¿verdad?
—Sí.
—¿Alguna vez has estado así con alguien?
—Con nadie a quien amara.
—Me alegro.
—Es la verdad. ¿Y tú?
—No deberías preguntarlo.
—¿Por qué?
—Porque soy una dama.
—Tú eres una gatita.
—Nunca he estado así con nadie.
—Ya lo sé.
—Pero no tenías por qué saberlo en realidad oh Joe quisiera que te escaparas que no te fueras.
—A ver. Pon tu cabeza sobre mi brazo izquierdo. Como un almohadón.
—Bésame.
—Dulce gatita.
—Querido. Oh querido. Oh mi querido querido querido mío.
No durmieron gran cosa. De vez en cuando dormitaban se despertaban y descubrían que estaban separados entonces volvían a acercarse y se apretaban muy fuerte como si se hubieran perdido para siempre y acabaran de encontrarse de nuevo. Mike se pasó la noche desplazándose inquietamente por la casa tosiendo y murmurando.
Cuando llegó la mañana apareció junto a la cama con dos desayunos en una bandeja.
—Aquí tenéis muchachos. Comed.
Allí estaba de pie el tosco viejo Mike bondadoso ceniciento y duro con los ojos dolorosos y enrojecidos. Mike había estado preso demasiadas veces como para no ser bueno. El viejo Mike que odiaba a todo el mundo. Odiaba a Wilson y odiaba a Hughes odiaba a Roosevelt y odiaba a los socialistas porque no hacían más que hablar y tenían horchata en lugar de sangre en las venas. Hasta odiaba un poco a Debs aunque no mucho. Veintiocho años en las minas de carbón le habían convertido en un hombre que sabía odiar. «Y ahora soy un maldito peón de ferrocarril ¿qué os parece esta sucia forma de ganarse la vida?» Mike con su espalda encorvada por el trabajo de las minas les traía el desayuno.
—Aquí tenéis muchachos. Daros prisa y comed. No tenéis mucho tiempo.
Comieron. Mike se fue refunfuñando y no volvió a entrar en la habitación. Cuando terminaron el

desayuno se quedaron un rato recostados mirando el cielo raso y digiriendo la comida.
—Roncabas.
—No. Además no tendrías que decirlo. Has sido tú de todos modos.
—Era un bello ronquido. Me ha gustado.
—Eres terrible. Levántate tú primero.
—No. Hazlo tú primero.
—Oh Joe bésame. No te vayas.
—Daros prisa muchachos endemoniados.
—Levántate.
—Tú.
—Cuento hasta tres uno dos tres.
Saltaron de la cama. Hacía frío. Tiritaban y se reían el uno del otro y nunca terminaban de vestirse porque a cada momento se detenían para besarse.
—Daros prisa muchachos del diablo. Vais a perder el tren y entonces a Joe lo fusilarán los norteamericanos no los alemanes. Sería vergonzoso.
Esa mañana partían cuatro trenes cargados de reclutas y había un terrible gentío en la estación. Todos los alrededores de la estación los automóviles y hasta las locomotoras estaban embanderados y la mayor parte de las mujeres y niños llevaban pequeñas banderas que agitaban lánguida y ociosamente. Había tres bandas que parecían tocar al mismo tiempo y muchos oficiales conduciendo a la gente de un lado a otro y el alcalde que pronunciaba un discurso y la gente que lloraba y se extraviaba y se reía y se emborrachaba.
Su madre y sus hermanas estaban allí y Kareen estaba allí y Mike estaba allí murmurando malditos imbéciles y mirando con ojos furiosos a todo el mundo y observando a Kareen con preocupación.
«Y sus vidas si es necesario para que la democracia no sea borrada de la faz de la tierra» [4].
—No tengas miedo Kareen todo va bien.
«Como dijo ese gran patriota Patrick Henry»
Johnny coge tu fusil coge tu fusil coge tu fusil.
«Como dijo ese gran patriota George Washington»
—Adiós madre adiós Catherine adiós Elizabeth. Enviaré la mitad de mi sueldo y con el seguro de papá será suficiente hasta que vuelva.
Y no volveremos hasta que allá todo haya terminado
«Marcha con vivacidad muchacho que ahora estás en el Ejército.»
Guarda tus preocupaciones en tu vieja mochila y suerte sonríe sonríe
«Como dijo ese gran patriota Abraham Lincoln»
—¿Dónde está mi hijo dónde está mi hijo? ¿No se da cuenta de que es menor de edad? Hace una semana que llegó de Tucson. Le tenían preso por vagancia y he venido hasta aquí para recuperarle. Le permitieron salir de la cárcel si se incorporaba al ejército. No tiene más que dieciséis años pero es grande y fuerte para su edad siempre lo ha sido. Es demasiado joven le digo casi un niño. ¿Dónde está mi pequeño?
Adiós mamá adiós papá adiós mula con tu viejo rebuzno
«Como dijo ese gran patriota Theodore Roosevelt»
América te amo tú eres como una novia para mi
—No te vayas Joe. Huye. Te matarán lo sé. No te volveré a ver.
Oh Kareen ¿por qué tenían que hacer la guerra justamente ahora que nos hemos encontrado? Kareen tenemos cosas más importantes que la guerra. Nosotros Kareen. Tú y yo en una casa. Por la noche volveré a tu lado en mi casa tu casa nuestra casa Tendremos niños gordos felices y también listos. Eso es más importante que la guerra. Oh Kareen Kareen te miro sólo tienes diecinueve años y ya eres vieja como una anciana. Te miro Kareen y lloro por dentro y sangro.
Nada más que la oración de un bebé en el crepúsculo cuando las luces se van apagando.
«Como dijo ese gran patriota Woodrow Wilson»
Brilla un manto de plata a través de laoscuranube

«Todos al tren. Todos al tren.»
Allí allí allí allí allí
—Adiós hijo. Escribe. Nos arreglaremos.
—Adiós mamá adiós Catherine adiós Elizabeth. No lloréis.
«Porque vosotros sois la gloria de Los Ángeles. Que Dios os bendiga. Que Dios nos otorgue el triunfo.»
«Todos al tren. Todos al tren.»
Vienen los yankis vienen los yankis
«Oremos. Padre nuestro que estás en el cielo»
—No puedo rezar. Kareen no puedo rezar. Kareen no es tiempo de rezar.
«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»
Kareen Kareen no quiero irme. Quiero quedarme aquí y estar contigo y trabajar hacer dinero tener hijos y amarte. Pero tengo que ir.
«Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria para siempre amén»
—Adiós Mike adiós Kareen te quiero Kareen.
Oh decid si podéis ver
—Adiós mamá adiós Catherine adiós Elizabeth.
Aquello que con tanto orgullo saludábamos
—Tú entre mis brazos para siempre Kareen.
Cuyas anchas franjas y estrellas luminosas
Adiós todos adiós. Adiós hijo padre hermano amante esposo adiós. Adiós adiós madre padre hermano hermana novia esposa adiós y adiós.
En la tierra de los libres y la patria de los valientes.
—Adiós Joe.
—Adiós Kareen.
—Joe querido Joe Joe abrázame más fuerte. Deja tu bolsa y rodéame con ambos brazos y abrázame fuerte. Los dos brazos. Los dos.
Tú en mis brazos Kareen adiós. En mis dos brazos. Kareen en mis brazos. Dos brazos. Brazos brazos brazos brazos. Constantemente entro y salgo del desmayo Kareen y tardo en darme cuenta. Estás entre mis brazos Kareen. Entre mis dos brazos. Los dos brazos. Ambos. Ambos
No tengo brazos Kareen.
Mis brazos han desaparecido.
Mis dos brazos han desaparecido Kareen los dos.
Desaparecidos.
Kareen Kareen Kareen.
Me han cortado los dos brazos.
Oh Jesús madre adiós Kareen me han cortado los dos brazos.
Oh Jesús madre dios Kareen Kareen Kareen mis brazos.

IV

Hacía calor. Tanto calor que le parecía estar abrasándose por dentro y por fuera. Tanto calor que no podía respirar. Apenas jadeaba. En lontananza una hilera de montañas brumosas recortaba el cielo y las vías férreas cruzaban el desierto en línea recta bailando y saltando en medio del calor. Al parecer Howie y él trabajaban en el ferrocarril. Era cómico. Oh diablos las cosas comenzaban a mezclarse nuevamente. Ya antes había visto todo esto. Era como ir a un nuevo drugstore por primera vez y al sentarse sentir de pronto que has estado allí antes varias veces y que ya has oído lo que va a decir el empleado apenas se acerque para atenderte. ¿El y Howie trabajando en el ferrocarril bajo el calor? Sí sí. De acuerdo. Así eran las cosas.

El y Howie trabajaban allí bajo el sol ardiente tendiendo esas vías férreas a través del desierto de Utah. Y sentía tanto calor que creía morir. Pensó que si pudiera detenerse a descansar un rato se sentiría más fresco. Pero lo más terrible en una brigada de trabajo es que uno no se puede detener nunca. No podían reír ni bromear como el resto de los muchachos. No decían una palabra. Sólo trabajaban.

Si uno se pone a observar una brigada le da la impresión de que trabajan lentamente. Pero es necesario trabajar lentamente porque no te puedes detener y cuentas con esa única fuerza. No te detienes porque tienes miedo. No es miedo al capataz porque nunca molesta a nadie. Es que tienes miedo del trabajo y de la capacidad de trabajo del otro tío. De modo que él y Howie trabajaban lenta y constantemente tratando de mantener el ritmo de los mexicanos.

Le palpitaba la cabeza y su corazón latía con violencia contra las costillas y hasta podía sentir las pulsaciones aceleradas en las pantorrillas. Sin embargo no podía detenerse ni por un segundo. Su respiración se volvía cada vez más entrecortada y parecía que sus pulmones resultaban demasiado pequeños para contener el aire que era capaz de aspirar para mantenerse con vida. Hacía ciento veinticinco grados a la sombra y no había sombra. Sintió que se asfixiaba bajo una manta blanca y caliente y sólo podía pensar tengo que detenerme tengo que detenerme tengo que detenerme.

Hicieron un alto para almorzar.

Era su primer día de trabajo en la cuadrilla y naturalmente él y Howie pensaron que les traerían el almuerzo con la vagoneta. Pero no fue así. Cuando el capataz advirtió que no tenían nada para comer se acercó a un par de mexicanos y les dijo algo. Los mexicanos les ofrecieron parte de lo que sacaron de sus cubos de almuerzo. Comían huevos fritos con una capa de pimentón. El y Howie se limitaron a mascullar no gracias y se tumbaron de espaldas. Después se colocaron boca abajo porque el sol era tan ardiente que les hubiera quemado los ojos aun con los párpados cerrados. Los mexicanos se sentaron a masticar sus bocadillos de huevos fritos mientras les observaban.

De pronto se oyó el ruido de los mexicanos que se habían puesto en pie. El y Howie se incorporaron para ver qué pasaba. Toda la cuadrilla se había echado a andar en un lento galope por los rieles tendidos. El capataz se quedó sentado observándoles. Le preguntaron qué sucedía y el capataz respondió que los muchachos se iban a dar un baño.

La idea de darse un baño era demasiado. El y Howie se pusieron en pie de un salto y corrieron tras los mexicanos. Por la forma en que habló el capataz pensaron que sólo se trataba de andar un breve trecho por las vías. Pero debieron recorrer dos millas antes de llegar a un canal color fango de unos diez pies de ancho bordeado en ambas orillas por unos sólidos matorrales de cardos. Los mexicanos comenzaron a quitarse las ropas. El y Howie se preguntaron cómo pensaban llegar hasta el agua sin llenarse de espinas. Llegaron a la conclusión de que habría algún sendero a través de la maleza. De lo contrario los mexicanos no habrían pensado en bañarse. Cuando terminaron de desvestirse los mexicanos ya chapoteaban en la zanja riendo y gritando.

Resultó que no había sendero alguno entre los cardos. Sintieron vergüenza por estar tan desnudos y blancos comparados con el resto y por no poder hacer nada. Así que comenzaron a saltar por encima de la maleza a través de los cardos hasta llegar al agua. El agua estaba caliente y olía a cal pero daba lo mismo. Era como un chubasco de abril. Pensó en la piscina del Y.M.CA en Shale City. Pensó dios estos tíos se comportan como si ésta fuese la mejor piscina del mundo.

Pensó apuesto a que nunca en su vida han estado en una piscina. Estaba hundido en el barro hasta los tobillos cuando los mexicanos comenzaron a salir y a vestirse nuevamente. El baño había terminado.

Las espinas se les clavaban hasta las caderas cuando él y Howie fueron en busca de sus ropas. Observaron que los mexicanos ni siquiera se molestaban en quitarse las espinas. Algunos de ellos ya habían iniciado el regreso hacia la vagoneta así que ellos medio se sacudieron las espinas con las piernas y saltaron para introducirse en sus ropas. Luego corrieron las dos millas de regreso. El almuerzo había terminado y había que volver al trabajo.

A medida que se esfumaba la tarde él y Howie comenzaron a tambalearse y finalmente a caerse. Ni el capataz ni los mexicanos decían nada cuando se desplomaban. Los mexicanos se limitaban a interrumpir el trabajo y a esperar a que se levantaran mirándoles continuamente como niños. Cuando se incorporaban balanceándose volvían al trabajo agotador de la vía. Les dolían todos los músculos del cuerpo pero tenían que seguir trabajando. Se les habían gastado las palmas de las manos. Cada vez que asían los ardientes rieles sentían hasta en la boca el dolor de las manos en carne viva. Las espinas en pies y piernas parecían hundirse más y más a cada paso y se infectaban y no había tiempo para detenerse y quitárselas.

Pero los dolores y las contusiones y el terrible agotamiento no era lo peor. De algún modo aún podían sostener el cuerpo pero las cosas que tenían dentro del mismo comenzaron a retorcerse y a crujir. Sus pulmones estaban tan secos que chirriaban con la respiración. Su corazón se dilataba de tanto bombear. Tuvo un rapto de pánico porque sabía que no podía aguantar más y que debía seguir. Deseó morirse si eso le permitía abandonar el trabajo. La tierra comenzó a elevarse y a caer bajo sus pies y las cosas asumieron un extraño color. El hombre que estaba junto a él parecía flotar en una bruma a millas de distancia. No había nada más legítimo que el dolor.

Toda la tarde transcurrió entre tropiezos que le hacían caer de rodillas en el polvo y esfuerzos desesperados por respirar sintiendo que el estómago se le hinchaba y brincaba y quería salírsele por la boca. Intentó pensar en Diane. En cómo era. Trató de encontrarla allí en el desierto para poder aferrarse a algo. Pero no pudo traer su rostro ante sus ojos. Ni siquiera pudo imaginarla.

De pronto pensó oh Diane tú no vales esto. No puedes valerlo. Nadie en el mundo excepto tal vez la madre de uno podría justificar tanto dolor. No obstante en medio de su dolor trató de buscar excusas para Diane. Tal vez en realidad no había tenido intención de engañarle. Tal vez se había citado con Glen Hogan porque no había tenido más remedio. Si esto era verdad y él confiaba en que lo fuese entonces era idiota estar allí en el desierto olvidándolo todo con un montón de mexicanos, cuando podría estar gozando de la frescura de Shale City, disfrutando de las vacaciones de verano y pensando a lo mejor esta noche saldré con Diane.

Pensó que sin duda las muchachas eran algo terrible. Probablemente todas las muchachas son mentirosas e infieles y tratan de aplastarte pero ya deberías haberlo esperado. Y aprender a perdonarlas porque era razonable suponer que si te escapabas como él y Howie y te ibas al medio del desierto para enterrarte allí los tres meses de vacaciones el único que sufría eras tú. Mientras la muchacha allá en Shale City quedaba en libertad para verse con Glen Hogan cuantas veces quisiera. De pronto mientras se arrastraba y tambaleaba y trataba de recobrar el aliento le asaltó un horrible presentimiento. Se estaba preguntando. Se estaba diciendo Joe Bonham ¿no habrás hecho el imbécil?

Alguien exclamó que era hora de largarse y las cosas comenzaron a desvanecerse lentamente ante sus ojos. Cuando logró enfocarlas nuevamente se encontró de bruces con la cabeza colgando sobre un costado de la vagoneta. Howie estaba tendido junto a él. Recordó haber mirado hacia abajo el suelo que corría como agua ante sus ojos y haber oído a esos mexicanos que cantaban. Se turnaban para accionar la vagoneta que les llevaba de vuelta a la barraca. Se quedó sin moverse sintiendo náuseas y oyéndoles cantar.

La barraca tenía el suelo de tierra. Era una especie de tinglado con techo de hojalata. Hacía tanto calor dentro del tinglado que quiso sacar las manos en busca de aire para llenar sus pulmones. Las literas eran trozos de madera una encima de la otra. El y Howie se tumbaron en un par de ellas. Ni siquiera se molestaron en abrir la cama. Se limitaron a dejarse caer y quedarse

inmóviles. El capataz se les acercó para preguntarles si querían que les indicase dónde podían conseguir algo para comer. Pero no le prestaron atención. Se quedaron quietos con los ojos cerrados.
El había llegado a una curiosa situación. Era la primera vez en su vida que se sentía así. Todas las partes de su cuerpo le dolían por igual de modo que no lo sentía. Sólo estaba entumecido y adormilado. Pensó nuevamente en Diane. No por mucho tiempo pero ella fue su último pensamiento antes de la oscuridad. Pensó en Diane menuda adorable y asustada la primera vez que la besó. Oh Diane pensaba ¿cómo has podido hacerme eso? ¿Cómo has sido capaz? Y luego alguien empezó a sacudirle.
Seguramente hacía horas que lo sacudían. Abrió los ojos. Seguía en el cobertizo. Estaba oscuro y el aire estaba lleno de suspiros. Había olor a humo. Los mexicanos se habían preparado su comida sobre un fogón en mitad del suelo. El techo de hojalata tenía un agujero para que saliera el humo. Por allí pudo ver las estrellas vacilantes como en un sueño febril. Tosió. Olor a comida y humo en el aire. ¿No era propio de un mexicano eso de cenar algo hirviendo después de pasarse el día entero en el fondo del infierno?
Era Howie quien lo sacudía.
—Despierta. Son las diez.
No supo si era de noche o si se le habían quemado los ojos y ya no podía distinguir la luz de la oscuridad.
—¿De la noche o de la mañana?
—De la noche.
—¿De esta noche o de anoche?
—De anoche creo. Oye mira lo que tengo. Acaban de enviarlo de la oficina de mensajes.
Howie puso algo ante sus ojos y lo alumbró con la linterna. Se habían acordado de traer una linterna pero habían olvidado los guantes. Howie le mostraba un telegrama. Los bordes del telegrama donde Howie había puesto los dedos para sostenerlo estaban ensangrentados. Decía Querido Howie por qué eres tan impulsivo stop soy tan desgraciada pensando lo que has hecho stop por favor perdóname y vuelve en seguida a Shale City stop odio a Glen Hogan stop cariños Onie.
Aun en la penumbra del cobertizo pudo advertir la felicidad en el rostro de Howie. ¿De modo que odiaba a Glen Hogan? Bien. El sabía por qué y si Howie no lo sabía era porque era un idiota. Onie odiaba a Glen Hogan porque Glen la había cambiado por Diane. Pensó en esto un momento y en que Diane era mucho más bella que Onie y cómo todo demostraba el buen juicio de Glen Hogan. Entonces advirtió que Howie esperaba una respuesta. Cuando intentó hacerlo sólo atinó a emitir un murmullo.
—¿Y para eso despiertas a un tío que como yo necesita tanto dormir?
—Porque lo entiendo todo.
—Aja.
Howie empezó a susurrar muy excitado.
—Es así. Que unos jóvenes como tú y yo estemos aquí esclavizando nuestros mejores años en una cuadrilla es como si unas muchachas tan bellas como Onie y Diane de pronto decidieran convertirse en lavanderas.
El no dijo nada. Siguió acostado pensando. Pero entendía perfectamente. La idea de Diane como lavandera era tan espantosa que volvió a cerrar los ojos. Howie seguía cuchicheando.
—Claro está que si Onie siente así yo no sé muy bien qué hacer con esa pobre muchacha.
El siguió con los ojos cerrados sin decir nada.
—No se trata de que no tenga motivos para volver. Más bien es casi un deber hacerlo.
El siguió allí fláccido. Pero escuchaba a Howie con mucha atención.
—El mensajero dice que hay un tren de pedregullo que pasa por aquí esta noche con destino a Shale City.
El siguió sin decir palabra. Sin embargo le escuchaba.
—Llegaríamos en una hora.

El hizo un ligero movimiento con la pierna para demostrar que estaba despierto y escuchaba.
—Ese tren pasa por aquí dentro de diez minutos.
Saltó de la litera y en un solo movimiento cargó sobre sus hombros la ropa de cama. Howie le miró sorprendido.
—¿Qué haces?
Miró a Howie como indicándole que la responsabilidad era toda suya.
—Bien. Si estás decidido a echarte atrás en nuestro acuerdo pienso que no puedo hacer nada por detenerte. Si queremos coger ese tren será mejor ir saliendo.
Bill Harper le ocupó la mayor parte de su pensamiento camino a Shale City. Se dijo a sí mismo anoche le pegué a Bill Harper. Pensó Bill Harper era mi mejor amigo me decía la verdad y le pegué. Se recostó y miró las estrellas. Pensó en cómo él y Bill Harper habían tomado asiento en el drugstore y en cómo Bill Harper tartamudeaba y balbuceaba hasta que finalmente se decidió a ir al grano. Recordó nuevamente el odio que sintió cuando Bill Harper le contó que esa noche Diane saldría con Glen Hogan. Presentía que era verdad porque de lo contrario Bill Harper no se lo hubiese dicho. Sin embargo se había puesto en pie y le había llamado mentiroso y le había golpeado y derribado y después había salido solo del drugstore.
Camino de su casa tropezó con Diane y Glen Hogan que en ese momento se apeaban del auto deportivo de Glen y se dirigían al teatro Elyseum. Entonces supo que Bill Harper le había dicho la verdad y que Diane le engañaba.
Encontró a Howie en la esquina. Howie había discutido con Onie a causa de Glen Hogan y por lo tanto ambos decidieron abandonarlo todo y marcharse al desierto y trabajar como hombres libres y olvidarse de todo. Eso no quería decir que él y Howie se pareciesen. Howie jamás había podido retener a ninguna muchacha. Sintió algo así como un agravio por el hecho de que Howie lo incluyese en su categoría. Pero sus deseos de marcharse eran tan intensos que cuando Howie lo sugirió él dijo nos vamos mañana.
Recostado en el vagón recordó todas las excursiones y los momentos agradables que habían pasado juntos él y Bill Harper. Recordó la primera vez que cada uno de ellos salió con una muchacha. Decidieron salir los cuatro porque estaban muy asustados. Recordó el día que su cachorro Mayor había sido embestido por un auto y Bill había venido por la noche con el coche de su padre y le había llevado a dar un paseo por el campo hasta la medianoche sin decir una sola palabra durante todo el tiempo porque Bill sabía cómo se sentía él. Recordó muchas otras cosas y pensó Bill Harper es un buen amigo como para perderlo aunque se trate de Diane y mañana se lo diré. Mañana iré a su casa y le diré a Bill que olvidemos todo esto. Bill seamos amigos porque no volverá a ocurrir.
Después cuando el tren se iba aproximando a Shale City volvió a pensar en Diane. La frescura de la noche le permitió imaginar su rostro. No había podido hacerlo en el desierto. Se la imaginaba sonriendo. Pensó en Howie que creía haber perdido a Onie pero no era así porque Onie había admitido su error y le había rogado que volviese. Además pensó no quiero que Diane salga con Glen Hogan. Cualquiera menos Glen Hogan. Sólo porque tenía un bonito automóvil Glen pensaba que podía tomarse libertades con las muchachas que ningún otro se tomaría. Cada vez que imaginaba a Diane y a Glen Hogan juntos se asustaba. Veía que de algún modo su deber era ir a ver a Diane y hablar con ella como lo haría un hermano y contarle acerca de Glen Hogan. Sabía que tenía que evitar que Diane se desilusionase por sí sola cuando descubriera qué clase de tío era Glen Hogan. Debía hacer eso aun a expensas de su orgullo.
Se apearon del tren antes de llegar a la estación porque no querían que nadie los viese con ese aspecto. Anduvieron unos doscientos metros hasta que Howie se detuvo.
—Bien. Me voy.
—¿Adonde vas?
—Creo que iré a casa de Onie.
Howie lo dijo en un tono soñador y al mismo tiempo insinuante porque sabía que Joe no tenía más remedio que ir a su casa. Howie que nunca supo conservar una muchacha. ¡Ja!
Howie se perdió en la oscuridad. El se quedó completamente solo. Se encaminó hacia su casa.

Esa noche Shale City parecía el pueblo más bonito del mundo. El cielo era azul pálido y había alrededor de un millón de estrellas fulgurantes. Los árboles tenían un color verde oscuro y la brisa fresca jugaba con. ellos. De pronto fue como si el desierto y la brigada no hubiesen existido nunca. Estaba terriblemente cansado pero nadie le miraba y supo que podía detenerse y descansar cuando lo deseara. Quería hacerlo y como de alguna manera había recobrado el aliento ni siquiera sentía el peso de la mochila. Parecía limitarse a andar sin rumbo disfrutando del fresco. Era un poco más de las once.
Y entonces de pronto supo por qué se sentía tan bien cuando debía sentirse mal. Era porque estaba en la calle de Diane. No había llegado hasta allí deliberadamente aunque se había desviado unos doscientos metros de su camino y en realidad estaba terriblemente cansado. Al parecer algo le había impulsado hacia esa calle y se sentía contento de que fuera así. Hasta en las noches comunes siempre se sentía extraño cuando se acercaba a casa de Diane. Cada vez que se aproximaba al sitio donde ella vivía se le apretaba la garganta y se sentía medio inquieto y medio asustado.
Entonces súbitamente pensó no puedes pasar por la casa de Diane con las manos ensangrentadas y sucio como estás. No puedes correr el nesgo de que ella te vea en estas condiciones. Así que cruzó la calle y empezó a deslizarse de puntillas como si ella durmiese y él pudiese despertarla con el ruido de sus pasos y asustarla. Todo el tiempo algo dentro de él le decía mañana la verás mañana la verás mañana la verás.
Luego precisamente en la acera frente a la casa de ella se detuvo y se quedó sin respirar. Diane estaba en las escaleras de la entrada y rodeaba a alguien con sus brazos y alguien la rodeaba a ella con los suyos. Se besaban. El no hizo nada. Sólo se quedó allí oculto por el árbol y observó. No quería mirar pero mirar era lo único que quería Se sintió avergonzado y sin embargo no se movió ni una pulgada. Se quedó allí. Se quedó donde estaba y miró.
Luego el tío que la besaba la soltó y Diane subió las escaleras en esa forma tan graciosa que tenía y al llegar al portal se volvió para sonreír. Por supuesto no pudo verle la cara pero sabía que sonreía. Eso duró un instante y después el que la había besado se alejó calle abajo. Silbaba. Silbaba suavemente y medio bailaba mientras se alejaba del sitio donde había besado a Diane. Cuando salió de la sombra de los árboles la luz de las estrellas le iluminó la cara. Era Bill Harper.
No se movió. Bill Harper siguió andando y dio la vuelta a la esquina. La luz de la sala de la casa de Diane se encendió y se apagó. Luego se encendió la luz del dormitorio. Dos veces vio su sombra por detrás de la cortina. Luego se apagó la luz. El se quedó allí pensando adiós Diane adiós. Después emprendió el camino de su casa. Tenía todos los músculos doloridos. Las manos el estómago y la cabeza le palpitaban y le ardían. La mochila parecía pesar cien libras. Pero no era eso lo que le dolía. Era algo dentro de él que le decía con insistencia no sirves. No sirves para nada.
La gente le preguntaría ¿cómo es que no se te ve más con Diane? y él no tendría respuesta. La gente preguntaría ¿qué pasa entre ti y Bill Harper que no se os ve más juntos? y él no tendría respuesta. Su padre le preguntaría ¿cómo es que has conseguido un trabajo en la brigada y sólo te has quedado un día? y él no tendría respuesta.
Todo había terminado. Era algo que nunca podría explicar. Algo que nadie podría comprender. Había perdido el único amigo a quien se lo podría haber contado. Porque sabía que él y Bill nunca más serían lo que habían sido. A lo mejor podrían estrecharse las manos y decir olvidémoslo y empecemos a andar juntos nuevamente pero no sería lo mismo. Y ambos lo sabrían. Ambos sabrían que Diane estaba entre ellos. Ambos también sabrían que probablemente a Diane no le importaría pero que eso no cambiaría nada. Nunca serían capaces de explicárselo a sí mismos.
Pero más que eso pensaba en Diane. Pensar que nunca la vería nuevamente y que nunca estarían juntos otra vez y que nunca volverían a reír y a bromear juntos era como morirse. No era Glen Hogan quien había provocado esto. El la hubiese perdonado si hubiese sido Glen Hogan. Podría perdonarla por aquello y tratar de reconciliarse. Lo grave era que ella había hecho algo que él

nunca podría perdonarle por mucho que la quisiese. Y quería perdonarla. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero no podría.

Cuando se acostó pensó oh ¿por qué hay que sufrir cosas como éstas? Pensó ¿por qué no le matan a uno mientras todavía le queda algo que valga la pena? Pensó ¿por qué será que todo el mundo tiene un amigo íntimo? Hasta los tíos que están en la cárcel seguramente tienen un amigo íntimo en alguna parte. Pero yo no lo tengo. Pensó hasta Howie tiene una muchacha. Hasta esos mexicanos que cantaban cuando regresaban del desierto tienen sus muchachas. Pero yo no. Pensó ¿por qué todo el mundo puede encontrar en su interior una pizca de respeto por sí mismo? Hasta un asesino o un ladrón o un perro o una hormiga tienen algo que los sostiene para seguir y mantener la cabeza erguida. Pero yo no.

Esa noche en la cama fue la primera vez lloró por una muchacha. Se desgañitó llorando como un niño. Tenía las manos ensangrentadas las piernas llenas de espinas y los ojos inundados en lágrimas y se sentía enfermo del corazón. Tardó mucho en dormirse.

Todo había parecido tan real en esa época y ahora no era real en absoluto. Eso fue hace mucho tiempo. Eso fue en Shale City. Esto ocurrió cuando era muchacho en la escuela superior. Parecía tan distante en el tiempo. En alguna parte probablemente en Colorado Glen Hogan y Howie seguían haciendo sus cosas. Una vez recibió una carta que decía que a Bill le habían matado en Belleau Wood. Bill Harper había tenido suerte. Bill Harper había conseguido a Diane y luego había muerto.

Oh Cristo nuevamente todo se confundía. No sabía dónde estaba o qué estaba haciendo. Pero se estaba enfriando. Ya no ardía. Tenía la cabeza, liviana y confusa y no podía reconstruir las cosas. Todo era confusión pero al menos estaba sereno.

V

No podía habituarse a la forma en que las cosas se fundían unas con otras. A veces flotaba a la deriva sobre nubes blancas asustado por su pequeñez en medio de algo tan inmenso como el cielo. A veces se sentía sumido en almohadas blancas que tenían una manera de deslizar los pies por adelante sobre un terreno áspero y ondulante. Pero la mayoría de las veces flotaba en algún remanso del Río Colorado en su lento paso por Shale City. Yacía en el agua de un río que pasaba por su casa mucho antes de que viniera a Los Ángeles antes de conocer a Kareen mucho mucho antes de partir en un tren cubierto de banderas mientras el alcalde pronunciaba discursos.

Flotaba de espaldas. Cerca de la orilla había sauces y tréboles. El sol le daba en pleno rostro pero su estómago y su espalda estaban helados por el agua que no hacía mucho había sido hielo en las montañas. Flotaba y pensaba en Kareen.

Es agradable flotar aquí Kareen. Ponte de espaldas así. ¿Verdad que es delicioso Kareen? Me encanta te quiero. Flota Kareen. Debes mantener la cabeza fuera del agua para respirar. Quédate cerca de mí Kareen. ¿Verdad que es hermoso flotar sin ir a ninguna parte y sin preocuparse siquiera por ir? Sencillamente deja que el río se ocupe de ello. Nada que hacer y ningún lugar donde ir. Estar en la superficie del río fresco caliente y pensativo pero sin pensar en nada.

!Ponte más cerca Kareen. No te vayas. Más cerca, más cerca Kareen y ten cuidado de que el agua no te cubra el rostro. No puedo darme la vuelta para nadar Kareen sólo puedo flotar así que por favor no te alejes mucho. ¿Kareen dónde estás? no puedo encontrarte y el agua te cubre la cara. No te hundas Kareen no permitas que el agua te tape la cara. Vuelve Kareen te vas a ahogar te llenarás de agua como me estoy llenando yo. Te irás al fondo Kareen cuidado por favor cuidado. Vuelve Kareen. Te has ido. No estabas. Sólo yo en el río con la nariz y boca y los ojos llenos de agua.

El agua le cubría el rostro y él no podía evitarlo. Era como si su cabeza resultara demasiado pesada para su cuerpo y no pudiera echarla hacia atrás sin hundirse. O tal vez su cuerpo fuese demasiado liviano para su cabeza de modo que no tenía peso suficiente para equilibrarla y mantenerla en alto. El agua fluía sobre sus ojos nariz y boca obligándole a escupirla. Era como si flotase de espaldas contra la corriente con los pies delante pero en verdad iba como en un trineo con los pies y las piernas totalmente fuera del agua y la cabeza bajo la superficie. Cada vez más rápidamente y si no se detenía se ahogaría con toda esa agua que le cubría el rostro.

Ya comenzaba a ahogarse. Estiró los músculos de la nuca para sacar la nariz fuera del agua pero no pudo. Trató de nadar pero ¿cómo nadar un hombre sin brazos? Se hundió más y más y más y por fin se ahogó. Parecía como si se ahogase sin siquiera luchar allí en la oscuridad del fondo del río, mientras arriba tal vez a sólo seis u ocho pies estaba el sol y los sauces y los tréboles y el aire. Se ahogaba sin luchar porque no podía luchar. Al parecer no tenía con qué luchar. Era como una pesadilla en la que alguien te persigue y tienes un susto de muerte pero no puedes hacer nada porque no puedes correr. Tus piernas están clavadas al pavimento y no puedes mover un músculo. Por eso se ahogaba.

Tendido bajo el agua pensó qué vergüenza ahogarse cuando tal vez sólo estés a seis u ocho pies del aire y de la luz del sol. Qué maldita vergüenza ahogarse cuando sólo con poder erguirte y extender la mano por encima de tu cabeza podrías tocar una rama de sauce que se desliza en el agua como la cabellera de una muchacha como la cabellera de Kareen. Pero cuando te ahogas no puedes levantarte. Cuando estás muerto y ahogado no queda nada por hacer salvo el tiempo que transcurre y transcurre como el agua que rodea tu cuerpo.

Las cosas empezaron a estallar de un lado a otro ante sus ojos. Granadas y bombas y molinetes y curvas de fuego y grandes bengalas blancas a través de su cabeza revoloteando y penetrando en la parte blanda y húmeda de su cerebro con un silbido, podía oír claramente el silbido. Era como el vapor de una locomotora. Oía explosiones y aullidos y quejidos y palabras que nada significaban y silbidos tan agudos y estridentes que atravesaban sus oídos como cuchillos. Todo destinado a marear y ensordecer. Dolía tanto que pensó que todo el dolor del mundo estaba atrapado en algún lugar entre su frente y su nuca intentando abrirse camino a martillazos. El dolor era tan intenso que lo único que podía pensar era por favor por favor por favor quiero

morir.
De pronto las cosas se quedaron en silencio. Todo se quedó quieto en su cabeza. Las luces ante sus ojos se extinguieron tan rápidamente como si alguien las hubiese apagado con un interruptor. También el dolor desapareció. Lo único que sentía era el palpitar de la sangre en su cerebro hinchándole y comprimiéndole la cabeza. Pero era una sensación apacible. Era indolora. Era tal el alivio que salió de su ahogo. Pudo pensar.
Pensó bien muchacho estás sordo como una tapia pero no tienes dolor. No tienes brazos pero estás herido. Nunca te quemarás la mano ni te cortarás un dedo ni te aplastarás una uña tú eres un cadáver con suerte. Estás vivo y sin dolor es mucho mejor que estar vivo y dolorido. Un sordo sin brazos puede hacer muchas cosas siempre que no sufra tanto que se vuelva loco de dolor. Puede usar ganchos o algo así en lugar de brazos y puede aprender a leer los labios y aunque eso no sea lo mejor del mundo no se ha ahogado en el fondo del río mientras el dolor le está desgarrando el cerebro. Aún tiene aire y no forcejea y tiene sauces y puede pensar y no duele.
No podía entender por qué las enfermeras o quienes cuidaran de él no le ponían horizontal. La parte inferior era ligera como una pluma mientras que la cabeza y el pecho eran como un peso muerto Por eso pensaba que se estaba ahogando. Su cabeza demasiado baja. Si pudiera mover aquello que tenia debajo de las piernas y poner su cuerpo en forma horizontal se sentiría mejor. No tendría nunca más esa pesadilla de ahogarse.
Empezó a patear con los pies para mover aquello que estaba debajo de sus piernas. Sólo comenzó porque no tenía piernas para patear. En algún punto debajo de la articulación de las caderas le habían cortado las dos piernas.
Sin piernas.
No más correr andar gatear si no tienes piernas. No más trabajar. Sin piernas ¿te enteras?
No mover más los dedos de los pies. Qué increíble qué maravilloso qué estupendo mover los dedos de los pies.
No no.
Si sólo pudiese pensar en cosas reales podría superar ese sueño de no tener piernas. Vapores panes muchachas Kareen armas libros chicles palos Kareen pero pensar en cosas reales no servía de nada porque aquello no era un sueño.
Era la realidad.
Por eso le parecía que tenía la cabeza más baja que las piernas. Naturalmente que parecían livianas. También el aire es liviano. Hasta la uña del dedo gordo es pesada si se compara con el aire.
No tenía brazos ni piernas.
Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a gritar de terror. Pero sólo empezó porque no tenía boca para gritar. Se sorprendió tanto de no poder gritar que empezó a mover las mandíbulas como alguien que ha descubierto algo interesante y quiere comprobarlo. Estaba tan seguro de que la idea de no tener boca era un sueño que podía investigar con calma. Trató de mover las mandíbulas pero no tenía mandíbulas. Trató de pasar la lengua por el borde interno de los dientes como si estuviese buscando una semilla de fresa. Pero no tenía lengua y no tenía dientes. Tampoco tenía paladar. Trató de tragar pero no pudo porque no tenía garganta ni músculos para tragar.
Empezó a asfixiarse a jadear. Era como si alguien le hubiese puesto un colchón sobre el rostro y lo mantuviese allí. Respiraba honda y aceleradamente pero en realidad no respiraba porque el aire no pasaba por su nariz. No tenía nariz. Podía sentir que su pecho subía y bajaba y temblaba pero ni una gota de aire pasaba por el sitio donde solía estar su nariz.
Le asaltó un salvaje y aterrado impulso de morir. Matarse. Trató de atenuar su respiración para no respirar más y de ese modo asfixiarse. Pudo sentir cómo los músculos del fondo de la garganta se cerraban estrechamente para no dejar pasar el aire pero su pecho seguía respirando. No había aire que retener en su garganta. Sus pulmones se encargaban de absorberlo en algún punto debajo de su garganta.
Ahora supo que se estaba muriendo pero sentía curiosidad. No quería morir hasta que lo hubiera

averiguado todo. Si a un hombre le falta la nariz la boca el paladar y la lengua era lógico suponer que debían faltarle otras cosas. Pero eso era absurdo porque un hombre en ese estado estaría muerto. No se podía perder tanto de uno mismo y seguir con vida. Sin embargo si uno se daba cuenta de que las había perdido y podía pensar en ello entones debía estar vivo porque los muertos no piensan. Los muertos no piensan y él estaba enfermo de curiosidad así que aún no debía estar muerto.
Empezó a buscar con los nervios del rostro. Empezó a hacer esfuerzos por sentir la nada que allí había. Donde habían estado su boca y su nariz ahora con seguridad no había más que un agujero cubierto de vendas. Trataba de averiguar hasta dónde llegaba ese agujero. Trataba de sentir los bordes de ese agujero. Se esforzaba por seguir los bordes de ese agujero y ver hasta dónde llegaban con los nervios y poros de su cara.
Era como mirar en la total oscuridad con ojos que se le salen a uno de las órbitas. Era una forma de sentir su piel investigando en algo que no podía moverse según le indicaba su mente. Los nervios **y** músculos de su rostro reptaban como víboras hacia su frente.
El agujero empezaba en la base de su garganta precisamente debajo de donde debía tener la mandíbula y ascendía en un círculo que se ensanchaba. Podía sentir cómo su piel trepaba más y más. Llegaba casi hasta la base de sus orejas si es que las tenía y luego volvía a estrecharse. Terminaba un poco más arriba de lo que solía ser su nariz.
El agujero ascendía demasiado como para que tuviese ojos.
Estaba ciego.
Sentía una extraña calma. Estaba tan tranquilo como un comerciante que hace el inventario de primavera y se dice de modo que no tengo ojos mejor será consignar eso en el libro de pedidos. No tenía piernas ni brazos ni ojos ni orejas ni nariz ni boca ni lengua. Qué sueño infernal. Debe de ser un sueño. Por supuesto, dios santo, tiene que ser un sueño.
Debía despertarse o se volvería loco. Una persona en ese estado estaría muerta y él no estaba muerto de modo que no estaba en ese estado. Era sólo un sueño.
Pero no era un sueño.
El podía desear que fuese un eterno sueño y eso no cambiaría las cosas. Porque estaba vivo vivo. No era más que un trozo de carne como los pedazos de cartílago que el viejo profesor Vogel usaba en sus clases de biología. Trozos de cartílago que no tenían nada a excepción de la vida que se mantenía gracias a la química. Pero él le llevaba un punto de ventaja a los cartílagos. Tenía una mente que pensaba. Y eso era algo que el profesor Vogel jamás hubiera podido afirmar de sus cartílagos. Pensaba y era sólo una cosa.
Oh no. No no no.
No podía vivir así porque se volvería loco. Pero no podía morir porque no podía matarse. Si sólo pudiese respirar podría morir. Eso era curioso pero era cierto. Podría contener la respiración y matarse. Y ése era el único camino que le quedaba. Pero respiraba. Sus pulmones se cargaban de aire y él no podía impedirlo. No podía vivir y no podía morir.
No no no no puede ser.
No no.
Madre.
Madre ¿dónde estás?
Apresúrate madre apresúrate apresúrate apresúrate y despiértame. Tengo una pesadilla madre ¿dónde estás? Apresúrate madre. Estoy aquí. Aquí madre en la oscuridad. Cógeme en tus brazos. Arrorró mi niño. Ahora me acuesto a dormir. Oh madre apresúrate porque no puedo despertar. Aquí madre. Cuando sople el viento se mecerá la cuna. Álzame en tus brazos alto alto muy alto.
Te has ido madre y me has olvidado. Aquí estoy. No puedo despertar. Despiértame. No puedo moverme. Cógeme en tus brazos. Tengo miedo. Oh madre madre cántame frótame báñame péiname y límpiame las orejas y juega con los dedos de mis pies y hazme golpear las manos y sonarme la nariz y bésame los ojos y la boca como te he visto hacer con Elizabeth como seguramente has hecho conmigo. Entonces me despertaré y me quedaré contigo y no me volveré a ir ni a tener miedo ni a soñar.

Oh no.
No puedo. No puedo aguantarlo. Grita. Muévete. Sacude algo. Haz algún ruido cualquier ruido. No puedo soportarlo. Oh no no no.
Por favor no puedo. Por favor no. Que alguien venga. Ayúdame. No puedo quedarme así para siempre tal vez durante años antes de morir. No puedo. Nadie puede. No es posible.
No puedo respirar pero respiro. Tengo tanto miedo y sin embargo pienso. Oh por favor por favor no. No no. No soy yo. Ayudadme. No puedo ser yo. Yo no. No no no.
Oh por favor, oh por favor. No no no por favor no. Por favor.
Yo no.

VI

Caminaba de un lado a otro de la panadería durante toda la noche. Unas once millas por noche. Andaba con sus piernas sobre el piso de cemento y sus brazos se balanceaban libremente en el aire. Casi nunca se cansaba. No estaba mal pensar en eso. Andar toda la noche y trabajar duramente y cobrar dieciocho dólares el fin de semana. No estaba mal.

Los viernes por la noche eran siempre los más pesados en el departamento de expedición nocturna porque los sábados por la mañana los repartidores debían llevarse pan y pasteles y bollos y rosquillas suficientes para abastecer a sus clientes para el domingo. Eso hacía que los viernes por la noche se trabajase y se anduviese a un ritmo infernal. Pero no estaba mal. Siempre mandaban a buscar unos hombres más de la Misión Nocturna para que trabajasen con la plantilla los viernes por la noche. Los tíos de la Misión apestaban a desinfectante y parecían muy sucios y tímidos. Sabían que quien oliese a desinfectante se daría cuenta de que eran mendigos que vivían de la caridad. Eso no les apetecía y con razón. Siempre eran humildes y cuando eran lo bastante listos trabajaban duramente. Algunos no eran listos. Algunos ni siquiera podían leer los pedidos en los cubos. Uno de ellos había venido de Georgia la región de la trementina. No había ido nunca a la escuela. La mayor parte de los holgazanes eran de Texas.

Una noche vino un puertorriqueño de la Misión. Su nombre era José. Los viernes por la noche las cosas solían estar muy desordenadas en el departamento de expedición. Había cajas carretones y estantes desparramados por los pasillos y tíos que untaban y cintas transportadoras que tableteaban y en la planta superior los hornos giratorios que chirriaban al deslizarse sobre las planchas calientes y sin engrasar. Era un follón y la mayor parte de los tíos de la Misión se sentían confundidos cuando venían a trabajar por primera vez. Pero José no. Observó el sitio y escuchó en silencio las instrucciones y se puso a trabajar. Era alto con ojos pardos y bastante guapo para ser mexicano o puertorriqueño o lo que fuese Había algo en él que te sugería que era distinto de los otros tíos que venían de la Misión o tal vez que había tenido más suerte que ellos.

Los viernes por la noche en lugar de salir a un restaurante los tíos comían en el vestuario porque allí había bancos y casilleros y podías sentarte en los bancos comer tu merienda apresuradamente y volver a trabajar. José no había traído nada para comer así que los muchachos robaron una botella de leche de la nevera de la panadería y se la dieron junto con una rosquilla. José se mostró muy agradecido. Mientras mordisqueaba su bollo y bebía su leche hablaba. Dijo que California era un país maravilloso. Dijo que era aún más maravilloso que su Puerto Rico. Dijo que ahora empezaba la primavera y que pronto podría dormir en el parque. Dijo que California era un gran país para la gente que no tenía dónde dormir porque no hacía tanto frío y podías envolverte en un abrigo y dormir en el parque muy bien gracias. Dijo que quería conseguir un trabajo estable en la panadería porque entonces podría mantenerse limpio. No le gustaba sentirse sucio y aborrecía el desinfectante que ponían en el agua en la Misión. Había muchos pobres en la Misión a los que no parecía afectarles el desinfectante pero a él sí le importaba y mucho. Dijo que había venido a California para trabajar en el cine. No no quería ser actor. Pero con seguridad habría muchas oportunidades para un joven ambicioso como él en una empresa tan extraordinaria como el cine. Dijo que creía poder trabajar en el departamento de investigación de uno de los estudios. Quizás alguien podía informarle cómo se conseguía un trabajo en un estudio ¿sí?

Los tíos se limitaron a mirarle y gruñir. Si alguno de ellos supiese cómo conseguir trabajo en un estudio ¿no lo hubiesen hecho hace mucho tiempo en lugar de quedarse en esa panadería de mierda? No. Nadie sabía cómo José podía conseguir trabajo en un estudio.

José se encogió de hombros. Era muy difícil dijo. Cuando estaba en Nueva York las cosas marchaban bien para él y después una muchacha muy rica se enamoró de él y tuvo que irse lejos de allí.

¿Una muchacha rica se enamoró de ti José?

Sí. Había conseguido trabajo como chofer de una familia muy rica que vivía en la Quinta Avenida y las cosas marchaban, muy bien y entonces ocurrió que la hija de la familia le cogió simpatía e hicieron un pacto. La hija quería aprender español y José quería mejorar su inglés así

que empezaron a intercambiar lecciones. Y después la muchacha se enamoró de él y quería casarse de modo que tuvo que irse de Nueva York y se vino a California.
Los tíos sentados alrededor en el vestuario se limitaron a mirarse entre sí y no dijeron nada. Todos los que venían de la Misión tenían historias parecidas. Todos habían tenido mucho dinero y de pronto algo pasó y ahora tenían que estar en la Misión. Hacía mucho tiempo que los tíos de la panadería se habían dado cuenta de que no merecía la pena discutir con los tíos de la Misión. Por más que uno les interrogara y les demostrase que sus historias eran mentiras seguían aferrados a ellas. Tenían que hacerlo. Sus historias eran la única justificación que tenían para ser lo que eran de modo que con el tiempo los tíos de la panadería llegaron a aceptar sin decir nada las historias que contaban los tíos de la Misión. De manera que cuando José terminó de hablar gruñeron y volvieron al trabajo.
La semana siguiente era Pascua y eso significaba roscas calientes y eso quería decir que necesitarían mucha ayuda extra porque la plantilla de expedición no podía sacar veinte o treinta mil docenas de rosquillas calientes sin la colaboración de más gente. Así que Jody Simmons le ofreció una semana de trabajo a José y José aceptó . Trabajaba tan bien con las roscas calientes que cuando Larruping Lavvy se marchó José ocupó su puesto. Estaba muy agradecido y tranquilo. También se alegraba por el tiempo cada vez más caluroso. Dormía en el parque y eso era maravilloso. Ahorraba dinero y José necesitaba dinero para comprar ropa. Un hombre que se propone trabajar en los estudios debe ir bien vestido decía José.
Un día José apareció con una carta. Estaba muy intrigado. Se la mostró a los muchachos y les pidió consejo. Los norteamericanos eran gente tan extraña dijo que uno no terminaba de entender exactamente sus costumbres. Entonces ¿qué debía hacer un caballero en esas circunstancias?
Todos los tíos leyeron la carta de José. Estaba escrita en un papel muy caro con letra de mujer. En la parte superior del folio había un pequeño membrete grabado con una dirección en la Quinta Avenida de Nueva York. Era una carta de la muchacha a quien José se había referido. En la carta decía que deseaba tener su dirección para no tener que escribirle siempre al apartado postal. Contaba con algún dinero propio algo más de medio millón de dólares y apenas descubriera dónde vivía José vendría a Los Ángeles para casarse con él.
Esto dio que pensar a los tíos de la panadería. José podía ser un embustero como todos los otros tíos de la Misión pero al parecer esta muchacha existía en realidad. Por Dios le dijeron a José no seas idiota cásate con ella. Envíale tu dirección y dile que venga lo antes posible con toda su pasta y cásate con ella antes de que cambie de idea. Pero Jose meneó la cabeza. Dijo que no habla peligro alguno en el sentido de que ella cambiara de idea porque como él había dicho la muchacha estaba loca por él. Y que sin duda no tendría inconvenientes en casarse con una muchacha con dinero. Pero él también deseaba amar a la muchacha con dinero con la que se casaría alguna vez. Y lamentablemente no la quería.
Pues me cago en tu madre dijeron los muchachos de la panadería ¿no puedes aprender a amarla? No dijo José con tristeza no puedo. Sólo quería saber lo que se acostumbra hacer en estos casos en América y cómo escribirle a la muchacha para explicarle. ¿Era correcto que un caballero norteamericano le dijera a una muchacha norteamericana que no la amaba? Por supuesto. Eso no era una descortesía. ¿No sería mejor que algún amigo tal vez alguno de los muchachos de la panadería le escribiese a la muchacha explicándole que José se había suicidado de un balazo por amor hacia ella y que había sido incinerado? José estaba decidido a hacer cualquier cosa para arreglar el asunto.
A esta altura todos los tíos pensaron que José estaba loco. Pero también pensaron que era una especie de loco listo. Cuando contaba historias increíbles acerca de su Puerto Rico natal los muchachos le prestaban más atención porque si su historia con la muchacha era cierta había un cincuenta por ciento de posibilidades de que sus historias sobre Puerto Rico también fuesen verdaderas. José era un tío gracioso pero la panadería estaba llena de tíos graciosos y lo mejor era no preguntarles demasiado. Había que aceptarles como eran y callar.
Una noche cerca de un mes más tarde José llegó con una expresión muy preocupada.
¿Qué te pasa José? ¿Por qué estás tan decaído José? José suspiró y frunció el ceño. Dijo que

tenía un problema muy serio.
¿Qué problema José?
José dijo que como de costumbre había estado todo el día buscando trabajo y que lo había conseguido.
Todos se mostraron muy interesados porque todos en la panadería querían un trabajo mejor sólo que nunca lo conseguían. ¿Dónde has conseguido ese trabajo mejor José? En un estudio desde luego dijo José. Para eso he venido a California. ¿No os he dicho que he venido a buscar trabajo en los estudios?
Nadie dijo palabra. Se quedaron mirándole con atención. Si hubiese sido otro cualquiera lo habrían interpretado como un invento más pero tratándose de José sabían que era cierto. Un estudio ¿qué os parece? Para los tíos de la panadería los estudios podían estar tanto en China como en Hollywood. Pagaban mucha pasta pero nadie salvo un pariente un tío o un sobrino podía entrar en ellos. Sin embargo José tan tranquilo como una ostra había entrado en un estudio y había conseguido lo que buscaba.
¿Cómo has conseguido ese trabajo José? Lo he solicitado dijo José. ¡Oh! dijeron los muchachos de la panadería. Luego tomaron asiento a su alrededor y le miraron fijamente. Por fin alguien habló y dijo ¿cuál es el problema y por qué estás tan preocupado José?
José pareció sorprenderse. Cualquiera puede darse cuenta dijo. El había venido a California y se había pasado mucho tiempo sin dinero y lleno de desinfectante de la Misión Nocturna y había sido muy infeliz. Después ese caballero simpático Jody Simmons le había aceptado en la panadería y le había dado un buen empleo. El tenía una deuda con Jody Simmons ¿no? Muy bien. Tenía una deuda con Jody Simmons y ahora había encontrado un trabajo. ¿Cómo abandonar el trabajo que le había proporcionado Jody Simmons para coger el nuevo trabajo sin ofender a su benefactor?
Todos los muchachos empezaron a inquietarse. Cada uno sugería un discurso distinto para decirle a Jody Simmons que dejaba el trabajo. Uno pensó que la mejor forma de hacerlo era darle una hostia en pleno rostro. Otro indicó que debía presentarse cortésmente y decirle a Jody Simmons que se metiera el trabajo en el culo. Otro dijo que lo único que tenía que hacer era no aparecer a trabajar mañana. Jody Simmons lo entendería en seguida. Y hubo muchas otras soluciones que se les ocurrieron a los muchachos de la panadería. Tenía que haberlas. Habían pensado en ellas durante años. Se había desperdiciado mucho talento pensando en las formas de decirle a Jody Simmons que uno se iba. Pero he aquí que ahora había un tío que se iba realmente así que naturalmente todos cooperaban.
Sin embargo después de escuchar todas las soluciones que le ofrecían José sacudió la cabeza y sus ojos parecían más tristes que nunca. Dijo que no. Que debía pensar en una forma mejor. Ninguna de las formas que le habían propuesto para renunciar era propia de un caballero. Jody Simmons era su benefactor y no se le hacían esas cosas a un benefactor. Aun cuando fuese una costumbre norteamericana él tendría que seguir las costumbres de su Puerto Rico y allí un hombre bien nacido no hace esas cosas.
¿Pero cuándo empiezas a trabajar en ese empleo José? Por la mañana dijo José y estoy muy cansado y ahora tendré que trabajar toda la noche y por la mañana estaré mucho más cansado para el otro trabajo y así seguirá siendo. Es un problema terrible y no sé qué hacer.
De modo que José trabajó toda la noche y los muchachos de la panadería pensaron en el problema y por fin se les volvió tan intrincado como para José. Pensaban en alguna solución y apenas comenzaban a hablar meneaban la cabeza y decían no eso no sirve y seguían con su trabajo pensando muy intensamente. Este muchacho José era un espécimen raro y sus ideas eran delirantes, pero a esa altura todos querían encontrar una solución así que el asunto se convirtió en un tema de profundo interés para toda la plantilla nocturna.
La noche llegó a su fin. Todos los tíos de la plantilla fueron a su casa y durmieron y luego volvieron a trabajar esa noche preguntándose qué pasaría con José. También José volvió. Estaba pálido. Dijo que se sentía muy cansado. Dijo que había dormido sólo cuarenta y cinco minutos y que a menos que encontrase una solución muy pronto no sabría qué hacer. Dijo que con

seguridad existía alguna costumbre norteamericana que diese respuesta a su emergencia Pero la noche anterior ya le habían informado acerca de todas las costumbres norteamericanas y él las había rechazado.
Así que trabajó toda la segunda noche y por la mañana cuando salió de la panadería y se enfrentó con el primer resplandor del sol tenía el aspecto de un hombre muy débil. Todo el día siguiente trabajó en el estudio y la noche siguiente cuando volvió a trabajar casi se tambaleaba. Dijo por favor pensad en alguna forma que me permita dejar este empleo porque la salud de un hombre tiene un límite y la mía ya no resiste más porque no he dormido en todo el día y un hombre tiene que dormir si quiere cumplir honestamente aunque sea con un solo empleo.
Entonces a Pinky Carson se le ocurrió algo. José dijo Pinky Carson. Yo te diré lo que harás. A eso de las dos de la mañana cuando bajan los pasteles tú coges media docena con sus cajas y te echas a andar hacia la ventanilla junto a la oficina de Jody de modo que él pueda verte y dejas caer todos esos malditos pasteles. Entonces Jody te despide y se arregla todo. José reflexionó un rato. No soy partidario de la violencia dijo por fin. Pero soy un hombre desesperado y si vosotros pensáis que la violencia servirá la usaré. Pensó un momento y luego dijo puedo pagar esos pasteles que tire ¿sí? Todos dijeron que sí que si quería ser un idiota podía pagar por los pasteles que había arrojado.
De manera que esa noche alrededor de las dos tres de la madrugada José cogió seis pasteles y se situó justamente dentro del área visual de Jody junto a la ventana de su despacho. Todos los tíos le rodearon haciendo como si trabajaran aunque en realidad observaban a José. Esperaban el momento en que Jody Simmons mirara por la ventana desde su escritorio. Cuando mirara Pinky haría una seña y entonces José arrojaría los pasteles. Daba la impresión de que Jody se demoraba más que nunca en mirar por la ventana. Pero por fin miró y Pinky Carson hizo la seña y José tiró los pasteles.
Jody salió de su despacho como un abejorro. Dijo qué diablos pasa contigo hijo de puta ¿por qué has tirado esos pasteles? Están deshechos y ahora los tendrás que pagar. El pobre José se quedó de pie como derritiéndose de tristeza. Volvió sus grandes ojos hacia Jody Simmons y dijo lo siento señor Simmons. He estropeado sus pasteles. Ha sido un accidente se lo aseguro y sólo a un pobre trabajador le podría haber sucedido y lo siento mucho. Pagaré con gusto y usted acepte mis excusas ¿sí?
Por un instante Jody Simmons miró duramente a José y luego una sonrisa le cruzó el rostro y dijo por supuesto José todos cometemos errores. Puedes pagar los pasteles. Dijo José tú eres un trabajador consciente y no importa que alguna vez cometas un error. Agregó desearía contar con más hombres como tú. Ahora olvídalo y vuelve a trabajar.
José se quedó allí con una especie de temblor que le recorría de arriba abajo y sacudiendo la cabeza como si no pudiese creer en tanta mala suerte. Después se volvió hacia los muchachos de la plantilla. Miró a Pinky Carson como lo hubiese hecho un perro traicionado por su amo. Por fin se dio media vuelta y echó a andar por el primer pasillo y comenzó a trabajar nuevamente.
Pinky Carson se le acercó apenas pudo. Mira José la idea no estaba mal pero no era suficiente. Para abandonar un buen puesto tienes que hacer algo importante. La solución de los pasteles se ha acabado por esta noche. Pero no pierdas esperanzas por que todas las noches se hacen pasteles y mañana puedes tirar uno de esos estantes llenos. Puedes coger uno de los que tienen ciento ocho pasteles. Piensa en ello. Lo colocas en el mismo lugar y después vuelcas el estante y se montará un follón impresionante. Qué follón tío entonces sí que Jody Simmons te echará. No lo dudes.
José miró a Pinky Carson y dijo todo eso es muy deshonesto pero mi organismo no resiste mucho más de modo que mañana lo haré cuando salga la tanda de pasteles. Luego volvió tambaleándose a su trabajo.
Al día siguiente la mayor parte de los muchachos no pudo dormir tan ansiosos estaban de ver cómo José arrojaba la estantería. Todos llegaron temprano a trabajar. Habitualmente Jody Simmons no llegaba hasta cerca de las diez. Pero todo el mundo esperaba que viniese temprano para poder observar con más tiempo el rostro de un hombre que iba a presenciar cómo se caían

ciento ocho pasteles frente a su despacho. Pero cuando pasaron junto a la oficina de Jody y miraron Jody no estaba allí. Sobre su escritorio sólo había una gran caja rectangular que parecía una caja de flores. Todos miraron la caja y después subieron a cambiarse para el trabajo. En seguida apareció José. La primera parte de la noche se les hizo más larga que nunca.

A eso de las diez de la noche apareció Jody Simmons. Todos observaban porque sentían curiosidad por saber qué era esa caja que había sobre su escritorio. Jody entró en su despacho y miró la caja como si fuese una bomba de tiempo. Era un hombre rudo y cualquier cosa desacostumbrada solía despertarle sospechas. Por último debió convencerse de que la caja no era peligrosa y comenzó a abrirla con mucho cuidado. Dos docenas de rosas cayeron sobre su escritorio. Jody empezó a manotear entre las rosas en busca de una tarjeta pero no había tarjeta alguna. Cuando Rudy entró en el despacho de Jody en busca de las planillas de la noche vio las flores y dijo veo que has recibido flores Jody. Jody contempló las flores y dijo que alguien se estaba haciendo el gracioso. Pero que no le importaba porque las rosas eran bellas y se las llevaría a su esposa. Envió a Rudy en busca de una lata con agua para ponerlas así se conservarían frescas. Toda la noche cada vez que los muchachos miraban hacia la pequeña ventana del despacho de Jody imaginaban su pequeña cabeza calva adornada por una corona de rosas.

A las dos empezó a salir el pastel. Pinky Carson subió a la sección de horneado para controlar el empaquetado de los pasteles. Esa noche había de manzana y vainilla y mora y melocotón. Pinky probaba uno de cada gusto y verificaba la consistencia de la corteza y el espesor del relleno. Esa noche la cuadrilla iba adelantada en el trabajo de modo que pudieron coger los pasteles cuando aún estaban calientes. Pink Carson decidió que los más adecuados para tirar eran los de mora. Así que cogió delicadamente una hornada de los más calientes y los colocó en el montacargas. Abajo estaba José.

José temblaba como una hoja. Todos se apostaron cerca de la ventana de Jody Simmons mientras fingían trabajar pero en realidad no hacían más que ademanes. Pinky empujó la hornada de pasteles con cuidado hacia la ventana de Jody Simmons. Después se agachó y comenzó a hacer señas a José. José se acercó como un perro apaleado. Se echó a andar hacia el tablón con los pasteles y apoyó su mano en él. Bastaba un pequeño empujón para arrojarlo al suelo. José se quedó apoyado con un aspecto muy triste. Todos esperaban que Jody Simmons mirara. Parecía demorarse horas. Finalmente miró y Pinky Carson dio la señal. José empujó apenas un poco y el tablón se vino abajo con un ruido infernal. Ciento ocho pasteles se desparramaron por el suelo de la sala de expedición.

Jody se quedó un minuto en su silla mirando fijamente. Como si no pudiese creer que esto le sucediese a él. Después fue como si alguien le hubiera aplicado una descarga eléctrica porque en lugar de empujar la silla hacia atrás antes de ponerse en pie saltó como si se hubiese apoyado en un brasero salió corriendo y aullando de su despacho. José se quedó mirándole. José era mucho más alto que Jody Simmons. Miró a Jody desde arriba y sus ojos eran lo más triste del mundo. Jody comenzó a gritarle piojoso hijo de puta anoche te di una oportunidad y ¿qué haces hoy? Arruinas ciento ocho pasteles de mora. ¿Sabes lo que esto significa hijo de puta? Significa que te echo que estás despedido. Fuera y que no te vuelva a ver por aquí cabrón.

José se quedó un segundo mirando a Jody Simmons como si le disculpara por todo lo que le estaba diciendo. Luego se volvió y echó a andar en dirección al vestuario. Todos se escurrieron tras él lo más rápido que pudieron. José hablaba casi consigo mismo. Esta es la primera vez que hago algo tan deshonesto decía José. Nunca pensé que fuese capaz de caer tan bajo. El señor Simmons tiene razón. Es un excelente caballero que me dio trabajo cuando lo necesitaba. Le he retribuido con ingratitud. Soy un miserable. No hay más que decir ¿no?

Oye José dijo Rudy tal vez tú sepas algo sobre esas flores que estaban sobre el escritorio de Jody. José asintió con un gesto. Sí dijo pero es lo que se llama un secreto. Compré esas flores esta tarde y se las envié al señor Simmons. Pues reverendo idiota dijo Rudy ¿cómo se enterará de que has sido tú si no has puesto una tarjeta con tu nombre?

José respondió que eso no estaba en discusión. Lo importante es que el señor Simmons haya

recibido las flores. Las flores son hermosas. El señor Simmons es un caballero y sabrá apreciarlas. Que sepa o no de dónde provienen no tiene nada que ver. Yo sé que he expresado mi gratitud con algo hermoso. Sé que he intentado retribuirle por las cosas estupendas que ha hecho por mí. No es importante que lo sepa. Lo único importante es que recibiera las rosas ¿sí?
José se puso el abrigo y salió de la panadería. Nadie volvió a verlo. Al día siguiente no se presentó a cobrar. En cambio Jody Simmons recibió un giro postal de José por diecinueve dólares y ochenta y siete centavos que sumados a su salario servirían para pagar los pasteles…
Ahora le parecía que José estaba de pie frente a él avanzando y retrocediendo en una especie de niebla. El estaba hablando con José. Le decía ¿cómo estás José? ¿Cómo andan tus cosas? Háblame José y dime qué haces y qué pasó con aquella muchacha rica. Habla más fuerte José porque últimamente no oigo bien. Fuerte José. Y acércate más porque no me puedo mover demasiado. Más tarde sí pero ahora ya lo ves estoy en cama. ¿Cómo es eso José? ¿Cómo es eso? ¡José!
Espera un momento José. Perdóname. Verás. He creído que estábamos de nuevo juntos en la panadería. He creído que estábamos todos allí. Pero no es así. Debe haber sido un sueño. Resulta difícil saberlo. Sólo un minuto José y me despertaré. Eso eso. Así está mejor. Mucho mejor. No sé dónde estás José pero sí dónde estoy yo.
Sé dónde estoy.

VII

No podía seguir así. Debía evitar que las cosas se desvanecieran y luego regresaran todas juntas. Tenía que terminar con los ahogos y los hundimientos y los ascensos. Terna que reprimir el miedo que le daba ganas de gritar y aullar y reír y estrangularse hasta morir con un par de manos que se estaban pudriendo en algún depósito del hospital.

Tenía que controlarse para poder pensar. Hacía demasiado que estaba así. Sus muñones ya habían cicatrizado. Los vendajes habían desaparecido. Eso quería decir que había pasado el tiempo. Mucho tiempo. Tiempo suficiente como para que saliera de eso y pensara. Tenía que pensar en él. En Joe Bonham y en lo que haría. Tenía que pensarlo todo nuevamente.

Era como un hombre adulto que de pronto se volvía a introducir en el cuerpo de su madre. Yacía en silencio. Completamente indefenso. En alguna parte de su estómago había un tubo a través del cual le alimentaban. Era exactamente como un útero salvo que un bebé en el cuerpo de su madre puede esperar el momento en que nacerá a la vida.

El estaría en ese vientre para siempre. Eternamente. Debía recordarlo. No debía esperar o confiar en otra cosa. Esta era su vida de ahora en adelante día a día hora a hora minuto a minuto. Nunca más podría decir hola cómo estás te quiero. Nunca más podría escuchar música u oír el murmullo del viento entre los árboles o el rumor del agua. Nunca más respiraría el aroma de un filete friéndose en la cocina de su madre o la humedad de la primavera en el aire o la maravillosa fragancia de la salvia transportada por el viento a través de una gran llanura. Nunca más podría ver los rostros de las personas que le alegraban con sólo mirarlos como el de Kareen. Nunca más podría contemplar la luz del sol o las estrellas o el césped tierno que crece en las colinas de Colorado.

Nunca más podría andar con sus piernas sobre la tierra. Nunca más correría o saltaría o se estiraría cuando estuviera cansado. Nunca estaría cansado.

Si el sitio en que yacía ardiese él se limitaría a quedarse allí y dejar que ardiese. Ardería con él y no podría hacer movimiento alguno. Si sintiera que un insecto se arrastraba por ese muñón de cuerpo que le quedaba no podría mover un dedo para destruirlo. Si le picaba no podría hacer nada para aliviar la picazón o quizá a lo sumo restregarse un poco contra las mantas. Y esta vida no transcurriría así sólo hoy o mañana o hasta el fin de la semana que viene. Estaba en el vientre para siempre. No era un sueño. Era real.

Se preguntó cómo había podido salir con vida. Había tíos que se arañaban el pulgar y se morían. El alpinista se caía de un escalón se fracturaba el cráneo y moría el jueves. Tu mejor amigo iba al hospital para operarse del apéndice y cuatro o cinco días después estabas junto a su tumba. Un pequeño microbio como el de la gripe acababa con la vida de alrededor de diez millones de personas en un solo invierno. Entonces ¿cómo era posible que un tío perdiese los brazos y las piernas y los oídos y los ojos y la nariz y la boca y siguiera viviendo? ¿Cómo entenderlo?

Sin embargo había muchos que habían perdido sólo las piernas o los brazos y vivían. De modo que tal vez era razonable pensar que un hombre podía vivir aun sin piernas ni brazos. Si una de esas opciones era posible también podían serlo las dos juntas. Los médicos eran cada vez más diestros en especial ahora que llevaban tres o cuatro años en el ejército con mucha materia prima para experimentar. Si llegaban a tiempo antes de que te desangraras podían salvarte casi de cualquier herida. Era evidente que en su caso habían llegado a tiempo.

Si lo pensabas era bastante razonable. Muchos tenían los oídos arruinados por las ondas de choque. Era muy habitual. Muchos se habían quedado ciegos. De tanto en tanto podías leer en el periódico que alguien se había pegado un tiro en la sien y terminaba con vida pero ciego. Por lo tanto su ceguera también tenía sentido. Había muchos en los hospitales allá detrás de las líneas que respiraban por tubos y muchos sin mandíbula y muchos sin nariz. Todo tenía sentido. Sólo que en él se habían combinado todos esos casos. Sencillamente se trataba de una granada que le había volado el rostro y los médicos habían llegado a tiempo para evitar que se desangrara. Sólo un pequeño trozo de granada que por algún motivo no le afectó la yugular ni la médula.

Las cosas habían transcurrido con bastante calma hasta que le pasó esto. Eso quería decir que los médicos de retaguardia tuvieron más tiempo para jugar con él que cuando se desplegaba una

ofensiva y los heridos venían en tropel. Debe haber sido así. Seguramente le habían recogido en seguida y le habían trasladado a un hospital de la base y todos se habían arremangado frotándose las manos y diciendo bien bien muchachos he aquí un caso interesante veamos qué podemos hacer. Después de todo allí habían despanzurrado a unos diez mil tíos para saber cómo se hacía. Se habían encontrado con un caso desafiante y tenían tiempo de sobra de modo que lo encogieron y lo devolvieron al útero.

Pero ¿por qué no se había desangrado hasta morir? Es de suponer que con los muñones de los dos brazos y las dos piernas manando sangre uno podía por lo menos morirse. Había algunas venas poderosas en las piernas y en los brazos. Había visto tíos que se desangraban hasta morir por la pérdida de un solo brazo. No parecía lógico que los médicos hubieran actuado tan rápidamente como para detener cuatro pérdidas de sangre al mismo tiempo antes de que un hombre muriera. Entonces pensó quizá sólo estaba herido y me los cortaron después para ahorrarse problemas o tal vez porque estaban infectados. Recordó haber oído hablar de gangrenas y de soldados con heridas llenas de gusanos. Ese era un buen síntoma. Si uno tenía una bala en el estómago y el agujero lleno de serpenteantes gusanos entonces estaba bien porque los gusanos se comían el pus y mantenían limpia la herida. Pero si tenías ese mismo agujero sin gusanos la herida seguía infectándose por un tiempo y después cogías gangrena.

Tal vez no había tenido gusanos. Tal vez si hubiese podido despertar la atención de un pequeño puñado de gusanos ahora tendría piernas y brazos. Sólo un puñado de pequeños gusanos blancos. A lo mejor cuando lo recogieron aún tenía brazos y piernas con unas pocas heridas. Pero pudo haber ocurrido también que cuando terminaron de curarle las cosas importantes como los ojos la nariz y los oídos y la boca la gangrena ya se había apoderado de piernas y brazos. Entonces comenzaron a despedazarle. Un dedo por aquí una muñeca por allí oh diablos cortemos a la altura de la cadera. Probablemente ése era el método. Cuando los médicos están cortando partes tienen recursos para detener la sangre a fin de que un hombre no muera. Quizá si hubieran sabido cómo terminaría le hubiesen dejado morir. Pero fue sucediendo gradualmente articulación por articulación y entonces allí estaba vivo y ahora no podían matarle porque sería cometer un asesinato.

Oh Dios pasaban tantas cosas extrañas en esta guerra de los hombres. Todo era posible. Oías hablar de ellas todo el tiempo. A un tío le volaron la mitad superior del estómago entonces los médicos le quitaron la piel y con la carne de un muerto hicieron una tapa para el estómago del herido. Podían levantar la tapa como una ventana y observar cómo digería la comida. Había salas enteras repletas de hombres que respiraban por tubos y comían por tubos el resto de sus vidas. Los tubos eran importantes. Muchos muchachos orinarían por tubos mientras vivieran y otros muchos a quienes les habían volado sus partes traseras. Ahora sus intestinos se prolongaban en agujeros en las caderas o en el estómago. Los agujeros estaban cubiertos de vendas porque no tenían esfínteres que los controlaran.

Y eso no era todo. Había un sitio en el sur de Francia donde tenían a los locos. Había tíos que no podían hablar aunque estaban en perfecto estado físico. Sólo se habían asustado y se habían olvidado de hablar. Había hombres saludables que corrían por todas partes a cuatro patas y metían la cabeza en los rincones cuando estaban asustados y se olían entre sí y levantaban la pata como los perros y no hacían más que gemir. Había uno un minero que volvió a Cardiff junto a su mujer y sus tres hijos. Una bengala le había quemado el rostro y cuando su mujer le vio lanzó un aullido cogió un hacha y le cortó la cabeza. Luego mató a los tres niños. Esa misma noche la encontraron en una taberna bebiendo cerveza más fresca que una lechuga. Lo único extraño es que intentaba comerse el vaso de cerveza. ¿Cómo se puede creer o no creer después de todo esto? Cuatro o tal vez cinco millones de hombres muertos y ninguno de ellos deseaba morir mientras que centenares de miles se volvían locos o se quedaban ciegos o paralíticos y no podían morir aunque lo desearan.

Pero no había muchos como él. No había muchos tíos a quienes los médicos pudiesen señalar y decir he aquí la última palabra he aquí nuestro triunfo he aquí lo más importante que hemos hecho entre las muchas cosas que hemos llevado a cabo. He aquí un hombre sin piernas ni brazos

ni oídos ni ojos ni nariz ni boca que sin embargo respira come y está tan vivo como usted o como yo. La guerra había sido una cosa estupenda para los médicos y él un tío con suerte que había aprovechado todo lo que ellos habían aprendido. Pero había una cosa que no pudieron hacer. Podían devolver un tío al vientre de su madre pero no podían volver a sacarle. Estaría allí para siempre. Todo lo que le habían cercenado había desaparecido para siempre. Eso era lo que debía recordar. En eso debía intentar creer. Cuando eso penetrara dentro de sí entonces podía calmarse y pensar.

Era como leer en el periódico que alguien ha ganado la lotería y pensar ahí tienes un tío que ganó un millón de golpe. No podías creer del todo que un hombre pudiese ganar con tantos factores en contra. Sin embargo sabías que era cierto. Sin duda nunca esperas ganar cuando compras el billete. Ahora ocurría lo contrario. Había perdido un millón contra uno. Pero si leía en un periódico lo que le había sucedido no terminaría de creerlo aunque supiese que era cierto. Y jamás podría pensar que le sucedería a él. Nadie imaginaba algo así. Un millón contra uno diez millones contra uno siempre había el uno. Y ése era él. Era el tío que perdió.

Ahora empezaba a tranquilizarse. Su pensamiento se hacía más preciso se articulaba mejor. Podía quedarse quieto entre las sábanas y reconstruir las cosas. Podía imaginar además de sus grandes desgracias las más pequeñas. En un punto próximo a la base de su garganta había una costra que se adhería a algo. Al mover la cabeza ligeramente hacia la derecha y después hacia la izquierda podía sentir el tirón de la costra. También podía sentir un pequeño bulto en la frente como si le hubiesen atado un cordel entre las órbitas de los ojos y el nacimiento del pelo. Ese cordel le intrigaba porque tironeaba cuando él movía la cabeza para sentir la costra cerca de su cuello. En el hueco que estaba en medio de su cara no podía sentir nada así que eso constituía un pequeño problema. Se pasó un rato desplazándose hacia la izquierda y la derecha sintiendo al mismo tiempo el tirón de la costra. Súbitamente comprendió.

Le habían puesto una máscara sobre el rostro que estaba anudada a la altura de su frente. La máscara sin duda era una especie de tela blanda y la parte inferior se había adherido a la mucosidad de la herida de la cara. Eso lo explicaba todo. Se trataba sencillamente de un trozo de tela firmemente atado que llegaba hasta su garganta para que la enfermera en sus idas y venidas no vomitara al contemplar al paciente. Una medida muy considerada.

Ahora que comprendía el propósito y la mecánica de la máscara la costra de mera curiosidad se convirtió en una irritación. Cuando era niño nunca permitió que una costra terminara de curarse. Se la arrancaba siempre. Ahora intentaba rasgarla moviendo la cabeza y tensando la máscara. Pero no podía desalojar la máscara ni comenzar a desgarrar la costra. La tarea se convirtió en una especie de manía. El sitio donde la tela se adhería a la costra no le dolía. No era eso. Sino más bien una situación fastidiosa un desafío o una demostración de fuerza. Si pudiese arrancarse la máscara no se sentiría totalmente indefenso.

Intentó extender el cuello para poder arrancar la tela que se adhería a su piel. Pero no podía extenderlo suficientemente. Se descubrió concentrando toda su fuerza y su voluntad en ese minúsculo punto de irritación. Comprendió que pese a sus esfuerzos no lograría arrancársela. Todos los músculos de su cuerpo y toda su fuerza de voluntad ni siquiera conseguían mover algo tan insignificante como un trozo de tela pegado a su piel. Eso era peor que estar en el útero. Los niños a veces pateaban. Otras veces daban vueltas en la penumbra húmeda y apacible de sus silenciosos ámbitos. Pero él no tenía piernas para patear ni brazos para agitar y no podía dar vueltas porque no tenía un solo fragmento en el cuerpo que le sirviera de palanca para empezar a girar. Trató de desplazar su peso de un lado a otro pero los músculos que tenía en lo que quedaba de sus muslos no se flexionaban convenientemente y tampoco sus hombros tan escrupulosamente mutilados respondían a sus propósitos.

Abandonó la costra y la máscara y comenzó a tramar la forma de dar la vuelta. Sólo podía producir un leve ademán de balanceo. Pero nada más. Tal vez con práctica podría aumentar la fuerza de su espalda sus muslos y sus hombros. Quizá dentro de uno cinco o veinte años lograría adquirir fuerza suficiente para que la órbita de su balanceo fuese cada vez más amplia. Entonces tal vez un día de pronto se daría la vuelta. Si lo lograba podría matarse porque si los tubos que

alimentaban sus pulmones y su estómago eran de metal se clavarían en algún órgano vital con el solo peso de su cuerpo. O de lo contrario si eran blandos como goma su peso podría aplastarlos y se asfixiaría.
Pero todo lo que pudo lograr mediante sus más violentos esfuerzos fue un ligero balanceo que le bañó en transpiración y le hundió en un doloroso mareo. Tenía veinte años y no podía reunir fuerzas suficientes para darse la vuelta en la cama. Nunca había estado enfermo. Siempre había sido fuerte. Podía levantar una caja con sesenta hogazas de pan de libra y media cada una. Y echarla sin más sobre sus hombros para colocarla sobre un cubo de siete pies. Era capaz de hacerlo no una vez sino centenares de veces cada noche hasta que sus hombros y sus bíceps adquirieron la fortaleza de un hierro. Y ahora al igual que un niño que se mece para dormir apenas podía flexionar los muslos y producir un leve balanceo.
De pronto sintió un gran cansancio. Tendido sin hacer el menor movimiento pensó en esa otra herida más pequeña que había comenzado a advertir. Era un hueco en el costado. Sólo un pequeño hueco que sin duda se negaba a cicatrizar. Sus piernas y sus brazos habían cicatrizado y eso llevaba mucho tiempo. Pero mientras transcurría todo ese tiempo de curación todas esas semanas o meses en los que las cosas aparecían o se desvanecían en la nada ese hueco en su costado había permanecido abierto. Lo había ido advirtiendo poco a poco durante mucho tiempo y ahora lo sentía claramente. Era un parche de humedad dentro de una venda de la que descendía un pequeño hilo aceitoso que resbalaba por su flanco izquierdo.
Recordó la vez que había visitado a Jim Tift en el hospital militar de Lille. Jim estaba en una sala donde había muchos tíos con agujeros aquí y allí que no terminaban de cicatrizar. Algunos yacían allí meses y meses drenando y hediendo. El olor de la sala era como el de un cadáver con el que tropiezas durante una patrulla como el olor de un cadáver muy rancio que se disgrega apenas lo tocas con la punta de la bota y despide como una nube de gas con hedor a carne muerta.
Quizás había tenido la suerte de que le volaran la nariz. Hubiese sido bastante desagradable estar acostado y oler el perfume de tu propio cuerpo mientras se va pudriendo. Tal vez después de todo era un tío afortunado porque con ese olor constante en la nariz no es posible tener apetito. Aunque de todos modos eso no le preocupaba. Comía regularmente. Podía sentir cómo le deslizaban comida en el estómago y sabía que comía perfectamente. El sabor no importaba.
Ahora las cosas se volvían cada vez más borrosas. Supo que volvía a desvanecerse. Se escabullía. Parecía como si la oscuridad de sus ojos se convirtiera en algo púrpura en algo como el azul crepúsculo. Descansaba. Sencillamente estaba acostado después de haber pensado y trabajado mucho y se decía deja que se descomponga porque de todos modos no puedes olerlo. Cuando a uno le queda tan poco ¿por qué preocuparse de una parte más que está muriendo? Tú no tienes más que quedarte quieto. La penumbra adquiere otra tonalidad de penumbra. Crepúsculo sin estrellas y noche sin estrellas. Como en casa por las noches con grillos y ranas y una vaca mugiendo en alguna parte y un perro ladrando a lo lejos y el alboroto de los niños que juegan. Bellos sonidos maravillosos y oscuridad y paz y sueño. Sólo que sin estrellas.
La rata se arrastraba sobre su cuerpo sigilosamente. Con sus pequeñas garras afiladas trepaba por su pierna izquierda. Era una gran rata parda como las que solían perseguir con palos. Se arrastraba husmeando y oliendo y desgarrando el vendaje del costado. Sentía sus bigotes que le cosquilleaban los bordes de su herida abierta. Sentía sus largos bigotes que rastreaban en el pus del agujero. Y no podía hacer nada.
Recordaba el rostro de un oficial prusiano que encontraron un día. Acababan de asaltar las trincheras exteriores de la posición alemana. Era una trinchera que había sido abandonada una o dos semanas antes. Toda la compañía como un enjambre se había lanzado sobre ella. Allí se encontraron con el oficial prusiano. Era un capitán. Estaba tendido con una pierna extendida en el aire. La pierna estaba tan hinchada que el pantalón parecía estar a punto de reventar. Su rostro también estaba hinchado. Sus bigotes todavía estaban lustrosos. Una rata gorda y satisfecha sentada en su cuello le roía el rostro. Al saltar dentro de la trinchera captaron todo el cuadro. La entrada a un refugio al que se dirigía el prusiano cuando fue abatido. El prusiano con la pierna en

el aire. La rata masticando.
Alguien lanzó un alarido y entonces todos comenzaron a aullar como locos. La rata se irguió y les miró. Después echó a andar hacia la entrada del refugio. Pero lo hizo lentamente. Toda la compañía se lanzó sobre ella aullando y rugiendo. Alguien le arrojó un casco que golpeó a la rata en los cuartos traseros. La rata chilló y se volvió para pegar una dentellada al casco. Después se arrastró hacia el refugio mientras ellos la perseguían. Allí a la luz de la penumbra la cogieron y la aplastaron hasta convertirla en una jalea roja. Después, por un instante, todos se quedaron inmóviles. Como si sintieran que se habían comportado como estúpidos. Abandonaron el refugio y prosiguieron la guerra.
Después pensó en ello. No importaba si la rata roía a un camarada o a un maldito alemán. Era todo lo mismo. Tu verdadero enemigo era la rata y cuando la veías gorda y bien alimentada masticando algo que podías ser tú entonces te volvías loco.
Ahora la rata se lo estaba comiendo a él. Podía sentir sus pequeños dientes afilados que mordían al borde de la herida y luego los rápidos y leves movimientos del cuerpo de la rata a medida que movía las fauces. Después hundiría las patas y arrancaría un trozo más de carne y eso le dolería y luego volvería a masticar.
Se preguntó dónde estaría la enfermera. Ese era un hospital infernal donde permitían que las ratas entrasen en las salas y masticaran a los enfermos mientras trataban de dormir. Se revolvió y sacudió pero la rata siguió inamovible. No podía hacer nada para asustarla. No podía golpear ni patear y no podía gritar ni silbar para ahuyentarla. Lo único que podía hacer era intentar ese ligero movimiento oscilatorio. Pero evidentemente eso le agradó a la rata porque se quedó donde estaba. Ahora la rata comía con mucho cuidado seleccionando las mejores partes y luego descansaba sobre su estómago con sus pequeñas mandíbulas que masticaban masticaban y masticaban.
Empezó a darse cuenta de que el proceso de masticación de la rata no era una cosa que duraría sólo diez o quince minutos. Las ratas son animales astutos. Conocían su entorno. Esta no se limitaría a irse para no volver. Volvería día tras día noche tras noche para alimentarse con su cadáver hasta enloquecerle. Se vio corriendo por los pasillos del hospital. Se vio abordando una enfermera y cogiéndola por la garganta colocándole la cabeza abajo sobre el agujero de su costado en donde seguía aferrada la rata, y gritándole puta holgazana ¿por qué no te ocupas de ahuyentar a las ratas de tus pacientes? Corría aullando a través de la noche. Corría a través de una serie de noches corría por una eternidad de noches gritando por el amor de Dios quítenme esa rata de encima ¿no la veis? Corría a través de toda una vida de noches y aullaba y trataba de quitarse la rata de encima y sentía que la rata hundía sus dientes cada vez más profundamente.
Cuando hubo corrido sin piernas hasta el agotamiento y cuando hubo gritado sin voz hasta desgarrarse la garganta volvió a caer en el útero volvió a la quietud volvió a la soledad y a la oscuridad y al terrible silencio.

VIII

Las manos de la enfermera se movían sobre su cuerpo. Podía sentir que le lavaba el cuerpo y manipulaba su carne y vendaba la herida de su costado. Utilizaba algo caliente y graso para disolver la sustancia de la costra que sostenía la máscara en ese punto de irritación próximo a su garganta. Se sintió como un niño que ha despertado llorando por una pesadilla para encontrarse a salvo y abrigado en los brazos de su madre. Aun cuando no pudiese verla ni oírla la enfermera era una compañía. Era alguien y era su amiga. Ya no estaba solo. Si ella estaba allí él no tenía necesidad de preocuparse no tenía necesidad de luchar ni de pensar. En ella recaía toda la responsabilidad y él no tenía nada que temer mientras ella estuviese cerca. En lugar de la rata que le roía el costado sintió los dedos fríos de la enfermera y la pulcritud de unas nuevas vendas y gasas frescas.

Ahora supo que la rata sólo había sido un sueño. Se sintió tan aliviado cuando lo descubrió que por unos minutos casi olvidó su miedo. Y después relajado con los cuidados de la enfermera se estremeció de pronto al comprender que el sueño de la rata podía repetirse. Recordó que todo el sueño había comenzado al pensar en la herida de su costado. A medida que se iba quedando dormido su conciencia de la herida hacía surgir el sueño de la rata que se alimentaba de ella. Casi con seguridad mientras la herida estuviese allí desencadenaría la misma serie de pensamientos acerca de la rata que volvería nuevamente en su sueño. Cada vez que se durmiera la rata volvería y el sueño en lugar de olvido sería tan espantoso como la vigilia. Un hombre despierto puede aguantar mucho. Pero cuando llega el sueño merece olvidarlo todo. El sueño debería ser algo como la muerte.

Sabía que la rata era un sueño. Estaba seguro de ello. Lo único que debía hacer era encontrar una forma de salir del sueño cuando apareciese la rata. De niño solía tener pesadillas. Lo curioso era que no resultaban particularmente desagradables. La peor era una en la que él era una hormiga que cruzaba una acera y la acera era tan ancha y él tan pequeño que a veces se despertaba gritando asustado. Esa era la forma de terminar con las pesadillas. Gritar tanto que se despertaba. Pero ahora no podía hacerlo. En primer lugar no podía gritar y en segundo lugar estaba sordo y no podía oír sus gritos. No servía. Tendría que encontrar otra solución. Recordó que a medida que se hacía mayor y aparecían diferentes pesadillas podía salir de ellas pensando. Precisamente cuando parecía que algo terrible que le perseguía iba a atraparle pensaba Joe esto no es más que un sueño. Sólo un sueño ¿comprendes Joe? Y en seguida abría los ojos escrutaba la oscuridad que le rodeaba y el sueño desaparecía. Podría adoptar ese sistema con la rata. La próxima vez que apareciese en lugar de salir huyendo y gritando pidiendo ayuda pensaría que era un sueño. Y entonces abriría…

Pero no era posible. No podía abrir los ojos. En su sueño en mitad del sueño de la rata podría sustraerse a él mediante el pensamiento pero ¿cómo podía demostrar que estaba despierto si no podía abrir los ojos y mirar la oscuridad en torno suyo?

Pensó ¡Dios! Joe tiene que haber alguna forma. Pensó el hecho de desear saber que uno está despierto no es demasiado pedir. Pensó vamos Joe es la única forma en que puedes vencer a la rata y tienes que hacerlo de modo que lo mejor será que busques rápidamente alguna manera de probar si estas despierto o dormido.

Quizá sería mejor comenzar por el principio. Ahora estaba despierto. De eso estaba seguro. Acababa de sentir las manos de la enfermera y las manos de la enfermera eran reales. Así que cuando las sentía era porque estaba despierto. Aunque ahora que la enfermera se había ido estaba despierto porque pensaba en el sueño de la rata. Si puedes pensar en un sueño es que estás despierto. Eso es evidente Joe. Estás despierto. Y estás intentando liberarte de un sueño que sobrevendrá cuando te duermas. No puedes salir del sueño gritando porque no puedes gritar No puedes salir pensando y comprobar que estás despierto abriendo los ojos porque no tienes ojos. Mejor empieza a pensar antes de que te duermas Joe ésa es la cuestión empieza ahora mismo.

En el momento en que sientas que te quedarás dormido intenta ponerte rígido y decirte no vas a soñar con ratas. Entonces a lo mejor estarás preparado para ello y la rata no vendrá. Porque una vez que aparezca te cogerá hasta que despiertes y no puedes tener la seguridad de que estás

despierto hasta que sientas las manos de la enfermera. Hasta entonces no puedes estar seguro en absoluto. De modo que cuando sientas que te estás durmiendo concéntrate y piensa que no vas a soñar con la…

Un momento. ¿Cómo sabrás cuando empieces a adormecerte Joe? ¿Qué te indicará que estás a punto de dormirte? ¿Cómo se siente uno antes de quedarse dormido? Tal vez esté cansado de trabajar y se relaje en la cama y sin darse cuenta se quede dormido. Pero no es tu caso Joe porque tú nunca estás cansado y estás siempre en la cama. Eso no sirve. Pues también puede ocurrir que sienta un escozor en los ojos y bostece y se desperece y por fin se cierren sus párpados. Pero eso tampoco sirve. Nunca sientes escozor en los ojos y no puedes bostezar ni desperezarte ni tienes párpados. Nunca estás cansado Joe. No necesitas dormir porque duermes prácticamente todo el tiempo ¿cómo puedes tener sueño? Si no puedes tener sueño ¿cómo puedes advertirlo? Y si no lo adviertes no puedes ponerte rígido y prevenirte contra la rata.

Cristo qué embrollo. Si ni siquiera podía saber si estaba despierto o dormido era un embrollo terrible. Pero no se le ocurría ningún modo de saberlo. Cuando uno se va a dormir está cansado y se acuesta y cierra los ojos y el sonido se desvanece y entonces uno se duerme. A lo mejor un tío normal un tío que tiene ojos para cerrar y oídos para oír no puede saber el momento preciso en que se duerme. Tal vez nadie pueda. Hay un pequeño espacio entre estar despierto y estar dormido que no es ni una ni otra cosa. Las dos cosas se funden de modo que te quedas dormido sin darte cuenta. Después sin darte cuenta te estás despertando y de pronto estás despierto.

Esto era un infierno. Si ni siquiera un tío normal podía saberlo ¿cómo iba a saberlo él cuando todo lo que le rodeaba era como un sueño las veinticuatro horas del día? Sólo sabía que probablemente entraba y salía del sueño cada cinco minutos. Toda su vida se parecía tanto al sueño que no había forma de seguir su curso. Por supuesto era razonable suponer que una gran parte del tiempo estaba despierto. Pero el único momento en que podía estar seguro era cuando sentía las manos de la enfermera. Y ahora que sabía que la rata era un sueño y en la medida en que era el único sueño que podía identificar con certeza entonces eso quería decir que sólo podía estar seguro de que dormía cuando le roía la rata. Desde luego además del sueño de la rata podía tener otros de la misma manera que podía estar despierto muchas veces sin que le tocaran las manos de la enfermera. Pero ¿cómo diablos podía saberlo?

Por ejemplo cuando era pequeño solía soñar despierto. Se recostaba y pensaba en cosas que haría algún día. O pensaba en las cosas que había hecho la semana pasada. Pero estaba despierto y lo sabía. Sin embargo tendido allí en la penumbra y el silencio era diferente. Si pensaba en algo que había pasado hacía mucho tiempo aquello que parecía un sueño diurno podía convertirse en un sueño verdadero de modo que mientras pensaba en el pasado podía quedarse dormido y soñar con eso.

Tal vez no había solución. Tal vez por el resto de su vida tendría que adivinar si estaba despierto o dormido. ¿Cómo podría asegurar me dormiré o bien acabo de despertar? ¿Cómo lo sabría? Y uno tiene que saberlo. Es importante. Era lo más importante que quedaba. Lo único que tenía era una mente y quería sentir que pensaba con claridad. Pero ¿cómo lo haría si no tenía una enfermera cerca o una rata sobre su cuerpo?

Tenía que hacerlo y eso era todo. Se dice que los tíos que pierden partes de sí suelen desarrollar facultades adicionales. Tal vez si se concentraba en pensar sabría que estaba despierto precisamente como lo sabía ahora. Cuando no se concentrara se quedaría dormido. Eso significaba no soñar más con el pasado. Significaba no hacer nada más que pensar pensar pensar. Entonces se cansaría tanto de pensar que sentiría modorra y se quedaría dormido. Dios le había dejado la mente y eso era todo. Era lo único que podía usar así que tenía que usarla siempre que estuviese despierto. Debía pensar hasta que se sintiera cansado más cansado de lo que había estado nunca. Debía pensar todo el tiempo y después dormir.

Comprendió que era necesario hacerlo. Porque si era incapaz de distinguir la vigilia del sueño no podría considerarse siquiera una persona adulta. Ya era desdicha suficiente estar en el útero. Ya era desgracia suficiente pensar que durante años y años permanecería solo en el silencio y la oscuridad. Pero esto último esa incapacidad de distinguir los sueños de los pensamientos era el

olvido. Le convertía en nada. En menos que nada. Le despojaba de lo único que distinguía a un hombre normal de un loco. Significaba que podía estar pensando con mucha solemnidad en algo que parecía importante mientras que en realidad estaba dormido y soñaba los sueños idiotas de un niño de dos años. Le despojaba de todo respeto por sus propios pensamientos y eso era lo peor que podía pasarle a cualquiera. Estaba tan confundido que no sabía si lo verdadero era la enfermera o la rata. Quizá ni una ni otra cosa. Quizás ambas fueran reales. Quizá nada era verdadero ni siquiera el mismo oh Dios ¿no seria maravilloso?

IX

La fogata del campamento estaba instalada frente a una tienda y la tienda bajo un enorme pino. Cuando dormías dentro de la tienda siempre te parecía que afuera estaba lloviendo porque las hojas del pino caían y caían. Su padre estaba sentado frente a él contemplando el fuego. Todos los veranos venían a este sitio a nueve mil pies de altura cubierto de pinos y lagos. Pescaban en los lagos y por la noche cuando dormía el rugido del agua de los torrentes que unían los lagos sonaba en sus oídos.

Venían a ese sitio desde que él tenía siete años. Ahora tenía quince y mañana vendría Bill Harper. Se sentó frente al fuego miró a su padre a través de las llamas y se preguntó cómo se lo diría. Se trataba de algo muy serio. Mañana por primera vez en todos sus viajes juntos quería ir de pesca con alguien que no era su padre. Nunca se le había ocurrido esa idea en anteriores excursiones. Su padre siempre había preferido su compañía a la de otros hombres y él siempre había preferido la de su padre a la de otros muchachos. Pero mañana vendría Bill Harper y quería ir de pesca con él. Sabía que alguna vez ocurriría. Sin embargo también sabía que significaba el fin de algo. Era un fin y un comienzo y no sabía cómo decírselo a su padre.

De modo que lo mencionó como de paso. Dijo mañana viene Bill Harper y he pensado en que tal vez salga con él. Dijo Bill Harper no sabe mucho sobre pesca. Y yo sí de modo que pienso que si no te importa me levantaré temprano por la mañana para encontrarme con Harper e ir de pesca con él. Su padre no respondió. Luego dijo por supuesto Joe. Vete con él. Y más tarde su padre dijo ¿sabes si Bill Harper tiene una caña? El le contestó que Bill no tenía una caña. Pues bien dijo su padre entonces ¿por qué no llevas mi caña y que Bill use la tuya? De todos modos yo no pensaba ir de pesca mañana. Estoy cansado y creo que voy a descansar todo el día. Así que usa mi caña y que Bill use la tuya.

Fue así de sencillo y sin embargo él sabía que era una gran cosa. La caña de su padre era muy buena. Tal vez el único lujo que se había permitido su padre en toda su vida. Todas las primaveras su padre enviaba la caña a un experto de Colorado Springs. El hombre de Colorado Springs raspaba cuidadosamente el barniz de la caña arreglaba los desperfectos la volvía a barnizar y la devolvía resplandeciente. Todos los años. Era el único tesoro de su padre. Sintió un pequeño nudo en la garganta cuando pensó que en el preciso momento en que él abandonaba a su padre por Bill Harper su padre le ofrecía su caña.

Esa noche se acostaron sobre un lecho de hojas de pino. Habían ahuecado el lecho de hojas de pino a fin de hacer un pequeño vacío para las caderas. Se quedó largo rato despierto pensando en el día siguiente y en su padre que dormía a su lado. Después se durmió. A las seis de la mañana oyó un susurro. Era Bill Harper que le llamaba desde la entrada de la tienda. Se levantó le dio su caña a Bill y él llevó la de su padre. Se marcharon sin despertarle.

Anochecía cuando ocurrió la catástrofe. Iban en un bote a remo pescando con los dos sedales tendidos. El remaba y Bill Harper iba en popa frente a él con una caña a cada lado del bote. Todo muy calmo y el lago tan apacible como un espejo. Ambos estaban algo somnolientos porque el día había sido maravilloso. De pronto se oyó el agudo chirrido de un pez que tensaba la línea. La caña saltó de la mano de Bill Harper y desapareció en el agua. Los dos manotearon desesperadamente para asirla pero era demasiado tarde. Era la caña de su padre. Durante más de una hora intentaron pescarla ayudándose con la otra caña y los remos del bote con la esperanza de encontrarla pero sabían que era inútil. La maravillosa caña de su padre había desapareció y no la volverían a ver.

Encallaron el bote y limpiaron el pescado que habían cogido y luego fueron a la tienda a comprar una cerveza. Bebieron su cerveza y hablaron sobre la caña en voz baja. Después él se separó de Bill Harper.

En el camino de regreso a la tienda bajo los pinos sobre la suave alfombra de hojas y atento al sonido de los torrentes que descendían por la montaña y mirando las estrellas del cielo pensaba en su padre. Su padre y su madre nunca tuvieron mucho dinero pero parecían arreglarse bien. Tenían una casita en la parte posterior de un terreno largo y ancho en los alrededores del pueblo. Frente a la casa había un parque y entre el parque y la acera su padre contaba con un espacio

bastante amplio donde había hecho un huerto. La gente de todo el pueblo venía a admirar el huerto de su padre. Sin padre se levantaba a las cinco o cinco y media de la mañana para regar el huerto y por la tarde cuando volvía del trabajo estaba ansioso por regresar a él. De algún modo para su padre el huerto era una forma de escapar a las facturas y a las historias triunfantes y al trabajo en la tienda. Era su forma de crear algo. Era su forma de ser un artista.
Al principio tenían lechugas y guisantes y habas y zanahorias y rabanitos. Después su padre le pidió permiso al vecino para usar su terreno vacío como huerto. El hombre se sintió satisfecho con el trato ya que le ahorraba el gasto de quemar la maleza en otoño. Así que en el terreno vacío su padre cultivó maíz y calabazas y melones y sandías y pepinos. Alrededor tenía un gran seto de girasoles. A veces el corazón de los girasoles alcanzaba un pie de diámetro. Las semillas eran buen alimento para las gallinas. En un pequeño cuadrado que tenía sombra la mitad del día su padre plantó fresas perennes así que comían fresas frescas desde la primavera hasta fines del otoño.
Detrás de la casa de Shale City tenían pollos y conejos y él criaba algunos como mascotas. Dos o tres veces por semana comían pollo frito a la hora de la cena y no parecía un lujo. En invierno comían gallina hervida con pudín de frutas y patatas del propio huerto. En la época en que las gallinas ponían muchos huevos y los huevos eran baratos en la tienda su madre cogía algunos y los guardaba en grandes frascos de vidrio. Después en invierno cuando los huevos eran caros y las gallinas no ponían ella no tenía más que ir a la despensa y conseguía huevos gratis. Tenían una vaca y su madre preparaba mantequilla y suero. Ponían la leche en grandes baldes la dejaban en la galería y a la mañana siguiente la leche estaba cubierta de una crema amarilla tan espesa como el cuero. En verano los domingos hacían helado con su propia crema y sus propias frutillas y todo propio menos el hielo.
En el otro extremo del terreno vacío su padre tenía seis colmenas de modo que en otoño recogían miel en abundancia. Su padre iba a las colmenas y extraía los paneles y vigilaba las celdillas y si el panal era débil destruía todas las celdillas de la reina y a veces hasta le recortaba las alas para que no hiciera enjambre y dividiera la colmena.
Apenas la temperatura caía bajo cero su padre iba a alguna granja cercana y compraba carne fresca. Solía haber un cuarto de vaca y a veces medio cerdo colgados en la galería del fondo totalmente congelados y siempre frescos. Cuando querías un filete cogías una sierra y lo aserrabas. El filete además de ser mejor costaba mucho menos que en la carnicería.
En otoño su madre se pasaba semanas preparando dulces. Al final de la temporada la despensa estaba llena. Si bajabas a la despensa además de los grandes frascos de huevos había frascos de todas las clases de fruta imaginables. Había albaricoques en almíbar y mermelada de naranja y dulce de guinda y de grosella y jalea de manzanas. Había huevos duros conservados en zumo de remolacha y pepinillos y cerezas saladas y salsa de chile. Si bajabas en octubre encontrabas tres o cuatro grandes pasteles de fruta negros y húmedos rellenos de toronjas y nueces. Solían estar en el rincón más fresco de la despensa cuidadosamente envueltos en lienzos húmedos para que se conservaran hasta Navidad.
Tenían todas esas cosas y sin embargo su padre era un fracasado. Su padre era incapaz de hacer dinero. A veces por las noches su padre y su madre conversaban sobre ello. Fulano se había ido a California y había ganado mucho dinero en propiedades. Mengano se había ido y había ganado mucho dinero trabajando en una cadena de zapaterías hasta que llegó a gerente. Todos los que iban a California hacían dinero y tenían éxito. Pero su padre en Shale City era un fracaso.
Si uno se ponía a pensar era difícil entender por qué su padre era un fracaso tan grande. Era un hombre bueno y un hombre honesto. Mantenía a sus hijos unidos y comían buena comida comida excelente comida deliciosa mejor comida que la que comía la gente en las ciudades. Ni siquiera gente rica de las ciudades comía verduras tan frescas y pródigas. Tampoco podían conseguir una carne tan bien curada. Eso no se podía comprar con dinero. Eran cosas que uno mismo debía hacer. Su padre había conseguido hacer hasta la miel que ponían en los pasteles calientes que preparaba su madre. Su padre había logrado producir todas esas cosas en dos terrenos del pueblo y sin embargo su padre era un fracasado.

Vio la tienda que se alzaba ante sus ojos en la ladera de la montaña como una pequeña nube en la oscuridad. Nuevamente volvió a pensar en la caña y entonces supo por qué su padre era un fracaso. No era porque no pudiese mantener a su familia ni proporcionarle ropa comida y placeres. Ahora estaba claro. Su padre no tenía suficiente dinero para comprar otra caña. Aunque la caña fuese el bien más preciado de su padre ahora que había desaparecido no tendría suficiente dinero para comprar otra y por eso era un fracasado.

Cuando llegó a la tienda su padre estaba acostado y dormía. Se quedó un minuto mirándole. Luego salió y colgó los pescados. Volvió a la tienda se desvistió rápidamente y se acostó junto a su padre. Su padre se agitó. Sabía que no convenía esperar hasta mañana. Tenía que decírselo ahora. Cuando comenzó a hablar le temblaba la voz. No era por temor a lo que pudiera decir su padre. Era porque sabía que su padre nunca podría volver a tener una caña como la que había perdido.

Papá dijo perdimos tu caña. Fue un golpe repentino y antes de que lo advirtiéramos la caña estaba en el agua. La buscamos y tratamos de pescarla con los remos pero no la encontramos. Se perdió.

Parecieron pasar como cinco minutos antes de que su padre emitiera un sonido. Después se volvió levemente en la cama. De pronto sintió el brazo de su padre sobre su pecho. Sintió su presencia cálida y consoladora. Y bien dijo su padre. No creo que algo tan menudo como una caña deba perturbar nuestra última excursión juntos ¿verdad?

No había nada más que decir así que se quedó callado. Su padre había presentido desde el principio que ésa era la última excursión juntos. A partir de entonces él iría a acampar con los muchachos como Bill Harper y Clen Hogan y todos los demás. Y su padre iría a pescar con hombres. Simplemente había sucedido así. Debía suceder así. Se quedó allí junto a su padre ambos doblados como una navaja que era la mejor forma de dormir con el brazo de su padre rodeándole y él parpadeó para evitar las lágrimas. El y su padre lo habían perdido todo. A sí mismos y a la caña.

Despertó pensando en su padre y preguntándose dónde estaría la enfermera. Despertó más solitario que nunca. Echaba de menos a Shale City y su vida apacible. Echaba de menos una mirada un aroma un sabor una palabra que le devolvieran a Shale City y a su padre madre y hermanas. Pero estaba tan separado de ellos que aunque estuviesen de pie junto a su cama seguirían lejanos a miles de millas de distancia.

X

Estar acostado sin nada que hacer ni dónde ir era como encontrarse en una alta colina lejos del ruido y de la gente. Era como hacer una excursión a solas. Tenías mucho tiempo para pensar. Pensar en cosas en las que nunca habías pensado. Por ejemplo en ir a la guerra. Estabas tan solo en esa colina que el ruido y la gente no intervenían en absoluto en tus reflexiones. Pensabas para ti sólo sin considerar nada que estuviese fuera de ti. Al parecer pensabas con más claridad y tus respuestas tenían más sentido. Aunque tampoco tenía importancia que tuviesen sentido porque de todos modos no podías hacer nada con ellas.

Pensó hete aquí Joe Bonham tendido como media res para el resto de tu vida ¿y por qué? Alguien te cogió por el hombro y te dijo ven hijo vamos a la guerra. Y tú fuiste. Pero ¿por qué? En cualquier otro trato hasta para comprar un auto o llevar un recado tenías derecho a preguntar ¿y yo qué gano? De lo contrario gastabas mucho dinero en comprar autos que no funcionaban o llevabas recados que te encargaban unos tontos y te morías de hambre. Si alguien venía y te decía vamos hijo haz esto o aquello era una especie de obligación para contigo mismo detenerte y decir veamos señor ¿por qué tengo que hacer esto? ¿para quién y qué saco yo de todo esto? Pero cuando viene un tío y te dice ven conmigo y arriesga tu vida y afronta la muerte y la mutilación entonces no tienes derechos. Ni siquiera tienes el derecho de decir sí o no o lo pensaré. Hay muchas leyes que protegen el dinero de la gente hasta en tiempos de guerra pero no hay nada en los libros que diga que la vida de un hombre le pertenece.

Desde luego muchos tíos se sintieron avergonzados. Alguien dijo vamos a pelear por la libertad y fueron y se hicieron matar sin pensar una sola vez en la libertad. ¿Y al fin y al cabo por qué clase de libertad luchaban? ¿Cuánta libertad? ¿Y quién había concebido esa idea de la libertad? ¿Luchaban por la libertad de comer helados gratis toda la vida o por la libertad de estafar a cualquiera cuando quisieran o por qué? Si le dices a un hombre que no debe robar le quitas una parte de su libertad. Tienes que hacerlo. Por último ¿qué quiere decir libertad? Se trata simplemente de una palabra como casa o mesa o cualquier otra. Sólo que es una palabra especial. Un tío dice casa y puede señalar una casa para demostrarlo. Pero un tío dice vamos a luchar por la libertad y no puede señalarla con el dedo. No puede demostrar de qué está hablando así que ¿cómo diablos puede decirte que luches por ella?

No señor. Cualquiera que fuera al frente a las trincheras a pelear por la libertad era un condenado imbécil y el que le llevaba era un mentiroso. La próxima vez que alguien viniera a hablarme de libertad… ¿qué significaba la próxima vez? Para él no habría próxima vez. Al diablo con todo eso. Si pudiese haber una próxima vez y alguien le dijese vamos a luchar por la libertad él le respondería señor mi vida es importante. No soy un tonto y si cambio mi vida por la libertad tengo que saber por anticipado de qué libertad se trata y quién ha concebido esa idea de libertad de la que hablamos y qué parte de esta libertad nos corresponderá. Más aún señor ¿le interesa a usted esa libertad tanto como pretende que me interese a mí? Quizá tener demasiada libertad resulte tan nocivo como tener muy poca y yo creo que usted es un maldito embustero que habla por hablar de modo que ya he decidido que estoy conforme con la libertad que tengo aquí y ahora. La libertad de caminar y ver y hablar y comer y acostarme con mi chica. Creo que prefiero esa libertad a la de pelear por cosas que no conseguiremos para terminar sin libertad de ninguna especie. Terminar muerto y putrefacto antes de empezar a vivir o terminar convertido en media res. Gracias señor. Luche usted por su libertad. A mí no me interesa.

Por Dios los tíos siempre habían luchado por la libertad. De alguna forma Norteamérica luchó por la libertad en 1776. Muchos murieron. Y por fin ¿acaso Norteamérica tiene más libertad que Canadá o Australia que no pelearon? Tal vez sí no lo discuto sino que sólo pregunto. ¿Acaso es posible señalar a un tío y decir es un norteamericano que luchó por su libertad y cualquiera puede darse cuenta de que se trata de un tío distinto de un canadiense que no luchó? No por Dios no es posible y ésa es la cuestión. Así que tal vez muchos tíos con mujeres e hijos que murieron en 1776 no tenían necesidad de morir. De todas formas ahora ya habrían muerto. Por supuesto pero eso no cambia las cosas. Un tío puede pensar que dentro de cien años estará muerto pero no le preocupa. Pero pensar en morir mañana por la mañana y estar muerto para siempre y no ser

más que polvo y pudrirse en la tierra ¿eso es libertad?
Esos bastardos siempre luchaban por algo y si alguno se atrevía a decir al diablo con esta lucha todas las guerras son iguales y nadie saca nada bueno de ellas entonces le gritaban cobarde. Si no luchaban por la libertad luchaban por la independencia o la democracia o la autonomía o la honestidad o por el honor o la tierra natal o cualquier otra cosa que no significaba nada. La guerra se hacía para salvaguardar la democracia para los países pequeños. Para todo el mundo. Entonces cuando la guerra se haya terminado el mundo habrá salvado la democracia. ¿Era así? ¿Y de qué clase de democracia se trata? ¿Y cuánta? ¿Y de quién?
Después estaba esa independencia por la que los pobres diablos se hacían matar. ¿Independencia de otro país? ¿Independencia para trabajar enfermarte o morir? ¿Independencia de tu suegra? Por favor señor dénos una factura de venta por esa independencia antes de que nos hagamos matar. Dénos una factura bien detallada para que podamos saber por anticipado por qué nos matan y además dénos también una primera indemnización en calidad de garantía para asegurarnos de que después de la guerra disfrutaremos del mismo tipo de independencia por la que hicimos el trato.
Otra cuestión la decencia. Todo el mundo decía que Norteamérica luchaba por el triunfo de la decencia. ¿La decencia concebida por quién? ¿Para quién? Hable. Díganos qué es la decencia. Díganos hasta qué punto un hombre muerto decente se siente mejor que un vivo indecente. Haga una comparación con cosas concretas como mesas y casas. Hágala con palabras que podamos entender. Y no hable del honor. ¿El honor de un chino o de un inglés o de un norteamericano o de un mexicano? Ustedes que quieren luchar para resguardar nuestro honor explíquennos qué diablos es el honor. ¿Acaso luchamos para que todo el mundo goce del honor norteamericano? Puede ocurrir que el mundo no esté de acuerdo con eso. Quizá los isleños de los mares del sur prefieran su propio honor.
Por el amor de Dios dénos cosas por las que pelear que podamos ver y sentir y tocar y comprender. Basta de discursos pomposos que no significan nada como tierra natal. Madrepatria padrepatria tierranatal. Es todo lo mismo. ¿Para qué coño le sirve a usted su tierra natal después de muerto? ¿De quién es esa tierra natal después de su muerte? Si a usted le matan luchando por su tierra natal es que ha hecho un trato a ciegas. Ha pagado por algo que no obtendrá jamás.
Y cuando no podían enganchar a los pobres diablos para luchar por la libertad o la independencia o la democracia o la decencia o el honor usaban a las mujeres. Miren esos puercos alemanes decían miren cómo violan a las hermosas muchachas francesas y belgas. Alguien tiene que acabar con esa violación. Venga usted jovenzuelo únase al ejército y salve a las hermosas muchachas francesas y belgas. Y entonces el chaval se quedó perplejo y firmó y poco después estalló una granada y su vida se esparció en roja pulpa de carne y quedó muerto. Muerto por otra palabra y por todos los viejos y feroces murciélagos de la DAR [5] que salen gritando ¡viva! sobre su tumba hasta quedarse roncos porque murió por la feminidad.
Ahora bien es posible que un tío arriesgue su vida si sus mujeres fuesen violadas. Pero en ese caso sería sólo una forma de cerrar un trato. Sencillamente diría que en ese momento sentía que la seguridad de sus mujeres valía más que su propia vida. Pero no había nada particularmente noble o heroico en ello. Era un trato claro. Su vida a cambio de algo que él valoraba más.
Pero cuando cambias tus mujeres por todas las mujeres del mundo empiezas a defender a las mujeres en masa. Para hacer eso hay que pelear masivamente. Entonces nuevamente se está luchando por una palabra.
Cuando los ejércitos empiezan a movilizarse y ondean las banderas y brotan las consignas ten cuidado muchacho que no son tuyas las castañas que están en el fuego. Estás luchando por palabras y no estableces un trato honesto. No cambias tu vida por algo mejor. Te portas con nobleza y después de muerto las cosas por las que has cambiado tu vida no te servirán y es posible que tampoco le sirvan a nadie.
Tal vez no sea bueno pensar así. Hay muchos idealistas que dirían ¿hemos caído tan bajo que valoramos la vida por encima de todo? Con seguridad hay ideales por los que vale la pena luchar e incluso morir. De lo contrario somos peores que los animales y hemos caído en la barbarie.

Entonces tú respondes de acuerdo seamos bárbaros siempre que no haya guerra. Defendamos los ideales mientras no me cueste la vida. Ellos dirán pero sin duda la vida no es tan importante como los principios. Entonces tú dices ¿ah no? Tal vez la suya no. Pero la mía sí. ¿Qué diablos es un principio? Especifíquelo y quédese con él.
Siempre hay gente dispuesta a sacrificar la vida ajena. Vociferan y hablan todo el tiempo. Se les puede encontrar en iglesias y escuelas y periódicos y legislaturas y congresos. Ese es su negocio. Hablan maravillosamente. Antes muertos que deshonrados. Esta tierra santificada por la sangre. Estos hombres que murieron, tan gloriosamente. No habrán muerto en vano. Nuestros nobles muertos.
Hummmmm.
Pero ¿qué dicen los muertos? ¿Acaso alguien uno sólo de los millones que mataron ha vuelto para decir Dios mío me alegro de estar muerto porque la muerte siempre es mejor que la deshonra? ¿Han dicho me alegro de haber muerto por la democracia? ¿Han declarado prefiero la muerte a la falta de libertad? ¿Alguno de ellos ha dicho alguna vez qué suerte que me han volado las tripas por el honor de mi país? ¿Alguno de ellos ha dicho alguna vez mirad estoy muerto pero he muerto por la decencia y eso es mejor que estar vivo? ¿Alguno de ellos ha dicho aquí estoy me he estado pudriendo dos años en una tumba extranjera pero es maravilloso morir por la patria? ¿Alguno del ellos ha dicho ¡viva! he muerto por la feminidad y me alegro veis cómo canto aunque mi boca está obstruida por los gusanos?
Sólo los muertos saben si vale la pena morir por todas esas cosas que suelen decirse. Y los muertos no pueden hablar. De modo que las palabras sobre nobles muertes sangre sagrada y honor y otras por el estilo las ponen en boca de los muertos los ladrones de tumbas y los tramposos que no tienen derecho a hablar en nombré de los muertos. Si un hombre dice antes muerto que deshonrado es un imbécil o un mentiroso porque no sabe qué es la muerte. No puede juzgar. Sólo sabe qué es la vida. Nada sabe acerca de la muerte. Si es un imbécil y cree que es preferible la muerte a la deshonra déjale que vaya y muera. Pero a todos los demás que están demasiado ocupados para luchar tendrían que dejarlos tranquilos. Y a todos los tíos que creen que eso de morir antes de perder el honor es una mentira que piensan que lo importante es la vida y no la muerte tendrían que dejarlos en paz. Porque los que dicen que la vida sin principios no vale la pena que hay que morir por los principios están todos locos. Y los tíos que aseguran que llegará el momento en que no podrás escapar y te verás en la obligación de luchar y morir porque en ello va tu vida también están locos. Hablan como tontos. Dicen que dos más dos no suman nada. Dicen que un hombre tendrá que morir para proteger su vida. Si aceptas pelear aceptas morir. Pero si mueres para proteger tu vida y de todos modos pierdes la vida ¿qué sentido tiene? Nadie dice me moriré de hambre para no morirme de hambre. No dice gastaré todo mi dinero para ahorrar mi dinero. No dice quemaré mi casa para evitar que se incendie. Por lo tanto ¿cómo puede estar dispuesto a morir por el privilegio de vivir? Por lo menos cuando se habla de vivir o morir debería usarse tanto sentido común como cuando se va a la panadería a comprar pan.
Y todos los tíos que murieron los cinco o siete o diez millones que murieron para salvaguardar la democracia en el mundo para salvaguardar palabras sin sentido ¿cómo se sintieron antes de morir? ¿Que sintieron al ver su sangre derramándose en el barro? ¿Cómo se sintieron cuando el gas invadió sus pulmones y comenzó a devorarlos? ¿Qué sintieron cuando yacían enloquecidos en el hospital y vieron el rostro de la muerte que venía a buscarles? Si aquello por lo cual luchaban era tan importante como para morir entonces también era suficientemente importante como para que pensaran en ello en los últimos momentos de su vida. Era razonable. La vida es excesivamente importante de forma que si la has entregado deberías pensar en los últimos momentos de tu vida a cambio de qué la has entregado. ¿De modo que todos esos chavales murieron pensando en la democracia y la libertad y el honor y la seguridad de la patria y para que vivan para siempre las estrellas y las franjas?
Tienes toda la razón. No pensaron en eso.
Murieron llorando como niños. Pensaron en el porqué de su muerte no en el motivo de su lucha. Pensaron en cosas que un hombre puede entender. Murieron añorando el rostro de un amigo.

Murieron sollozando por la voz de una madre un padre una mujer un hijo. Murieron con el corazón destrozado deseando mirar una vez más el lugar donde habían nacido por favor una última mirada. Murieron gimiendo y suspirando por la vida. Sabían qué era lo importante. Sabían que la vida lo era todo y murieron en medio de gritos y llantos. Murieron con una sola idea. La idea quiero vivir quiero vivir.

El lo sabía.

El era lo más próximo a un muerto que había en el mundo.

Era un muerto con una mente que aún podía pensar. Conocía todas las respuestas que conocían los muertos y en las que no podían pensar. Podía hablar en nombre de los muertos porque era uno de ellos. Era el primero de todos los soldados que murieron desde que el tiempo es tiempo que conservaba un cerebro para pensar. Nadie podía discutir con él. Nadie podía demostrarle que se equivocaba. Porque nadie más que él lo sabía.

El podía decirles a todos esos hijos de puta charlatanes asesinos que pedían sangre cuán equivocados estaban. El podía decir señor no hay nada por lo cual valga la pena morir yo lo sé porque estoy muerto. No hay palabra que valga más que tu vida, preferiría trabajar en una mina de carbón en lo más profundo de la tierra y no ver la luz del sol y comer pan y agua y trabajar veinte horas por día. Preferiría eso antes que estar muerto. Cambiaría la democracia por la vida. Cambiaría la independencia el honor la libertad y la decencia por la vida. Os doy todo eso si vosotros me devolvéis la posibilidad de andar y ver y oír y respirar el aire y gustar de mi comida. Quedaos con las palabras, devolvedme la vida. No pido una vida feliz. No pido una vida decente o una vida honorable o una vida libre. Estoy más allá de eso. Estoy muerto de modo que simplemente clamo por la vida. Vivir. Sentir. Ser algo que se mueve sobre la tierra y no está muerto. Yo sé qué es la muerte y todos los que hablan de morir por palabras ni siquiera saben qué es la vida.

No hay nobleza alguna en la muerte. Ni siquiera cuando mueres por defender el honor. Ni aun cuando seas el gran héroe de la humanidad. Ni aun cuando seas tan grande que tu nombre nunca sea olvidado y ¿quién es tan grande? Lo más importante es la vida muchachos. Muertos no servís nada más que para los discursos. No os dejéis engañar más. No os deis por aludidos cuando os den palmadas en el hombro y os digan vamos tenemos que luchar por la libertad o cualquier otra palabra.

Sencillamente decid lo siento señor no tengo tiempo para morir estoy muy ocupado y luego daros la vuelta y corred como alucinados. Si os llaman cobardes no prestéis atención porque vuestra tarea es vivir no morir. Si hablan de morir por principios que son más grandes que la vida decid señor usted es un mentiroso. No hay nada más grande que la vida. No hay nada noble en la muerte. ¿Qué tiene de noble estar tendido en la tierra pudriéndose? ¿Qué tiene de noble no volver a ver la luz del sol? ¿Qué tiene de noble que te vuelen las piernas y los brazos? ¿Qué tiene de noble ser un idiota? ¿Qué tiene de noble quedarse ciego y sordo y mudo? ¿Qué tiene de noble estar muerto? Porque cuando usted está muerto señor todo ha terminado. Es el fin. Eres menos que un perro menos que una rata menos que una abeja o una hormiga que un pequeño gusano blanco que se arrastra sobre un montón de mierda. Usted está muerto señor y ha muerto por nada. Está muerto señor. Muerto.

Libro Segundo
LOS VIVOS

XI

Dos por dos son cuatro. Cuatro por cuatro son dieciséis. Dieciséis por dieciséis son doscientos cincuenta y seis. Doscientos cincuenta y seis por doscientos cincuenta y seis pues bien de todos montos esa cifra es demasiado grande. Entonces es suficiente con dos por tres seis. Seis por seis treinta seis. Treinta y seis por treinta y seis mil doscientos noventa y seis. Mil doscientos noventa y diablos eso no servía. Sólo podía llegar hasta allí. Ese era el problema con los números se volvían tan grandes que no podías manejarlos y aun cuando pudieras no conducían a ninguna parte. Intenta otra cosa. El verbo yacer. Yo yazgo en la cama para dormir. Las flores yacen sobre la mesa. Hace tres horas que él yace allí. El libro yace sobre la mesa. Qué diablos ¿por qué no decir lo pongo sobre la mesa y a otra cosa? ¿Quién hay allí? ¿Quién está allí? ¿Hay alguien allí? De quién a quién a quién de quién qué [6]. Entre nosotros. Así es mucho mejor. No hay nadie como ella. Ella no se parece a nadie. Nadie se parece a ella. Nadie como ella.

David Copperfield lo pasó muy mal y entró como aprendiz del señor Micawber que pensaba que todo saldría bien. Había una tía Dorrity o algo parecido. David huyó hacia ella. Su madre tenía grandes ojos pardos y era amable y Barkis permisivo. El padre estaba muerto. El viejo Scrooge era avaro y Tiny Tim decía Dios nos bendiga. Había un pudín redondo como una bala de cañón. Tiny Tim era lisiado. El último de los Mohicanos era iroqués. ¿Era o no era y cuando aparecía Polainas de Cuero?

Media legua media legua media legua por delante. Los seiscientos cabalgaban, hacia el valle de la muerte. Nobles seiscientos. Lo de ellos no era pensar. Era matar o morir. Nada más. Cuando el rocío cae sobre la calabaza y el heno en el pajar y se oye del gallo el cantar. No sirve. Quizás otra cosa.

Hay ocho planetas. Son la Tierra Venus Júpiter Marte Mercurio. Uno dos tres cuatro cinco. Tres más. No sabía. Las estrellas titilan y los planetas tienen una luz continua. No recordaba. No tendrás otro dios más que yo. No matarás. Honrarás a tu padre y a tu madre. No desearás el buey de tu prójimo ni su asno ni su criado ni su criada. No robarás. No cometerás adulterio. No es suficiente. Bienaventurados los humildes porque de ellos será el reino de los cielos. Bienaventurados los pobres porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que tengan hambre y sed de justicia porque ellos harán algo que él no podía recordar. El Señor es mi pastor no desearé. El me guiará hacia las verdes praderas. El me guiará hasta las frescas aguas. Unge mi cabeza con el óleo. Mi copa desborda. Sí. Aunque atraviese el valle de la muerte no sentiré temor ante mal alguno porque tu escudo me protege. Con seguridad la bondad y la misericordia me acompañarán todos los días de mi vida y mi morada será para siempre la casa del Señor. Eso estaba bastante bien. Hasta ahora era lo mejor.

Diablos el problema era que no sabía nada. Absolutamente nada. ¿Por qué no le habían enseñado algo que pudiera recordar? ¿Por qué no tenía algo en qué pensar? Ahí estaba y lo único que podía hacer era pensar y no tenía en qué. Lo único que podía recordar era su vida y eso no le servía. Lo único que le quedaba era su pensamiento y tenía que encontrar la forma de usarlo. Pero no lo podía usar porque no sabía nada. Cuando intentaba pensar era ignorante como un niño.

Si pudiera recordar un libro capítulo por capítulo podría leerlo y releerlo mentalmente. Pero no recordaba. Ni siquiera recordaba los argumentos. Por lo tanto mucho menos podía recordar los capítulos. Apenas recordaba un pequeño fragmento aquí otro allí. No era que se hubiese olvidado de cómo recordar. Sencillamente nunca había prestado atención así que no podía recordar nada que valiera la pena recordar. Era un hombre estaba vivo viviría mucho tiempo y tenía que hacer algo tener algo en qué pensar. Tendría que volver a empezar como un recién nacido y aprender. Tenía que concentrarse. Tenía que empezar por el principio. Debía comenzar con una idea.

Hacía mucho tiempo que la idea se había filtrado en su mente cuánto tiempo no lo sabía pero la idea era la siguiente que lo importante era el tiempo. Recordó que en el décimo año escolar según la historia antigua hacía mucho tiempo los primeros hombres antes de Cristo que empezaron a pensar habían pensado en el tiempo. Estudiaron las estrellas y se imaginaron la semana y el mes y el año para que hubiese alguna forma de medir el tiempo. Eso era muy

ingenioso porque él tenía el mismo dilema y sabía que el tiempo era lo más importante del mundo. Lo único verdadero. Era todo.

Si uno puede llevar la cuenta del tiempo puede tener un dominio de sí y estar en el mundo pero si la pierde entonces también uno se pierde. Si la última cosa que le vincula a uno con los demás ya no existe uno se queda totalmente solo. Recordó que cuando el conde de Montecristo fue encerrado en una mazmorra subterránea en medio de la oscuridad llevaba un registro del tiempo. Recordó que Robinson Crusoe se cuidó muy bien de llevar una cuenta del tiempo pese a que nunca tenía citas. Aunque uno esté muy separado de otra gente si se tiene una idea del tiempo sigue en el mismo mundo que ellos eres parte de ellos pero si pierdes el tiempo los otros continúan y se adelantan y te quedas solo colgando en el aire perdido para todo y para siempre.

Lo único que sabia, era que el tiempo se detuvo un día de septiembre de 1918. En alguna parte hubo un aullido y él se zambulló en un refugio y cosas se borraron y perdió la noción del tiempo Desde ese instante hasta ahora había un lapso que jamás podría recuperar. Aun cuando a partir de ahora descubriera alguna forma de controlar el tiempo el que había transcurrido se había perdido para siempre y por ese motivo él siempre viviría atrasado con respecto al resto del mundo. No podía recordar nada después de la explosión hasta que despertó y descubrió que estaba sordo. Sus heridas eran muy graves y bien podía haber estado inconsciente dos semanas dos meses seis meses antes de despertar ¿cómo saberlo? Y después los desvanecimientos y los largos períodos entre uno y otro en que simplemente pensaba soñaba e imaginaba cosas.

Cuando estás totalmente inconsciente no existe nada parecido al tiempo que se va como un chasquido de los dedos estás despierto y zas nuevamente despierto sin la menor idea del tiempo trascurrido. Luego cuando cada tanto te desvaneces el tiempo debe parecer aún más breve que para una persona normal porque estás medio loco y medio despierto y el tiempo cae como un bulto sobre ti. Contaban que cuando él nació su madre había estado tres días con los dolores de parto y sin embargo cuando concluyó ella pensaba que sólo hablan pasado diez horas. Con dolor y todo el tiempo le había parecido más breve de lo que realmente era. Si todo eso era cierto probablemente él había perdido más tiempo del que podía sospechar. Pudo haber perdido uno o dos años. La idea le provocó un extraño escozor. Era una especie de miedo pero no era un miedo común. Más bien era un pánico un pánico terrorífico de perderse aún para sí mismo. La idea le suscitó náuseas.

Hacía mucho tiempo que la idea había ido tomando forma en su cabeza. Atrapar el tiempo y regresar al mundo pero no había podido concentrarse ella. Había flotado sin rumbo en los sueños o bien pronto se había encontrado pensando en algo completamente diferente. En un momento había pensado que el problema se resolvía con las visitas de la enfermera. No sabía cuántas veces venía a su habitación en veinticuatro horas pero con seguridad había un horario. Lo único que tenía que hacer era contar los segundos después los minutos después las horas entre las visitas hasta llegar a las veinticuatro horas y luego calcular los días contando sus visitas. No habría peligro de que se saltara ninguna porque siempre se despertaba con la vibración de sus pasos. Y si acaso se produjera alguna modificación en los intervalos entre sus visitas podría recurrir a otros datos tales como la evacuación diaria de sus intestinos u otras cosas que ocurrían sólo dos ó tres o cuatro veces por semana como sus baños el cambio de la ropa de cama y de su máscara. Y si alguna de esas cosas cambiaba podría verificarlo a través de las otras.

Le llevó mucho tiempo lograr que su mente se adecuara a la idea. Resultaba muy prolongado el tiempo necesario para concebir esta fórmula porque no estaba habituado a pensar pero por fin volvió a elaborarla desde el principio y comenzó a ponerla en práctica. En el preciso instante en que se marchó la enfermera empezó a contar. Contó hasta sesenta lo cual representaba un minuto según el cálculo más aproximado que le era posible hacer. Luego registró ese minuto en alguna parte de su mente y comenzó a contar nuevamente de uno a sesenta. En el primer intento llegó a once minutos. Luego su mente se extravió y perdió la cifra. Estaba contando los segundos cuando de pronto pensó tal vez estés contando con demasiada rapidez y después pensó recuerda que un atleta al parecer tarda mucho tiempo en recorrer cien yardas y sin embargo lo hace en sólo diez segundos. Entonces disminuyó el ritmo de su cuenta mientras contemplaba a un

imaginario atleta que recorría cien yardas y entonces se encontró en la pista del colegio en un torneo entre Shale City y Montrose mirando a Ted Smith que atravesó las cien yardas como un estampido y ganó con la cabeza erguida abalanzándose sobre la cinta de llegada y todos los niños de Shale City gritaban como locos y en ese momento perdió la cuenta.

Eso significaba que tenía que esperar nuevamente a la enfermera porque ella era su punto de partida. Le pareció que volvía a empezar y se extraviaba centenares tal vez millares de veces y que debía sumergirse nuevamente en la oscuridad de su mente y esperar la vibración de sus pasos y sentir sus manos sobre su cuerpo para poder recomenzar. Una vez llegó a ciento catorce minutos y pensó ¿cuántas horas son ciento catorce minutos? y se detuvo a su pesar para calcularlo y descubrió que eran una hora cincuenta y cuatro minutos y después recordó una frase que decía cincuenta y cuatro cuarenta o luchar y casi se volvió loco tratando de recordar de dónde provenía y qué quería decir. No logró recordarlo y cuando volvió a contar advirtió que había perdido muchos minutos pensando y que aun cuando había batido un récord no había avanzado nada desde que por primera vez se le había ocurrido la idea del tiempo.

Ese día comprendió que había abordado el problema desde un ángulo erróneo porque para resolverlo tendría que permanecer despierto durante un lapso de veinticuatro horas contando continuamente sin cometer un solo error. En primer lugar si para una persona normal constituía una tarea casi imposible permanecer despierta y contando sin detenerse un segundo mucho más para un tío cuyo cuerpo tenía dos terceras partes dormidas. En segundo lugar no podía evitar errores porque su mente no lograba mantener separadas la cifra de los segundos de la cifra de los minutos. Cuando contaba los segundos le asaltaba el pánico y pensaba ¿cuántos minutos tenía? Y aunque estuviese casi seguro de que eran veintidós o treinta y siete o lo que fuese el matiz de duda que le había impulsado a hacerse la pregunta persistía y entonces llegaba a la conclusión de que se había equivocado y volvía a perder la cuenta.

Nunca logró contar el tiempo que transcurría entre una y otra visita pero empezó a comprender que aun cuando pudiese tendría que controlar tres conjuntos de cifras. Los segundos los minutos y el número de visitas de la enfermera hasta completar las veinticuatro horas. Entonces tendría que detenerse un momento para reducir los minutos a horas porque cuando las cifras de minutos eran muy altas no podía recordarlas en absoluto. De modo que con las horas tendría un cuarto conjunto de cifras. Mientras contaba segundos y minutos que era hasta donde había logrado llegar intentaba imaginar que eran cifras concretas que podía ver en una pizarra. Imaginaba que su habitación tenía una pizarra a la derecha y otra a la izquierda. En la pizarra de la izquierda apuntaba los minutos para tenerlos allí cuando necesitara sumarle otro. Pero no funcionaba. No podía recordar. Y cada vez que fracasaba sentía espasmos asfixiantes en el pecho y el estómago y sabía que estaba llorando.

Decidió olvidarse de contar y comprobar cosas más sencillas. No tardó mucho en descubrir que evacuaba sus intestinos una vez por cada tres visitas de la enfermera a veces cada cuatro. Pero eso no le decía nada. Recordó que los médicos solían decir que era saludable que se produjera dos veces al día pero los médicos se referían a personas que comían comidas normales comían con la boca y tragaban con la garganta. Quizá la sustancia con que le alimentaban le daba un promedio mucho más alto que el de la gente común. Además si estaba tendido en la cama años y años tal vez no necesitara demasiado alimento y por lo tanto su promedio sería muy inferior al de la gente común. Por otra parte descubrió que su baño y el cambio de las ropas de cama se hacía aproximadamente una vez cada doce visitas. En una oportunidad fueron trece y en otra solamente diez de modo que no podía estar totalmente seguro pero al menos era una cifra. Se sorprendió al descubrir que si al principio había pensado en segundos y minutos ahora pensaba en días y hasta en series de días. Así fue como logró encaminarse.

Se le ocurrió mientras sentía con la piel de su cuello el borde de las mantas a la altura de su garganta. Llegó a imaginárselas como una cadena de montañas que le apretaba la garganta. Tuvo una o dos pesadillas de estrangulamiento pero siguió pensando. Pensaba que la única parte que no estaba cubierta que tenía libre que era como debía ser era la piel de los costados de su cuello que iba desde la línea de las mantas hasta las orejas y la mitad de su frente encima de la máscara.

Esa piel y su cabello. Se dijo tal vez exista alguna forma de utilizar esos fragmentos de piel expuestos al aire y sanos un tío con tan pocas cosas sanas como tú debería darle algún uso. Por lo tanto se dedicó a pensar en qué hacía un hombre con la piel y comprendió que la usaba para sentir. Pero eso no era suficiente. Siguió pensando en la piel y entonces recordó que la piel transpiraba y que cuando comenzabas a transpirar sentías calor pero cuando el sudor cubría la piel te sentías más fresco porque el aire secaba el sudor. Así fue como pudo concebir la idea de frío y calor y así fue como llegó a esperar el amanecer.

Era tan sencillo que de sólo pensarlo se le endureció el estómago a causa de la excitación. Lo único que tenía que hacer era sentir con la piel Cuando la temperatura cambiara de fría a tibia sabría que era el amanecer el comienzo del día. Entonces podría contar las visitas de la enfermera hasta el próximo amanecer y de ese modo deduciría el número de visitas por día y a partir de entonces siempre podría llevar la cuenta del tiempo trascurrido.

Intentó quedarse despierto hasta que cambiara la temperatura pero se quedó dormido una media docena de veces antes de que sucediera. En otras oportunidades se confundía pensando hace calor o hace frío ¿qué tipo de cambio espero? tal vez tengo fiebre o estoy demasiado excitado y sudo por la excitación y eso estropearía todo oh Dios por favor haz que no sude haz que no tenga fiebre permíteme saber si tengo calor o frío. Dame una idea cuando venga el amanecer y entonces podré atraparlo. Luego después de mucho tiempo y de varios intentos fallidos se dijo vamos siéntate y piensa en ello seriamente. En este momento sientes pánico estás demasiado ansioso y torpe. Cada error significa más pérdida de tiempo y eso es lo único que no puedes perder. Piensa en lo que suele ocurrir habitualmente en un hospital por la mañana e intenta imaginar lo que sigue. Es fácil se dijo. Por la mañana en un hospital las enfermeras tratan de acabar cuanto antes con el trabajo pesado. Eso quería decir que por la mañana le bañaban y tal vez también le cambiaban la ropa de cama. Ese tendría que ser su punto de partida. Tendría que suponer algunas cosas y la primera suposición sería que ésta era cierta. Ya sabía que el baño y el cambio de la ropa de cama se producían aproximadamente una vez cada doce visitas.

Ahora tenía que suponer nuevamente. Era razonable pensar que en un hospital como éste te cambien la ropa de cama por lo menos día por medio. Tal vez fuese una vez por día pero no lo creía porque un cambio cada doce visitas significaba que la enfermera le visitaba cada dos horas y había tan poco que hacer con él que no podía imaginar visitas tan frecuentes. Por lo tanto supondría que cada dos días ella le bañaba y le cambiaba la ropa de cama y que lo hacía por la mañana. Si esto era cierto ella entraba en su habitación seis veces en el transcurso de un día y una noche. Es decir cada cuatro horas. El horario mas sencillo sería venir a las ocho las doce las cuatro. Seguramente le cambiaba la ropa de cama a primera hora de la mañana o sea a las ocho.

Entonces se dijo ¿Qué quieres comprobar primero el amanecer o el anochecer? Optó por el amanecer porque cuando se pone el sol el calor del día suele perdurar y el cambio es tan lento que esos dos fragmentos de piel de su cuello tal vez no lograrían advertirlo. Pero al amanecer todo está frío e incluso el primer resplandor del sol debería proporcionar algo de calor. Al menos por la mañana el cambio tendría que ser más evidente que por la noche de modo que el podría percibir el amanecer.

Tuvo un momento de pánico cuando pensó ¿y si estas en la sala oeste del hospital? ¿Y si es el sol poniente el que pega de lleno en tu cama y tú crees que se trata del amanecer? ¿Y si estas en el ala norte o sur del hospital y nunca recibes directamente la luz del sol? Tal vez fuese así. Luego comprendió que aun cuando estuviese en el ala oeste y advirtiera el calor del sol poniente de todos modos las visitas de la enfermera le permitirían advertir la diferencia porque por el momento tenía la convicción de que el cambio de ropa se realizaba por la mañana.

Ya está bien condenado idiota se dijo estás complicando tanto las cosas que si no te detienes un poco no terminarás nunca. Lo primero que hay que hacer es advertir el amanecer. La próxima vez que la enfermera entre en tu habitación y te bañe y te cambie la ropa de cama tú supondrás que son las ocho de la mañana Luego puedes dedicarte a pensar en lo que te apetezca sin preocuparte. Incluso puedes dormir dado que cada vez que ella entre te despiertas. Esperas y cuentas cinco visitas más ya que la quinta debe producirse alrededor de las cuatro de la mañana.

Las cuatro de la mañana es precisamente la hora en que empieza a insinuarse el amanecer de forma que a partir de la quinta visita de la enfermera te quedas despierto y concentras hasta la última porción de tu mente y de tu piel en la tarea de captar el cambio de temperatura. A lo mejor da resultado a lo mejor no. Si resulta lo único que tienes que hacer es esperar seis visitas más y comprobar si en ese momento se produce otro amanecer. Si es así ya sabrás el número de visitas cada veinticuatro horas lo cual te permitirá establecer un calendario a partir de las visitas de la enfermera. Lo importante es captar dos amaneceres sucesivos. Una vez que hayas atrapado el tiempo para siempre podrás comenzar a recuperar el mundo.

Ocho visitas después sintió las manos de la enfermera que le quitaban la camisa de dormir y comenzaban a pasarle una esponja con agua tibia por el muñón. Sintió que se aceleraba su corazón y que la sangre fluía hacia su piel produciéndole un intenso calor a causa de la agitación porque una vez más intentaría atrapar el tiempo sólo que ahora lo haría con astucia con lucidez. Sintió que le volvían hacia un costado y le mantenían en esa posición mientras la cama se estremecía por la tarea de la enfermera. Luego le volvían a colocar en la posición inicial entre las sabanas tersas y frescas. La enfermera siguió moviéndose al pie de la cama sólo por un momento. Sentía la vibración de sus pasos que recorrían la habitación de un lado a otro. Después las vibraciones se alejaron y hubo un imperceptible temblor de la puerta al cerrarse y supo que estaba solo.

Tranquilo se dijo tranquilo porque aún no has comprobado nada. Quizás todos tus pronósticos sean erróneos. Es posible que todas las suposiciones sean falsas. En ese caso tendrás que elaborar toda una nueva serie de hipótesis así que no cantes victoria. Tranquilízate y cuenta cinco visitas más. Se adormeció y pensó en muchas cosas pero sin olvidarse de la pizarra donde tenía apuntado el número dos o tres o el que fuese hasta que finalmente se produjo la quinta visita de la enfermera y sintió la vibración de sus pasos y sintió sus manos manipulando su cuerpo y la cama. De acuerdo con sus cálculos debían ser las cuatro de la mañana y según fuese invierno o verano u otoño o primavera dentro de un rato saldría el sol.

Cuando ella se marchó comenzó a concentrarse No se atrevía a dormir. No debía permitirse un solo minuto de divagación. No podía permitir que la sofocante emoción que le invadía interfiriese en su pensamiento y en sus sensaciones mientras esperaba el amanecer. Había descubierto algo tan precioso y excitante que era casi como volver a nacer a recuperar el mundo. Tendido allí pensaba dentro de una hora o tres horas con seguridad antes de diez horas sentiré el cambio en la piel y entonces podré discernir si es de día o de noche.

El tiempo parecía suspendido en una inmovilidad total como si quisiese mortificarle. De repente le invadieron pequeños espasmos como consecuencia del pánico que le asaltaba cuando le parecía advertir casi con certeza que el cambio se había producido sin que él lo percibiese y cada espasmo se traducía en náuseas. Luego sobrevino un intervalo más sereno durante el cual con gran tranquilidad sentía su piel y se convencía de que no estaba loco que no se había dormido ni había divagado y que el cambio aún no se había producido. Entonces súbitamente comprendió que se acercaba el momento. Los músculos de la espalda y sus muslos y su estómago se pusieron rígidos porque lo presentían. Casi podía sentir el sudor que brotaba de su cuerpo mientras intentaba contener la respiración por miedo a no advertirlo. Los fragmentos de piel a cada lado del cuello y la mitad de la frente le escocían como si hubiesen estado paralizados y ahora recibieran una nueva inyección de sangre. Era como si los poros de su cuello se extendieran materialmente para atrapar el cambio para absorberlo.

Todo era tan lento tan paulatino que parecía imposible pensar que ocurría realmente. Ahora no había peligro de caer en divagaciones o quedarse dormido. Hubiese sido como quedarse dormido en medio del primer beso. Como quedarse dormido en la mitad de una carrera de cien yardas y ganarla. Lo único que podía hacer era esperar y sentir con la piel y apresar cada segundo del cambio cada lento movimiento del tiempo y de la temperatura que le ofrecían un regreso a la vida.

Le parecía que hacía horas que permanecía así rígido y expectante y agitado. Había momentos en que tenía la certeza de que los nervios del cuello no registraban que de golpe se habían

entumecido y ya no podrían verificar el cambio. Y luego otros momentos en que sentía que habían aflorado hasta llegar casi a la superficie de su piel atravesados por un dolor agudo y penetrante a medida que se esforzaban por captar el cambio.

Y después todo empezó a ocurrir velozmente cada vez más velozmente y aunque sabía que estaba en una habitación de hospital protegida tan cubierto de posibles cambios de temperatura le pareció que se manifestaba en una llamarada de fuego. Como si su cuello se estuviera chamuscando quemando abrasando con el calor del sol naciente que había entrado en su habitación. Y él había recuperado el tiempo había ganado la batalla… Los músculos de su cuerpo se relajaron. En su mente en su corazón en todas las partes que quedaban de él cantaba cantaba cantaba.

Amanecía.

En el mundo entero o por lo menos en el país en que había nacido el sol asomaba por el este y la gente se levantaba de la cama y las colinas se volvían rosadas y cantaban los pájaros. Amanecía en toda Europa en toda América. ¿Qué diablos importaba no tener nariz siempre que pudiese oler el alba? Olió sin fosas nasales. Captó el aroma del rocío en el césped y se estremeció porque era maravilloso. Protegió sus ojos de los primeros rayos luminosos del sol matinal y a la distancia vio las altas montañas de Colorado en el este y el sol que las inundaba y vio los colores que resbalaban por sus laderas y más cerca divisó pardas y ondulantes colinas que adquirían tonalidades rosas o alhucemas como el interior de una caracola. Y más cerca aún en el campo donde se encontraba advirtió el césped verde que trepaba centelleante hasta sus tobillos y se echó a llorar. Agradeció a Dios el haber podido ver el amanecer.

Volvió sus espaldas al sol y miró hacia el pequeño pueblo en que había vivido en que había nacido. Todos los tejados se habían vuelto rosados con la luz del alba. Hasta las casas despintadas cuadradas y feas eran hermosas. Oyó el mugido de la vacas en los corrales esperando ser ordeñadas porque el pueblo donde había nacido era un pueblo muy sensato y allí cada cual tenía su vaca. Oyó el estrépito de las puertas de reja que se cerraban a medida que los soñolientos dueños de casa se dirigían al gallinero o al granero para ocuparse de los animales. También pudo ver el interior de las casas mientras los hombres abandonaban sus lechos bostezando saludablemente y rascándose el pecho y buscando sus pantuflas hasta que finalmente se levantaban e iban a la cocina donde sus mujeres les preparaban salchichas y pasteles calientes y café.

Vio unos niños retozando en sus cunas y frotándose los ojos con sus pequeños puños y tal vez sonriendo o llorando y quizá algo malolientes pero con un aspecto poderosamente saludable mientras recibían la luz del sol mientras recibían la mañana y el amanecer. Vio todas esas cosas todas esas bellas cosas hogareñas mientras contemplaba el pueblo y para ver el sol y las montañas sólo le bastaba darse la vuelta.

Oh Dios Dios gracias mi Dios pensó ya lo tengo y no me lo pueden quitar. Pensó he podido ver nuevamente el amanecer y desde ahora lo podré ver todas las mañanas. Pensó gracias Dios gracias gracias. Pensó aunque nunca pueda tener otra cosa siempre podré contar con el amanecer y la luz del sol por la mañana.

XII

Fin de año. La nieve pulula en el aire húmedas nubes de nieve se ciernen sobre Shale City. Todo quietud y luces incandescentes en el interior de las casas tibias. Ni confites ni botellas de champagne ni gritos ni un solo ruido. El sosiego del año nuevo para gente común que trabajaba y era amable y sólo deseaba paz. Feliz año nuevo. Su padre besa a su madre diciéndole feliz año querida hemos tenido suerte los niños son sanos te quiero feliz año confío en que el nuevo transcurra tan bien como el que pasó.

Vísperas de año nuevo en la panadería los tíos exclaman ¡maldito sea! me alegro de que termine el que viene no podrá ser peor feliz año nuevo diablos salgamos a la niebla y cojamos una borrachera. Salir de la panadería en vísperas de año nuevo mientras los cubos quedan tirados por cualquier parte y los hornos vacíos y las cintas transportadoras detenidas y las empaquetadoras paralizadas y las cortadoras inmóviles y nada más que la cuadrilla que abandonaba un sitio extraño y silencioso en tanto sus voces repercutían huecas en la maquinaria muerta. Los tíos de la panadería salían a celebrar el año nuevo.

Los propietarios de los bares servían bebidas gratis por encima del mostrador exclamando feliz año nuevo tú muchacho has sido un buen cliente toma regalo de la casa que lo disfrutes feliz año y al diablo con los prohibicionistas aunque algún día esos cabrones nos darán un disgusto. Las muchachas de los bodegones y las muchachas de los hoteles y una multitud de tíos que salían de pequeños y sucios departamentos y música y baile y humo y alguien con un ukelele y venga otra copa y el sentimiento de soledad que todo el mundo lleva dentro la gente que te empuja y largo de aquí y una muchacha que se desmaya en el bar. y una pelea y feliz año nuevo.

Oh dios el feliz feliz año nuevo había contado trescientos sesenta y cinco días y ahora era año nuevo.

No parecía haber transcurrido un año. Se había esfumado como una vida. Como cuando miras hacia atrás y piensas en una época tan remota que no puedes recordar con claridad qué ocurría entonces y sin embargo el tiempo se ha ido tan velozmente que todo parece haber comenzado un minuto antes. Seis visitas diarias de la enfermera treinta días un mes y ahora trescientos sesenta y cinco días. Había pasado rápidamente porque estaba ocupado en algo. Había llevado la cuenta del tiempo. Como todo el mundo tenía conjuntos de cifras para recordar controlaba un pequeño mundo que le pertenecía que estaba rezagado respecto del mundo exterior pero que sin embargo ahora estaba más próximo. Tenía un calendario en el que no figuraban el sol y la luna y las estaciones un calendario de treinta días por mes y doce meses por año y cinco días más para compensar la diferencia con la próxima visita de la enfermera que significaría el amanecer del nuevo año.

Había estado muy ocupado y había aprendido mucho. Había aprendido cómo comparar cada dato con todos los demás de modo que no podía perder el dominio del tiempo que había logrado conquistar. Ya podía discernir el día de la noche sin esforzarse por advertir el alba. Sabía exactamente en qué visita la enfermera lo lavaría y le cambiaría la ropa. Cuando se alteraba el horario y la enfermera se saltaba una de las visitas se sentía molesto y defraudado y trataba de imaginar qué estaría haciendo aunque cuando por fin venía volvía a sentir la misma ansiedad.

Hasta podía diferenciar a las enfermeras. La enfermera del día era siempre la misma pero las de la noche cambiaban. La enfermera de día tenía manos suaves y diestras algo duras como las manos de alguien que ha trabajado mucho de modo que supuso que era una mujer madura y la imaginó con el cabello gris. Siempre se acercaba a la cama directamente desde la puerta con cuatro pasos firmes y de esta forma calculó que su cama se encontraba a unos diez pies de la puerta. Debía ser una mujer corpulenta porque sus pasos eran más pesados que los de las enfermeras nocturnas. Casi tan pesados como los del médico que entraba muy de tanto en tanto hurgaba un rato y después se largaba. La enfermera diurna hacía las cosas bruscamente… paf y estaba de costado crash y una sábana se deslizaba junto a su cuerpo flop y se encontraba de espaldas dale que te pego y ya estaba bañado. Esta vieja enfermera diurna conocía su oficio y a él le caía bien. Muy de tanto en tanto venía por la noche en reemplazo de la enfermera nocturna. El siempre se estremecía y se meneaba para comunicarle que se alegraba de verla y ella le daba

pequeñas palmadas en el estómago y pasaba su mano por el fino cabello de su cráneo para decirle gracias ¿cómo está?
Las enfermeras nocturnas no eran regulares. A veces aparecían dos o tres en la misma semana. Casi todas daban más pasos desde la puerta a la cama que la enfermera diurna y esos pasos eran más livianos. Cerraban la puerta con mayor o menor energía y deambulaban más por la habitación. Generalmente tenían las manos muy suaves y algo húmedas de modo que se tropezaban en lugar de deslizarse suavemente por su cuerpo. Sabía que eran jóvenes. Cuando aparecía una nueva enfermera él adivinaba lo primero que haría. Quitaría las mantas y durante uno o dos minutos no haría movimiento alguno y él sabía que le estaba mirando y que seguramente empezaba a sentir náuseas. Una de ellas se volvió y huyó corriendo de la habitación. No regresó. Así fue como se quedó sin orinal y mojó la cama pero la perdonó. Otra lloró. Sintió sus lágrimas sobre el pecho a través de la camisa de dormir. El se emocionó porque de pronto sintió que ella estaba muy cerca y cuando se fue se quedó horas dolorido. La imaginó joven y hermosa.
Todas estas cosas eran interesantes eran importantes y le mantenían muy ocupado. Había construido un nuevo universo lo había organizado a su gusto y vivía en él. Y era la víspera de año nuevo aunque en el exterior bien podría ser el Cuatro de Julio. Designó los días de la semana de lunes a domingo y los meses para poder celebrar las fiestas. Los domingos por la tarde iba a dar un paseo por los bosques de los alrededores de París. Una vez cuando estaba con licencia en primavera había caminado por allí de modo que ahora todos los domingos eran primavera y él paseaba por los bosques de uniforme sacando pecho moviendo vigorosamente las piernas y agitando los brazos. En julio cuando picaban las truchas subió a Grand Mesa y conversó con su padre. Tenían mucho que hablar habían aprendido tanto desde que se habían visto por última vez. Es mucho mejor que preocuparse dijo su padre. Si te preocupas demasiado no gozas de la vida. La muerte es mejor lo único que quisiera saber es cómo está tu madre.
Todas las noches en verano y todas las semanas en invierno iba a dormir con Kareen y le susurraba dios te bendiga Kareen mi amor dios te bendiga. No sé qué haría si no estuvieses a mi lado todas las noches. Los demás se han ido y estoy solo si no fuese por ti Kareen. Dormían con el brazo de ella alrededor de él o el de él alrededor de ella y siempre se daban la vuelta juntos. Se abrazaban muy intensamente y él la besaba en sueños toda la noche.
Un ano. Qué tiempo tan largo era un año. Cuando él le dijo adiós en la estación del ferrocarril hace sólo un minuto Kareen tenía diecinueve años. El estuvo cuatro meses en el campo de adiestramiento y once meses en Francia así que eran más de veinte. También todo ese tiempo perdido para siempre que probablemente sumarían un año más. Y ahora otro. Y después vendrían otros y otros. Kareen debía tener veintidós. Por lo menos. Tres años. Seguiría así mientras viviese. Dentro de diez años Kareen tendría arrugas. Más tarde su pelo se pondría gris y sería una vieja, una vieja vieja y la joven que estaba en la estación no habría existido nunca.
Sabía que no era cierto. Kareen no envejecería nunca. Aún tenía diecinueve años. Tendría diecinueve siempre. Su pelo seguiría siendo castaño y sus ojos claros y su piel fresca como la lluvia. El no permitiría que una sola arruga le marcara el rostro. Eso era algo que ningún otro podría hacer por ella. La conservaría a salvo a salvo del tiempo en el mundo que él había construido donde el tiempo se movía según disposiciones y cada domingo era primavera. Pero ¿dónde estaría ella —la verdadera Kareen— Kareen en el mundo exterior en el tiempo exterior? Mientras él dormía todas las noches con la Kareen de diecinueve años ¿acaso la verdadera Kareen estaba con otro era una mujer y también quizá madre de un niño? Kareen adulta y remota que le había olvidado…
Sintió deseos de estar cerca de ella. No porque pudiera verla no porque deseara que ella le viese. Pero le agradaría sentir que respiraba el mismo aire que ella respiraba que vivía en el mismo país en que ella vivía. Recordó la extraña emoción que le invadía cuando visitaba la casa del viejo Mike la casa de Kareen. El aire parecía endulzarse a medida que se acercaba. Solía decirse aunque sabía que no era cierto, que el aire que rodeaba la casa era diferente porque estaba cerca de ella.

Nunca le había preocupado especialmente saber dónde estaba dónde le habían llevado pero al pensar en Kareen echó de menos su casa. Su mente gemía dios espero estar en América deseo estar en casa. Era como si un norteamericano cualquier norteamericano fuese un amigo comparado con un inglés o un francés. Porque él era norteamericano América era su patria allí había nacido y todos los de fuera eran extranjeros. Luego se decía qué te importa nunca podrás ver o hablar o andar no puedes darte cuenta de la diferencia da lo mismo que estés en Turquía o en América. Pero no era cierto. Te gusta pensar que estás en tu casa. Aunque no pudiese hacer otra cosa que yacer en la oscuridad sería mejor que esa oscuridad fuese la de su casa y que la gente que se movía en la oscuridad fuese su gente su gente norteamericana.
Pero era demasiado esperar. En primer lugar una explosión capaz de volarle los brazos y las piernas con seguridad también debía haber arrojado al infierno cualquier identificación. Probablemente cuando sólo tienes espalda estómago y media cabeza te pareces tanto a un francés como a un alemán o a un norteamericano. La única forma en que podrían haber establecido a qué país pertenecía era por el lugar donde le encontraron. Y él tenía la certidumbre de que le habían encontrado entre ingleses. Su regimiento estaba apostado precisamente junto a un regimiento de limeños [7] y cuando salieron de la trinchera los norteamericanos y los limeños iban juntos. Recordó con nitidez que los norteamericanos se desplazaron hacia la izquierda entre los ingleses porque frente a la posición norteamericana había una pequeña loma. Los alemanes que estaban allí habían sido exterminados dos días antes de modo que no tenía sentido que los norteamericanos perdiesen el resuello para subir. Todos se desplazaron hacia la izquierda al saltar la trinchera de modo que se mezclaron con los ingleses. Recordó haber mirado en derredor antes de zambullirse en el refugio e identificar sólo a dos norteamericanos. Todos los demás eran ingleses. Fue sólo un instante un pensamiento fugaz antes de la oscuridad.
De forma que con seguridad se encontraba en algún hospital inglés donde la gente le tenía por ingles y por lo tanto el informe que enviaron a su casa se limitaba a señalar que había desaparecido en acción. Tal vez fuese una ventaja alimentarse a través de un tubo si pensabas en ese fétido café inglés. Carne asada y pudín y bollería insulsa y mal café. Mejor entonces. Lo único era que ya no era más un norteamericano. Era un inglés. Era un limeño. Probablemente un ciudadano inglés. La sola idea le provocó un sentimiento de soledad. Nunca había tenido una aversión particular sobre los Estados Unidos. Nunca había sido muy patriota. Se trataba de algo que se aceptaba sin pensar. Pero ahora le parecía que si realmente estaba en un hospital inglés había perdido algo que nunca podría recuperar. Por primera vez en su vida pensó que sería más agradable o más consolador estar en manos de su propia gente.
Estos ingleses eran unos tíos extraños. Eran más extranjeros que los franceses. Uno se podía entender con un francés pero con un limeño con la nariz permanentemente fruncida era imposible. Cuando te pasabas dos meses junto a ellos empezabas a entender hasta qué punto eran extranjeros. Hacían algunas cosas curiosas. Un pequeño escocés que integraba el regimiento limeño al enterarse de que los alemanes del otro lado de la Tierra de Nadie eran bávaros arrojó su fusil y abandonó la guerra. El pequeño escocés aseguró que los bávaros respondían a las órdenes del príncipe heredero Rupert y que el príncipe heredero era el último Estuardo heredero del trono de Inglaterra y el legítimo rey y que él sería un cabrón si luchaba contra su rey porque así se lo ordenaba un pretendiente al trono de Hanover.
Por una cosa así cualquier ejército te coge y te fusila. Pero los ingleses eran pintorescos. Ese canijo provocó un gran embrollo. Dos o tres oficiales discutieron con él muy amablemente en lugar de fusilarle y como no lograron convencerle con sus argumentos apelaron al coronel. Entonces apareció el coronel y mantuvo una larga conversación con el escocés y todo el mundo estaba muy intrigado y el escocés cada vez se empecinaba más y le desafiaba a fusilarlo aduciendo que el tribunal militar revelaría la verdad o sea que todo era un fraude y que el Rey Jorge tendría que renunciar y ¿qué pensaría Lloyd George al respecto? El coronel se fue y el escocés se quedó sentado en el fondo de la trinchera y en seguida llegó una orden del cuartel general que había decidido trasladarle a retaguardia por seis semanas o hasta que se fueran los bávaros para que no se viera en la obligación de disparar contra las tropas que comandaba su rey.

Así de peculiares eran los ingleses y así fue como los norteamericanos y los limeños supieron que enfrentaban a los bávaros. También estaba el caso de Lázaro. Apareció una mañana gris. En ese momento no pasaba nada. De pronto en medio de la niebla surgió aquel alemán alto y corpulento que avanzaba hacia las líneas británicas. Más tarde muchos se preguntaron qué diablos hacía allí solo. Probablemente formaba parte de alguna patrulla y se había perdido o quería desertar o quizás estuviese un poco loco y andaba entre las alambradas de púas y los cráteres de los obuses nada más que por joder. Parecía vagar sin rumbo de un lado a otro y cabeceando. Cuando tropezaba con una alambrada intentaba avanzar a tientas a lo largo de la misma. Por fin se montó con torpeza como un borracho y siguió avanzando y bamboleándose en dirección a los ingleses.

Era una mañana bastante aburrida y los limeños tenían frío y se sentían incómodos y molestos por la guerra de modo que alguno de ellos le disparó un tiro. El pobre tío se quedó clavado como un poste atisbando la niebla como sorprendido de que alguien quisiera matarle. Entonces todo el regimiento inglés comenzó a tirar. Mientras su cuerpo se iba combando su rostro reflejaba una expresión entre dolorida e intrigada. Le dejaron allí con un brazo sobre la alambrada como ni fuese un centinela señalando el camino.

Pasaron varios días sin que nadie le prestase atención hasta que tanto los norteamericanos como los ingleses empezaron a advertir que cuando soplaba el viento el alemán despedía un olor bastante hediondo Pero sólo ocurría cuando el viento soplaba de ese lado así que nadie te preocupó mucho hasta que un día el coronel que había enviado al escocés a retaguardia vino para la inspección. El coronel era un tío extraordinario para las formalidades. El cabo Timlon que provenía de Manchester juraba que el coronel era capaz de fusilar a nueve hombres para preservar la moral del décimo. Como quiera que sea el coronel se desplazaba con el bigote encerado y la nariz grande y huesuda erguida en el viento cuando de pronto husmeó al alemán.

Es un olor muy fuerte le dijo al cabo TímIon. Es un bávaro señor dijo el cabo Timlon siempre huelen mal. El coronel tosió y se sonó la nariz y aseguró muy negativo para la moral de los hombres muy negativo. Esta noche escoja un pelotón y entiérrele cabo. El cabo Timlon comenzó a explicarle que allí hasta por la noche la situación era muy insegura pero el coronel le interrumpió. No olvide cabo dijo guardando el pañuelo en el bolsillo no olvide rezar una plegaria. El cabo Timlon dijo sí señor y luego miró fijamente a sus hombres para ver quién estaba riendo y de ese modo poder elegir a los que iban a acompañarle al entierro.

Así que esa noche el cabo formó un pelotón compuesto por ocho hombres. Cavaron una fosa metieron al bávaro dentro de un empellón y el cabo pronunció una oración como le había dicho el coronel. Luego llenaron la fosa y regresaron. Al día siguiente el aire estaba bastante limpio pero al otro día los alemanes se pusieron un poco nerviosos y empezaron a tirar cañonazos alrededor del regimiento inglés. Ninguno de los limeños resultó herido pero uno de los obuses más grandes cayó sobre el bávaro. Dio un salto en el aire como en cámara lenta y aterrizó en la misma alambrada apuntando con el dedo hacia el regimiento ingles. Como un señuelo. Fue cuando el cabo Timlon empezó a llamarle Lázaro.

Las cosas estuvieron bastante agitadas ese día y toda la noche. Cada vez que los ingleses tenían media hora libre disparaban sobre Lázaro como de paso esperando derribarlo de la alambrada porque sabían que cuanto más cerca del suelo estuviese menos olería y en realidad aquel bávaro empezaba a apestar. Pero siguió colgado del alambre y a la mañana siguiente volvió el coronel. Lo primero que hizo fue husmear el aire. Sintió el penetrante aroma de Lázaro, Se volvió hacia el cabo Timlon y dijo cabo Timlon cuando yo era un subalterno una orden era una orden y no una sugerencia interesante. Sí señor dijo el cabo Timlon. Esta noche escoja un pelotón de entierro completo dijo el coronel y entierre el cadáver a seis pies de profundidad. Y para que en el futuro no tome usted las órdenes con tanta ligereza leerá todo el servicio fúnebre de la Iglesia de Inglaterra sobre el cadáver de nuestro enemigo caído. Pero señor dijo el cabo Timlon las cosas como usted puede ver han estado muy pesadas por aquí y…

Esa noche el cabo Timlon formó un pelotón de entierro completo. También llevaron una mortaja para envolver a Lázaro. No fue una tarea muy agradable porque a esa altura Lázaro drenaba pero

le envolvieron en la sábana y le enterraron a seis pies de profundidad y todos permanecieron alrededor de la tumba mientras el cabo Timlon leía el servicio fúnebre quizá saltándose algunas preposiciones pero logrando transmitir la idea general de forma bastante adecuada.

En mitad del servicio desde el otro lado se levantaron un par de bengalas y en el momento en que el cabo arrojaba el tercer puñado de tierra sobre el rostro de Lázaro alguien apuntó y le metió una bala que le atravesó el culo. El cabo Timlon aulló dios se apiade de tu alma amén esos cabrones me han metido una bala en el culo eso han hecho buscad refugio soldados. Y todos se arrastraron apresuradamente en dirección a las líneas.

El cabo Timlon obtuvo ocho semanas de licencia hospitalaria lo cual fue una suerte para él ya que tres semanas más tarde casi todo el regimiento inglés fue exterminado. Dos días después de que balearan al cabo Timlon Lázaro detuvo otro obús y volvió a la alambrada con la sábana flameando al viento y partes de su cuerpo goteando sobre el terreno. Uno de los ingleses dijo que era previsible porque los bávaros nunca se conservaban muy bien después de la primera semana. El regimiento íntegro abrió fuego sobre el pobre Lázaro y logró desalojarlo de la alambrada. Todavía era posible olerlo pero ya no se le veía así que todos trataron de olvidarle. Y lo hubiesen logrado si no hubiese sido por el nuevo subalterno.

Era casi un niño de sólo dieciocho años con pelo rubio y ondulado ojos azules que parecía un bebé de seis pies ansioso de ganar la guerra por sí solo. Era primo del capitán o algo por el estilo y los oficiales le mimaban puntualmente. Llegó al frente dos días después de que bajaran a Lázaro de la alambrada. Los ingleses estaban tan encariñados con él que trataban de mantenerle a cubierto. De algún modo el muchacho sintió que no le tomaban en serio y que los soldados pensarían que era un cobarde. Rogaba constantemente que le permitieran integrar la patrulla nocturna y como no lo logró una noche se escapó por las suyas. A eso de las tres de la madrugada le echaron de menos. Cuando le encontraron amanecía. Se había extraviado más allá de las primeras líneas de alambradas. Lo encontraron tendido de bruces sobre un charco de vómito. Al tropezar con la alambrada se había caído y había metido su brazo derecho hasta el hombro en el cadáver de Lázaro.

La patrulla que le encontró le llevó al refugio de los oficiales. Balbuceaba lloraba y olía espantosamente. Esa misma noche el capitán le envió de regreso. Dijo que se trataba de un castigo por ensuciar el refugio de los oficiales; y cuando alguien le preguntaba qué había pasado con el muchacho se ponía muy serio. Entonces llegó el cabo Timlon con sus nalgas restauradas y alguien le contó la historia. El cabo preguntó pues bien ¿y cómo anda ahora? Un canijo llamado Johnson que solía informar a todo el regimiento acerca de este tipo de cuestiones dijo: demonios está loco de remate todavía no le han quitado el chaleco de fuerza. ¿Cuándo va a mejorar? preguntó el cabo Timlon. Los médicos dicen que no va a mejorar nunca dijo Johnson. Quedó muy jodido.

Pobre joven rubio inglés que tanto ansiaba ganar la guerra y que se volvió loco de remate antes de entrar en acción. Pobre pequeño limeño gritando y llorando y delirando para siempre tras los barrotes de la ventana de un hospital. Era algo curioso. El joven limeño tenía piernas y brazos y podía hablar y ver y oír. Pero no lo sabía de modo que no le proporcionaba placer alguno. Para él eso no significaba nada. Y en otro hospital inglés había un tío que no estaba loco pero que deseaba estarlo. El y el joven inglés deberían intercambiar sus mentes. Entonces ambos serían felices.

En alguna parte llorando y sollozando en la oscuridad —ahora era de noche casi la noche de año nuevo— estaba el joven inglés. Y aquí él que también lloraba y sollozaba en la oscuridad. En vísperas de año nuevo. Pobre joven inglés no llores es año nuevo piensa solamente en este año nuevo que se inaugura para los dos. Dondequiera que estés limeño —tal vez en este mismo hospital— dondequiera que estés tenemos muchas cosas en común somos hermanos joven limeño feliz año nuevo. Feliz feliz año nuevo…

XIII

Nada especial ocurrió durante el segundo año de su tiempo en el mundo a excepción de una noche en que una enfermera nocturna tropezó y se desplomó en el piso haciendo vibrar levemente el colchón metálico de su cama. En el curso del tercer año fue trasladado a una nueva habitación. En la nueva habitación el sol calentaba los pies de la cama y por la hora de su baño dedujo que su cabeza apuntaba hacia el este y su otro extremo hacia el oeste. Su nueva cama tenía un colchón más blando y sus resortes eran menos rígidos. Conservaban por más tiempo las vibraciones y eso le ayudó mucho. Tardó meses en localizar la puerta y la cómoda pero fueron meses llenos de cálculos y excitación culminados con éxito. Fueron los meses más breves que podía recordar en toda su vida. De allí que el tercer año se deslizara con la velocidad de un sueño.

El cuarto año comenzó muy lentamente. Empleó mucho tiempo tratando de rememorar los libros de la biblia por orden pero los únicos que pudo recordar con seguridad fueron Mateo Marcos Lucas Juan y Samuel Primero y Segundo y Reyes Primero y Segundo. Intentó poner en palabras la historia de David y Goliat y Nabucodonosor y Sadrack Meshack y Abednego. Recordaba que alrededor de las diez de la noche su padre solía bostezar ruidosamente extendiendo los brazos y poniéndose de pie diciendo Shadrack Meshack a la cama nos vamos. Pero no podía recordar con precisión la historia de los personajes así que no le servían demasiado para llenar el tiempo. Y eso era un inconveniente porque cuando no podía llenar el tiempo se entregaba a la preocupación. Comenzaba a preguntarse ¿no habré cometido un error al calcular los días las semanas los meses? A continuación pensaba que al menor descuido podría saltarse un año íntegro. Entonces se ponía frenético. Retrocedía cada vez más en el tiempo para comprobar que no se había equivocado. Retrocedía tanto que terminaba más confundido que antes. Antes de dormirse intentaba fijar sólidamente en su memoria el día el mes y el año para no olvidarlos mientras soñaba y cada vez que se despertaba su primera sensación era de terror ante la posibilidad de no poder recordar con exactitud los números que tenía en la cabeza cuando se quedó dormido.

Y entonces ocurrió algo asombroso. Un día hacia mediados de año la enfermera renovó totalmente la ropa de su cama que había sido cambiada el día anterior. Era la primera vez que sucedía. Cada tres días ni antes ni después le cambiaban la ropa. Pero ahora todo se trastornaba. Le cambiaban la ropa dos días seguidos. Cayó presa de la mayor excitación. Sintió deseos de ir de habitación en habitación y discurrir animadamente acerca de cuán ocupado estaba y sobre los grandes acontecimientos que muy pronto se producirían. Desbordaba de inquietud y emoción. Se preguntaba si a partir de ahora le cambiarían la ropa todos los días o si volverían al plan habitual. Esta eventualidad era tan importante como si un hombre con piernas y brazos y todo lo demás debiera afrontar súbitamente la posibilidad de vivir en una nueva casa todos los días. Le proporcionaba algo que esperar día tras día a lo largo de los años. Algo que quebraría el tiempo transformándolo en un elemento que un hombre podía tolerar sin necesidad de cavilar infructuosamente sobre Mateo Marcos Lucas y Juan.

Después advirtió algo más. Además de darle un baño inesperado la enfermera lo rociaba con algo. Sintió el rocío fresco y vaporoso en su piel. Luego le puso una nueva camisa de dormir y plegó las mantas a la altura de su garganta. También esto era diferente. Sentía su mano a través de las mantas mientras se deslizaba sobre el pliegue alisando alisando alisando. Le pusieron una nueva máscara que la enfermera dispuso con mucha delicadeza de modo que cayera sobre su garganta donde fue cuidadosamente introducida bajo el pliegue de las mantas. Después le peinó con esmero y se fue. A medida que se alejaba él sintió la vibración de sus pasos y luego el ligero trepidar de la puerta que se cerraba. Se quedó solo.

Permaneció muy quieto porque el arreglo había sido tan inusitado que le infundió un sentimiento lujurioso. Su cuerpo estaba exuberante y las sábanas eran frescas y tiesas. Hasta su cuero cabelludo se sentía bien. Temía moverse y estropear ese bienestar. Pero fue sólo un momento y luego sintió la vibración de cuatro quizá cinco personas que entraban en su habitación. Estaba tenso intentando captar esas vibraciones y preguntándose qué hacían allí. Las vibraciones se

volvieron más intensas y después cesaron. Se dio cuenta de que esa gente estaba reunida alrededor de su cama, más gente de la que nunca había habido en su habitación. Era como la primera vez que fue a la escuela y se sintió turbado y sorprendido al ver tanta gente en torno suyo. La expectativa le provocó pequeños estremecimientos en el estómago. Estaba rígido por la excitación. Tenía visitas.

La primera idea que le cruzó la mente fue que podían ser su madre sus hermanas y Kareen. Había una remota posibilidad de que Kareen siempre bella y joven estuviese de pie a su lado mirándole y en ese momento extendiera su mano su mano suave y diminuta su hermosísima mano para tocarle la frente.

Precisamente en el instante en que casi pudo sentir el contacto de su mano su deleite se convirtió súbitamente en vergüenza. De pronto deseó como nada en el mundo que no fuesen su madre sus hermanas y Kareen quienes venían a visitarle. No quería que le vieran. No quería que le viera nadie que le hubiese conocido. Ahora comprendía cuán necio había sido al desear que viniesen como lo había deseado a veces en su soledad. Pensar que estaban cerca resultaba reconfortante tibio y agradable. Pero la idea de que pudieran estar junto a su cama en ese momento era demasiado terrible. Sacudió la cabeza convulsivamente como para escapar de sus visitas. Sabía que ese movimiento le descolocaba la máscara pero no estaba en condiciones de pensar en máscaras. Lo único que deseaba era ocultar la cara apartar de ellos las órbitas vacías impedir que vieran el machacado agujero que había sido una nariz una boca que correspondía al rostro de un ser humano con vida. Se puso tan frenético que comenzó a sacudirse de un lado a otro como alguien que está muy enfermo y febril y sólo puede repetir la forma monótona un movimiento o una palabra. Volvió a caer en su antiguo movimiento de vaivén echando el peso de su cuerpo de un hombro al otro de uno a otro de uno a otro sucesivamente.

Una mano se apoyó en su frente. Se calmó porque era la mano pesada y cálida de un hombre. Parte de la mano se apoyaba sobre su frente. Sintió la otra parte a través de la máscara que le dividía la frente. Volvió a quedarse quieto. Luego la otra mano empezó a replegar la sábana que llegaba hasta su garganta. Un pliegue. Un pliegue y medio. Se quedó muy quieto muy alerta y muy intrigado. Pensaba obsesivamente en quiénes serían.

Después entendió. Eran los médicos que venían a examinarle. Doctores de visita. Probablemente ya era famoso y los médicos comenzaban a peregrinar para verle. Tal vez un médico le diría a otro ¿habéis visto cómo pudimos hacerlo? ¿Habéis visto qué buen trabajo hemos hecho? ¿Veis dónde hemos mutilado el brazo y el agujero en la cara? ¿Veis que sigue viviendo? Escuchad el corazón. Late como el vuestro o el mío. Qué buen trabajo hemos hecho. Fue una gran suerte y estamos muy orgullosos. Al salir pasad por mi despacho y os daré uno de sus dientes como recuerdo. Tienen un esmalte maravilloso. Era joven y tenía los dientes en buen estado. ¿Qué prefieren? ¿Un canino o un buen molar? Los más gruesos lucen mejor en una cadena de reloj.

Alguien estiraba de su camisa sobre el lado izquierdo del pecho. Era como si un índice y un pulgar le pellizcaran para arrancarle un trozo. Se quedó muy quieto ahora mortalmente quieto mientras su mente saltaba en cien direcciones distintas al mismo tiempo. Tenía la sensación de que algo importante iba a ocurrir. El jaloneo de la camisa se prolongó unos instantes después la tela volvió a caer sobre su pecho. Ahora pesaba como si tuviera una carga. Sintió la súbita frialdad del metal a través de la camisa contra su pecho sobre su corazón. Habían colgado algo de su camisa.

De pronto hizo algo peculiar algo que no había hecho en meses. Empezó a extender la mano derecha en busca de ese objeto pesado que habían prendido sobre su pecho y le pareció que casi la apretaba entre los dedos antes de recordar que no tenía brazo para extender ni dedos con qué apretar.

Alguien le besaba la sien. Al recibir el beso sintió un leve cosquilleo provocado por unos pelos. Le besaba un hombre de bigote. Primero la sien izquierda después la derecha. Entonces comprendió qué habían hecho. Habían entrado en su habitación y le habían condecorado con una medalla. Más aún también comprendió que estaba en Francia y no en Inglaterra porque los generales franceses solían besar al entregar una medalla. Sin embargo tal vez no fuese así. Los

generales norteamericanos e ingleses estrechaban la mano pero como él no tenía mano tal vez se tratara de un inglés o un norteamericano que había resuelto seguir la costumbre francesa porque no había otra opción. Pero aun así era muy probable que estuviese en Francia.
Interrumpió su pensamiento repentinamente. Ya no se preguntaba dónde estaba sino que comenzaba a acostumbrarse a la idea de que seguía en Francia y descubrió con sorpresa que lo invadía una cierta furia. Le habían dado una medalla. Tres o cuatro tíos grandes y famosos tíos que aún tenían brazos y piernas y podían ver y hablar y oler y saborear habían entrado en su habitación y le habían colgado una medalla. Podían permitirse ese lujo ¿verdad? Malditos cabrones. Dedicaban su tiempo a eso. A desplazarse de un lado a otro prendiendo medallas y sintiéndose importantes y virtuosos. ¿Cuántos generales murieron en la guerra? Kitchener por ejemplo. Sí. Cierto pero fue un accidente. ¿Cuántos más? Nómbreles nombre a cualquiera de esos listillos hijos de puta y quédense con ellos. ¿A cuántos los habían volado íntegramente como para vivir el resto de su vida envueltos en una sábana? Había que tener cojones para andar repartiendo medallas.
Cuando por un instante pensó que su madre, sus hermanas y Kareen podían estar junto a su cama quiso ocultarse. Pero ahora que sabía que eran generales y grandes personajes sintió un feroz e incontenible deseo de que le vieran. De la misma forma en que antes había empezado a extender la mano sin brazo hacia la medalla para asirla ahora empezó a soplar la máscara de su cara sin boca ni labios para volarla. Quería que echaran un vistazo al agujero de su cabeza. Nada más. Quería que se hastiaran de ver un rostro que empezaba y terminaba en la frente. Siguió soplando hasta que recordó que el aire de sus pulmones se escapaba por un tubo. Empezó a balancearse de un lado a otro con la esperanza de quitarse la máscara.
Mientras se balanceaba y se esforzaba sintió una vibración en lo hondo de su garganta una vibración que podía ser una voz. Era una vibración breve y profunda y adivinó que emitía un sonido perceptible a los oídos de aquellos hombres. No era un gran ruido ni un ruido muy inteligente pero a ellos tal vez podía parecerles tan interesante como el gruñido de un cerdo. Y poder gruñir como un cerdo era realizar algo muy importante porque hasta ahora había permanecido en absoluto silencio. De modo que siguió sacudiéndose y gruñendo como un cerdo con la esperanza de que ellos se dieran cuenta de cuánto apreciaba la maldita medalla. En medio de todo esto hubo un bullicio indefinido de pasos y luego la vibración de las visitas que se marchaban. Un minuto después estaba completamente solo en la oscuridad en el silencio. Solo con su medalla.
Se calmó súbitamente. Siempre había prestado una atención minuciosa a las vibraciones. Gracias a ellas había deducido la talla de sus enfermeras y las dimensiones de su habitación. Pero sentir de pronto las vibraciones de cuatro o cinco personas que cruzaban la habitación con pasos firmes le hizo pensar. Comprendió que las vibraciones tenían mucha importancia. Hasta entonces sólo las había considerado como vibraciones que llegaban hasta él. Ahora empezó a considerar también la posibilidad de vibraciones que surgieran de él. Las vibraciones que recibía le indicaban todo altura peso distancia tiempo. ¿Por qué no podría usar también las vibraciones para hablar con el mundo exterior?
Algo empezó a resplandecer en el fondo de su pensamiento. Si de algún modo pudiera usar las vibraciones podría comunicarse con la gente. El resplandor se convirtió en una enceguece dora luz blanca. Le ofrecía unas perspectivas tan inusitadas que temió ahogarse de emoción. Las vibraciones eran una parte muy importante de la comunicación. Las claves telegráficas eran simplemente otro tipo de comunicación.
Cuando era un muchacho unos cuatro o cinco años atrás tenía un aparato de radio. El y Bill Harper usaban el telégrafo para comunicarse. Punto raya punto raya punto. En especial las noches de lluvia cuando sus padres no les permitían salir y no había nada que hacer y daban vueltas por la casa tropezando con todo el mundo. En esas noches él y Bill Harper se transmitían mensajes con rayas y puntos y lo pasaban muy bien. Aún recordaba el código Morse. Lo único que tenía que hacer para comunicarse con la gente del mundo exterior desde su cama era transmitir puntos y rayas a la enfermera. Entonces podría hablar. Entonces habría quebrado su

silencio su oscuridad su indefensión. Entonces el muñón de un hombre sin labios podría hablar. Había atrapado el tiempo y había intentado reconstruir la geografía y ahora haría la más grande de todas las cosas hablaría. Enviaría mensajes y recibiría mensajes y así habría dado otro paso adelante en su lucha por recuperar el mundo desde su terrible solitario anhelo de sentir la proximidad de los otros y conocer sus pensamientos dado que los suyos eran tan insignificantes tan inconclusos tan incompletos. Podría hablar.

Tentativamente levantó la cabeza de la almohada y la dejó caer nuevamente. Luego lo hizo dos veces rápidamente. Eso sería una raya y dos puntos. La letra d. Deletreó SOS contra su almohada. Punto—punto—punto punto punto punto—punto—punto. SOS. Socorro. Si había alguien en el mundo que necesitara ayuda ése era él y la estaba pidiendo. Deseó que la enfermera regresara muy pronto. Comenzó a deletrear preguntas. ¿Qué hora es? ¿Qué día es hoy? ¿Dónde estoy? ¿Hay sol o está nublado? ¿Alguien sabe quién soy? ¿Mi familia sabe que estoy aquí? No se lo digan. Que no se enteren. SOS. Socorro.

La puerta se abrió y los pasos de la enfermera se aproximaron a la cama. Empezó a deletrear enloquecidamente. Estaba a punto de reencontrarse con la gente de recuperar el mundo de asir una gran parte de la vida misma. Tap tap tap. Esperaba el tap tap tap de ella en respuesta. Un golpecito contra su frente o su pecho. Aunque no comprendiera su código podría tocarle para darle a entender que comprendía su intención. Luego iría de prisa en busca de alguien que le ayudara a entender lo que él decía. SOS. SOS. SOS. Socorro.

Sintió que la enfermera estaba de pie mirándole tratando de imaginarse qué hacía. La sola posibilidad de pensar que ella no le entendiera después de tantos esfuerzos le produjo un impacto de excitación y miedo y volvió a gruñir. Gruñía y telegrafiaba gruñía y telegrafiaba hasta que sintió dolor en los músculos de la nuca hasta que le dolió la cabeza hasta que sintió que su pecho estallaría por su ansiedad de gritar de explicarle lo que estaba intentando hacer. Y ella seguía inmóvil junto a su cama mirándole y preguntándose.

Después sintió su mano sobre la frente. La mantuvo allí por un segundo. El volvió a golpear con la cabeza. Estaba cada vez más furioso perdía la esperanza y sentía ganas de vomitar. Ella comenzó a palmearle la frente con lentos amables movimientos. Lo hacía de una forma que nunca había usado antes. Sintió la piedad en la suavidad de su contacto. Luego su mano se deslizó por su frente hacia su pelo y él recordó que Kareen a veces solía hacerlo. Pero apartó a Kareen de su pensamiento y siguió cabeceando porque esto era tan importante que no podía detenerse en sensaciones placenteras.

La presión de la mano contra su frente se volvía más intensa. Se dio cuenta de que ella intentaba calmarle mediante el peso de su mano a fin de que no cabeceara más. Entonces empezó a golpear con más fuerza y mayor rapidez para demostrarle que su intención era inútil. Sintió que las vértebras de la nuca crujían y chasqueaban a causa de la tensión que les exigía este trabajo inesperado. La mano de la enfermera pesaba cada vez con más fuerza sobre su cabeza. Sintió un gran cansancio en el cuello. Pasó un día terrible un día largo e inquietante. Sus señales se fueron haciendo más lentas y la mano de la enfermera cada vez más pesada. Por fin se quedó tendido muy quieto sobre la almohada mientras ella le enjugaba la frente.

XIV

Había perdido toda huella del tiempo. Como si todos sus esfuerzos por atraparlo todos sus cálculos y cuentas nunca hubiesen existido. Había perdido los rastros de todo salvo los golpes que daba con su cabeza. Apenas despertaba empezaba a cabecear y proseguía hasta que le vencía el sueño. Hasta cuando se iba durmiendo invertía el resto de su energía y de su pensamiento en ese balanceo de modo que le parecía soñar con ello. Cabeceaba mientras estaba despierto y soñaba que cabeceaba. En consecuencia resurgió su antigua dificultad de discernir entre el sueño y la vigilia. Nunca estaba seguro de no soñar cuando estaba despierto o de hacer señales mientras dormía. Había perdido tan absolutamente el sentido del tiempo que ya no tenía la menor idea acerca de cuánto hacía que había comenzado el cabeceo. Quizá sólo semanas quizá un mes quizá hasta un año. De los cinco sentidos originales el único que le quedaba se encontraba atrapado en una hipnosis total a causa del cabeceo y en cuanto a pensar ni siquiera simulaba hacerlo. Tampoco especulaba sobre las nuevas enfermeras nocturnas en sus idas y venidas. No prestaba atención a las vibraciones del piso. No pensaba en el pasado y no tenía en cuenta el futuro. No hacía más que transmitir su mensaje una y otra vez a la gente del mundo exterior que no comprendía.

La enfermera de día hizo todo cuanto pudo por apaciguarle pero lo hacía como si intentara calmar a un paciente irritable. Hasta que él comprendió que con ella no lo lograría. Al parecer jamás pareció ocurrírsele que allí había un pensamiento una inteligencia que ponía en marcha el ritmo de su cabeza contra la almohada. Se limitaba a atender a un paciente incurable intentando hacer que su dolencia fuese lo más tolerable posible. Nunca pensó que ser mudo era una enfermedad y que él había encontrado el remedio e intentaba decirle que estaba bien que ya no era mudo que podía hablar. Ella le daba baños calientes. Le cambiaba la posición en la cama. Le colocaba la almohada más alta o más baja detrás de la nuca. Cuando la levantaba demasiado el nuevo ángulo le echaba la cabeza hacia delante. Después de transmitir un rato en esa posición sentía un dolor que le recorría toda la médula y la espalda. Pero seguía golpeando la cabeza.

Empezó a darle masajes y eso le gustó porque sus dedos eran vivaces y al mismo tiempo suaves pero siguió con el cabeceo. Y un día sintió un cambio en el contacto de sus dedos. Ya no eran vivaces y suaves. Sintió el cambio a través de las puntas de los dedos por la ternura de su contacto y sintió la piedad y la duda y una gran capacidad de amor que no surgía de él hacia ella ni de ella hacia él sino que más bien era una especie de amor que abarcaba todas las cosas vivientes y trataba de hacerlas más tolerables un poco menos desdichadas un poco más parecidas a las otras de su especie.

Sintió el cambio a través de la punta de sus dedos produciéndole una punzada de disgusto. Pero pese al disgusto respondía a la misericordia de su corazón que la impulsaba a tocarle de ese modo. Las manos de ella buscaron partes más lejanas de su cuerpo. Insuflaron sus nervios con una especie de falsa pasión que recorrió la superficie de su piel en breves estremecimientos. Y aun cuando pensaba oh dios mío a esto hemos llegado ésta es la razón por la cual ella cree que hago señales maldita sea bendita sea ¿qué puedo hacer?… Aun mientras pensaba así se adecuó a su ritmo se tensó ante su contacto su corazón latió más aceleradamente y lo olvidó todo en el mundo excepto el movimiento y el repentino fluir de su sangre…

Había una muchacha llamada Ruby y fue la primera para él. Sucedió cuando él estaba en octavo quizá en noveno grado escolar. Ruby vivía en Teller Addition del otro lado de las vías. Ruby era más joven que él. Estaría en sexto o séptimo pero era una joven corpulenta una italiana gorda y voluminosa. De algún modo todos los muchachos del pueblo se iniciaron con Ruby porque ella nunca les intimidaba. Iba al grano aunque de tanto en tanto había que decirle que era bonita. Pero nada de tonterías y si alguno de los muchachos no tenía experiencia Ruby no se reía ni contaba nada sino que seguía adelante y le enseñaba.

A los muchachos les apetecía hablar de Ruby cuando no había otro tema mejor. Mientras charlaban solían reírse de ella y decir ah no ya no veo más a Ruby me arreglo sin ella y todos los días descubro algo nuevo. Pero eso no era más que parloteo porque realmente eran muy jóvenes y Ruby la primera muchacha que conocían y con las demás con las muchachas decentes eran

muy tímidos. Pronto se avergonzaron de Ruby y cuando iban a verla se sentían un tanto sucios y asqueados. Volvían echándole la culpa a Ruby por sentirse así. Cuando llegaron a décimo grado ninguno hablaba ya de Ruby y por fin ella desapareció. No estaba y ellos se alegraron un poco de no tener que encontrársela en la calle.

También estaba Laurette en casa de la Renga Telsa. La Renga Telsa tenía un establecimiento en Shale City. Tenía cinco o seis chicas y la mejor pareja de chulos de Boston del pueblo. Los muchachos de catorce o quince años solían rondar a menudo el establecimiento de la Renga Telsa. Para ellos era la casa más maravillosa más excitante y misteriosa de Shale City. Escuchaban las historias que contaban los muchachos más grandes sobre lo que ocurría allí. Nunca sabían claramente hasta qué punto estaban a favor o en contra pero les interesaba.

Una noche tres de ellos entraron por el callejón del fondo de la casa de la Renga se arrastraron por el patio trasero y trataron de espiar por la puerta de la cocina. Allí había una cocinera negra preparando sándwiches que cuando les vio lanzó un grito. La Renga Telsa entró en la cocina balanceándose sobre su pierna de palo cogió un cuchillo de carnicero y salió al patio. Todos huyeron como locos mientras la Renga Telsa les gritaba que sabía quiénes eran y que inmediatamente llamaría por teléfono a sus padres. Pero no era cierto. La Renga no les había visto la cara y no telefoneó a nadie.

Después cuando ya tenían diecisiete o dieciocho y prácticamente ya acababan la escuela él y Bill Harper decidieron terminar de una vez por todas con la bendita charla y una noche fueron a la casa de la Renga Telsa a averiguar por sí mismos. Entraron directamente al vestíbulo y nadie les recibió con un cuchillo. Eran alrededor de las ocho y evidentemente no había demasiada concurrencia porque la Renga se acercó a la sala y habló con ellos y no parecía en absoluto enfadada. Estaban demasiado inquietos de modo que no pudieron decirle a la Renga por qué venían y la Renga tampoco les dijo nada así que por fin resultó sólo una visita. La Renga hizo bajar a un par de chicas para que se sentaran en la sala y ordenó a la cocinera negra que hiciera una bandeja de sándwiches. Después se marchó. Cuando se quedaron solos en la sala oyeron a las dos muchachas que bajaban la escalera y comprendieron que ahora iban a saber si todas las cosas que habían oído decir sobre ese sitio eran ciertas. Algunos tíos decían que las muchachas solían venir desnudas a la sala y otros que nunca se las podía ver desnudas que siempre usaban un kimono o algo por el estilo. Aseguraban que no había nada que odiasen más que el hecho de que un hombre la quisiese ver sin ropa. Así que ellos se quedaron sentados con el corazón en la boca esperando y observando.

Pero cuando las muchachas bajaron estaban totalmente vestidas. Mejor vestidas que la mayor parte de las chicas de Shale City y también más bonitas. Vinieron y se sentaron y hablaron como lo habría hecho cualquier otra muchacha. Una de ellas parecía preferir a Bill Harper y la otra parecía preferirlo a él. La que gustaba de él hablaba todo el tiempo de libros. Si había leído esto si había leído aquello y él no había leído nada de modo que comenzaba a sentirse como un idiota. Al cabo de media hora de comer sándwiches y hablar de libros la Renga Telsa entró resplandeciente y sonriendo y les dijo que era hora de volver a casa. Ellos se pusieron en pie estrecharon la mano de las muchachas y se marcharon. Esa noche hicieron un largo paseo por el pueblo discutiendo todas las cosas que habían oído decir acerca del establecimiento de la Renga Telsa y llegaron a la conclusión de que o bien eran mentiras o bien ellos eran esa clase de tíos que no gustaban a las mujeres para esas cosas. Eso era lo más grave porque quizá toda la vida serían unos fracasados con las mujeres y tal vez había algo que no tenían. Decidieron no hablarle a nadie sobre su visita porque se sentían humillados. Las cosas no habían resultado como habían pensado.

Más tarde él se puso a pensar acerca de la muchacha que hablaba de libros y después de elaborarlo minuciosamente resolvió ir a verla nuevamente. Se llamaba Laurette y pareció alegrarse de verle. Le dijo que si quería verla que fuese siempre antes de las nueve de la noche porque después había mucho trabajo. Y él fue varias veces más y siempre se sentaban en la sala y conversaban. Llegó a pensar quizás estoy enamorado de Laurette y ¿qué ocurriría si fuese así? ¿Cómo se lo diría a sus padres? Y por otra parte pensaba ¿por qué lo único que hacemos es

hablar y qué pensará ella de mí? Durante todo ese invierno y la primavera siguiente fue a ver a Laurette una vez dos veces hasta tres veces por mes. Y siempre antes de llamar a la puerta asumía una sólida compostura y se decía Joe Bonham esta vez compórtate como un hombre. Pero Laurette era tan encantadora que no podía imaginarse como empezar una cosa así sin parecer como un cochino. De modo que nunca lo hizo.
Cuando se graduó recibió por correo un par de gemelos de oro acompañados de una tarjeta grabada con la inicial L. Le costó un gran esfuerzo explicar a sus padres quién le enviaba los gemelos pero le otorgó un gran valor y resolvió que la noche siguiente después de la graduación iría a casa de la Renga Telsa. Ahora que Laurette le había insinuado de manera indirecta que le amaba las cosas serían diferentes. De modo que alrededor de las nueve de la noche se encaminó hacia la casa de la Renga Telsa tratando de encontrar una fórmula agradable y cortés de expresar lo que buscaba. Llamó a la puerta y la Renga Telsa le hizo entrar. Cuando él le preguntó por Laurette le dijo que Laurette no estaba. ¿Dónde se había ido? A Estes Park. La Renga Telsa le explicó que todos los años pasaba allí sus tres meses de vacaciones. Durante todo el invierno se compra ropa nueva y ahorra dinero y después vive tres meses en el mejor hotel de Estes Park. Sale con tíos y baila y le fascina que los tíos se enamoren de ella y cuando se enamoran siempre se muestra amable con ellos pero nunca demasiado. Nunca resulta tan amable como ellos quisieran. Laurette es una joven lista dijo la Renga Telsa. Trabaja y se divierte. Y además ahorra dinero y tiene una pequeña fortuna. ¿Por qué no consigues un empleo en otro pueblo y vuelves en el otoño cuando Laurette esté descansada y conversas con ella? A lo mejor tú y Laurette seríais muy felices. Pero cuando llegó el otoño él trabajaba en una panadería a quinientas millas de distancia y nunca más volvió a ver a Laurette.
Hubo una muchacha que se llamaba Bonnie. Un día le dio palmadas en el hombro mientras él estaba en el drugstore de Louie cerca de la panadería tomando una coca cola. Le palmeó en la espalda y dijo tú eres Joe Bonham ¿verdad? Joe Bonham de Shale City. Pues bien. Yo soy Bonnie Flannigan íbamos al mismo colegio dios qué alegría encontrar alguien del mismo pueblo. El la miró y no pudo recordarla en absoluto. Oh sí dijo te recuerdo. Ella asintió con la cabeza y dijo estabas más adelantado que yo y nunca me hubieses empujado ¿por qué no vienes a verme alguna vez? Vivo en la plaza del bungalow a trescientos metros de la panadería. Sé que trabajas en la panadería. Suelo ver a algunos de los muchachos y ellos me han dicho que estabas allí.
La miró y adivinó que era más joven que él y también adivinó qué clase de mujer era. Sintió un leve dolor de estómago porque esas muchachas podían venir de New York o Chicago o St. Louis o Cincinnati podían venir de Denver o Salt Lake o Boise Idaho o Seattle pero nunca de Shale City porque Shale City era su hogar.
Fue a verla. No era una niña ni era una muchacha muy inteligente pero tenía un carácter estupendo y estaba llena de vida y de planes para el futuro. He estado casada tres veces dijo Bonnie y todos mis maridos decían que era igual a Evelyn Nesbitt Thaw. ¿Tú crees que me parezco a Evelyn Nesbitt Thaw?
Por la mañana cerca de las cinco o las seis solían ir a Main Street para desayunar en los lustrosos y baratos restaurantes de resplandecientes azulejos blancos donde podían consumir cualquier cosa por diez centavos. Por lo general el sitio estaba lleno de marineros soñolientos que al llegar la mañana rondaban sin saber qué hacer y Bonnie les conocía a todos. Les daba palmadas en la espalda al pasar y les llamaba por su nombre. Hola Pete pero mira quién está por aquí el viejo Slimy ¿qué dices Dick? ¿Y aquél no es el viejo George? Cuando llegaban a su mesa y pedían jamón con huevos ella solía decirle Joe si fueses un tío inteligente te quedarías conmigo. ¿Quieres seguir estudiando verdad? Joe quédate conmigo. Yo me encargaré de que estudies. Yo me dedico a la flota y conozco a todos estos tíos y sé dónde tienen sus billeteras y soy lista y me cuido y nunca tuve gonorrea quédate conmigo Joe y llevaremos diamantes. ¿Ves ese tío allá? Siempre dice que soy igual a Evelyn Nesbitt Thaw ¿tu crees que me parezco a Evelyn Nesbitt Thaw queridito?
Hubo una muchacha que se llamaba Lucky. Para medio millón de soldados de la infantería norteamericana en Paris ella era la Estatua de la Libertad y la Tía Jemina y la muchacha que

habían dejado atrás. En Paris había una Casa Norteamericana y cuando estaban de permiso cuando estaban lejos de las trincheras y la matanza todos iban a la Casa Norteamericana y hablaban con muchachas norteamericanas y bebían whisky norteamericano y eran felices.
Lucky era la mejor de todas. La más bonita y una de las más inteligentes. Solía recibirte en su habitación completamente desnuda con una gran cicatriz roja por donde le habían sacado el apéndice. El entraba en su habitación muy cansado hacia las últimas horas de la noche a veces algo borracho y se tendía en su cama con las manos debajo de la cabeza mirando a Lucky. Apenas ella le veía sonreía iba a su cómoda y del cajón superior sacaba un pequeño tapete. Siempre hacía ganchillo en ese tapete. Se sentaba a los pies de la cama vivaz cotillera amistosa y tejía el tapete y hablaba.
Lucky tenía un hijo. Tendría seis o siete años y Lucky lo tenía en una escuela de long Island. Quería que fuese jugador de polo por que los jugadores de polo andaban por el mundo y conocían a la mejor gente y nada era suficiente para el hijo de Lucky tan encantador era el pequeño hijo de puta. A Lucky le quedaban entre ciento cincuenta y doscientos dólares por semana a dos dólares por persona una vez deducido el porcentaje que se llevaba la casa y los gastos de toallas y control médico. Pero desde luego gastamos mucho. Tenemos que vestirnos para el trabajo y te diré que la ropa cuesta muy cara pero una muchacha tiene que verse bien vestida.
Lucky había estado en el terremoto de San Francisco. Tal vez en ese entonces tendría dieciséis o diecisiete años o sea que ahora debía tener alrededor de treinta. Cuando el terremoto sacudió San Francisco Lucky se encontraba en el cuarto piso de un hotel en Market Street. Estaba agasajando a un caballero amigo y cuando sentí el primer temblor me dije Lucky esto es un terremoto y tú no te quedarás atrapada con un hijo de puta encima. Así que lo empujé y bajé rápidamente a la calle completamente desnuda. Debieras haber visto como me miraban los tíos.
Hablar con Lucky estar con Lucky acostarse con Lucky era como encontrar la paz en un país pagano era como respirar el aire de un país amado cuando estás enfermo y te mueres por respirarlo. Contemplar su sonrisa oír su alegre parloteo ver sus pequeños dedos huesudos volar con la aguja de ganchillo en medio de los ruidos nocturnos de París la ciudad extranjera bastaba para que cualquiera se sintiese mejor y menos solitario.
París era una ciudad extraña una ciudad extranjera una ciudad moribunda y vital. Tenía demasiada vida y demasiada muerte y demasiados fantasmas y soldados muertos detrás de los mostradores de los cafés. Bébase un trago. Oh París es una ciudad mujer con flores en el pelo. Sin duda París era una ciudad maravillosa una ciudad femenina pero también una ciudad de hombres. Diez mil soldados de la infantería norteamericana o soldados franceses de permiso diez mil cien mil. Unos días más muchachos unos días más antes de volver y cada vez que vuelves las posibilidades en contra son mayores que la última vez. Recuerda que hay una ley de probabilidades de modo que vamos queridita juega un poco con las manos cinco francos diez francos dos dólares que bien ¿esa es una voz norteamericana? A por ella. Que diablos una canción en la sala y un trago de coñac barato y vamos por que allá en el este en un sitio que llaman frente del oeste hay un viejecito que lleva un libro y saca probabilidades todo el día y toda la noche. Nunca se equivoca. Flor de lis Flor de lis. Dios salve al Rey. Ven queridito estás solo quieres probar algo nuevo ¿parlé vous francé? Un galón de vino tinto como agua y pan agrio y tal vez oh dios mío encuentre una muchacha norteamericana que hable un idioma cristiano. Jig-jig maldita sea no es eso lo que quiero. Quiero algo bien fuerte porque hay una voz que quiero ahogar. Es una voz que no emite sonido alguno pero no puedo lograr alejarme de ella.
En alguna parte la están fabricando. En alguna parte profunda en el corazón de Alemania están preparando la granada. Una muchacha alemana la lustra y la limpia y le coloca la carga en este mismo momento. Brilla a la luz de la fábrica y tiene un número y es mi número. Tengo una cita con la granada. Pronto nos encontraremos.
Los camiones rugiendo por la calle recogiendo a los tíos a los rezagados diciendo vamos amigo ha llegado la hora vamos a la estación subamos al viejo vagón. Porque vuelves. Vuelves junto al viejecito que saca las cuentas todo el día y toda la noche y nunca se equivoca. Vivan las estrellas

y las barras que vivan para siempre ta-da da-deum da-de-a. Pruébalo muchacho es bueno algunos dicen que tiene droga pero no les creas una palabra. Algunos dicen que te deja estéril. Lo llaman ajenjo déjale reposar en el vaso es estupendo. Parlé vous parlé vous sí señor no señor ¿te sientes solo queridito dónde está esa voz americana? dios quisiera encontrarla. Dónde esta Jack dónde está Bill donde está John se marcharon se marcharon todos. Se marcharon al oeste. Diez mil dólares para la familia diez mil dólares Cristo. Conozco una casa en la Rué Blondel. Blancas y negras de todas las naciones. ¿Americanas? Por supuesto lo que usted quiera oh dios no es eso lo que quiero lo que quiero está muy lejos pero voy a aceptarle lo que tenga. *It's a tong way to Tipperary*. Apaguen las luces.

Más cerca más cerca. En este mismo instante un pesado camión alemán cubierto de lona avanza en dirección a Francia. Lleva granadas y entre las granadas hay una que tiene mi número. Avanza hacia el oeste a través del valle del Rhin siempre deseé verlo. A través de la Selva Negra siempre quise verla. A través de la honda honda noche la granada viene hacia Francia a encontrarse conmigo. Se acerca cada vez más nada puede detenerla ni siquiera la mano de Dios porque tengo un tiempo establecido y ella tiene un tiempo establecido y nos encontraremos cuando llegue el momento.

América confía en que cada hombre cumpla con su deber Francia confía en que cada hombre cumpla con su deber Inglaterra confía en que cada hombre cumpla con su deber. Cada dotighboy [8] cada tommy [9] cada poilu [10] y ¿cómo diablos llaman a los italianos? de todos modos de ellos también se espera que cumplan con su deber. Allí vamos Lafayette y en los campos de Flandes vuelan las amapolas de hilera en hilera cuenten las hileras para el viejecito del libro el viejecito que hace las cuentas todo el día y toda la noche y nunca se equivoca. Oui oui parlé vous jig-jig? Desde luego jig-jig qué diablos cinco francos diez francos ¿quién dice dos dólares dos sólidos viejos dólares norteamericanos y una copa de whisky y de maíz? Dios mío este coñac. Siempre creí que era extraordinario he oído hablar tanto de él. Es espantoso quiero whisky de maíz y ¿qué piensan los prohibicionistas? Cuatro millones de nosotros so han marchado cuatro millones de votos supongo que nosotros no contamos nos van a arruinar. Vamos salgamos a buscar el whisky de maíz el viejo whisky norteamericano. Querida mi amor dulce cansado solitario quiero quiero una amiga coja una mesa una silla una cama pero no tardes hay muchos esperando París está lleno así que de prisa.

Oculta debajo de una suave y ondulante colina que se parece a un pecho de mujer en la sólida carne de la tierra escondida bajo la colina en algún desconocido depósito de municiones está mi granada. Está lista. Apresúrate muchacho apresúrate soldado norteamericano no debes llegar tarde acaba con lo que estés haciendo no te queda mucho tiempo.

Cante una melodía popular jig-jig una melodía popular mam'selle cante un hot esta noche en la vieja ciudad. Cante un Juana de Arco y un flor de lis de mademoiselle de Armentieres. Cante un Lafayette parlé vous francé. Póngase en pie y salte muy ligero haga remolinos en el aire rompa las sillas rompa las ventanas eche la casa abajo mierda muévase muchacho muévase muchacha póngase coñac en las articulaciones y apague las luces y toque el tambor y abandone las trincheras en Navidad y vea París de noche y mueva las manos por cinco dólares y oui oui parlé vous hunky-dory whisky en el estómago y un viejecito con un libro que saca cuentas todo el día y toda la noche y calcula más rápidamente y más y más rápidamente y más empecinadamente y más fuerte y más rápido más rápido más rápido.

Vendrá con un zumbido y un estruendo. Vendrá silbando y riendo y chirriando y gimiendo. Vendrá tan velozmente que no podrás hacer nada y extenderás los brazos para abrazarla. La sentirás antes de que llegue y te pondrás tenso para la aceptación y la tierra que es tu lecho eterno temblará en el momento de la unión.

Silencio.

¿Qué es esto qué es esto oh dios mío? ¿Acaso es posible que un hombre caiga tan bajo? ¿Es posible que un hombre sea menos que esto?

Cansancio y jadeo agotamiento convulsivo. Toda la vida muerta toda la vida convirtiéndose en nada en menos que nada apenas el germen de nada. Una especie de enfermedad que surge de la

vergüenza. Una debilidad que se parece a la agonía. Debilidad y desfallecimiento y una plegaria. Dios permíteme descansar llévame ocúltame déjame morir oh dios qué cansancio ya estoy muerto desaparecido y desapareciendo oh dios ocúltame y dame paz.

XV

Siguió haciendo señales con la cabeza.

Ahora por otro motivo aparte del simple deseo de hablar que le había impulsado en un principio. Seguía haciendo señales porque no se atrevía a pensar. No tenía el valor de formularse siquiera un interrogante tan simple como ¿cuánto tiempo pasará antes de que la enfermera comprenda mi intención? Porque sabía que podían pasar meses años el resto de su vida. Seguir golpeando con la cabeza el resto de su vida cuando el más leve susurro —una palabra con las sílabas apenas insinuadas entre dos labios— era todo cuanto necesitaba para decir qué quería.

Por momentos pensaba que estaba total y deliberadamente loco aunque desde fuera debía dar la misma impresión de siempre. Nadie podía sospechar que debajo de la máscara y la mucosidad imperaba el más puro cruel y desesperado desvarío. Ahora comprendía la locura ahora sabía todo sobre ella. Comprendió el irresistible impulso de matar sin tener motivos para hacerlo el deseo de destrozar cráneos vivientes hasta convertirlos en pulpa la pasión de estrangular el anhelo de asesinar que era más hermoso más gratificante e imperativo que cualquier otro anhelo conocido hasta entonces. Pero no podía hacerlo no podía matar sólo podía hacer señales con la cabeza.

Dentro de su cráneo había un hombre normal con brazos y piernas y todo lo demás. Era él Joe Bonham atrapado en la oscuridad de su propio cráneo precipitándose frenéticamente de un oído al otro sobre cualquier agujero cualquier apertura de su cráneo. Al igual que un animal salvaje, intentaba abrirse camino a zarpazos hacia el mundo exterior. Estaba atrapado en su propio cerebro confundido en los tejidos y la masa encefálica pateando y excavando y aullando para salir. Y la única persona en el mundo que podía ayudarle no tenía la menor idea de lo que él estaba haciendo.

Llegó a pensar esta enfermera me tiene prisionero. Me tiene prisionero con más severidad que cualquier carcelero que cualquier cadena que cualquier muro de piedra que pudieran construir a mí alrededor. Empezó a pensar en todos los prisioneros sobre los que había oído o leído acerca de todos los pobres diablos desde el comienzo de las cosas que fueron atrapados y aprisionados y murieron sin recuperar nunca la libertad. Pensó en los esclavos en los pobres diablos como él capturados en la guerra que se habían pasado el resto de su vida encadenados como animales a los remos que impulsaban el barco de algún personaje del mar Mediterráneo. Pensó en ellos allá en las profundidades del barco sin saber nunca adonde se dirigían sin poder respirar el aire de fuera sin sentir nada a excepción del remo en sus manos y los grillos en sus piernas y el látigo que les azotaba la espalda cuando se cansaban. Pensó en todos aquellos pastores y granjeros y empleados y pequeños comerciantes que habían sido arrancados bruscamente de su forma de vida que habían sido arrojados a los barcos y allí se habían quedado lejos de su casa y su familia hasta que finalmente se desmoronaban sobre los remos y morían y eran lanzados al mar para sentir por primera vez el aire fresco y el agua limpia. Pensó en ellos y pensó que eran más afortunados que él porque podían moverse podían verse estaban más próximos a la vida que él y no estaban encarcelados con tanto rigor.

Pensó en los esclavos en los subterráneos de Cartago antes de que llegaran los romanos y destruyesen la ciudad. Recordó que hacía mucho tiempo había leído sobre los esclavos cartagineses sobre lo que hacían y qué trato recibían. Cómo los grandes señores cartaginenses necesitaban de alguien que custodiara sus tesoros y encontraban a un joven vigoroso le arrancaban los ojos con filosas varillas para que no pudiera ver dónde le llevaban y no supiera dónde se hallaban sus caudales. Después conducían al pobre joven ciego hacia los túneles bajo el nivel de la calle hasta la puerta de la casa del tesoro. Allí le encadenaban un brazo y una pierna a la puerta y un brazo y una pierna a la pared de modo que el que quisiese entrar debía romper el precinto y el precinto era el cuerpo vivo y palpitante de un hombre. Pensó en los esclavos cartaginenses en los sótanos oscuros ciegos y encadenados y pensó que eran afortunados. Morían muy pronto porque nadie se ocupaba de ellos nadie se preocupaba de asegurar que ese soplo de vida permaneciese en sus cuerpos el mayor tiempo posible. Agonizaban pero morían en seguida y hasta en su agonía podían apoyarse en dos piernas podían tirar de sus cadenas. Podían oír y cuando alguien hablaba algún noble que descendía hasta la casa del tesoro podían oír el sonido

bendito de una voz humana.
Pensó en los esclavos que edificaron las pirámides miles decenas de miles gastando la vida entera para erigir un monumento muerto para un rey muerto. Pensó en los esclavos que luchaban entre ellos en el Coliseo de Roma para entretener a los señores sentados en sus palcos que alzaban o bajaban el pulgar para sellar la vida o la muerte de los esclavos. Pensó en los esclavos que desobedecían orejas cercenadas manos mutiladas con hachas lenguas aullantes contraídas en gritos de súplica mientras eran arrancadas de raíz para que no traicionaran secreto alguno. Infelices en todo el mundo fusilados ahogados apuñalados crucificados hervidos en aceite azotados hasta morir quemados en la hoguera todas estas cosas configuraban el destino de los esclavos el destino de los pobres diablos el destino de hombres como él. Pero los esclavos podían morir y él no podía y estaba mucho más mutilado que cualquier esclavo que hubiera existido nunca. Sin embargo era uno de ellos era parte de ellos. El también era un esclavo. A él también le habían arrancado de su casa. También a él le habían puesto al servicio de otro sin su consentimiento. También a él le habían obligado a luchar contra otros esclavos iguales a él en un sitio extraño. También a él le habían mutilado y marcado para siempre. También él era por último un prisionero en la celda más estrecha de todas las celdas la de su propio cuerpo atroz que sólo aguardaba el alivio de la muerte.
Ayúdanos dios pensó ayúdanos a todos los esclavos. Centenares y millares de años hemos estado haciendo señales llamando desde las profundidades de nuestras cárceles. Todos nosotros los infelices todos los esclavos desde el comienzo de los tiempos haciendo señales llamando llamando…
Un hombre había entrado en la habitación. Un hombre de pasos pesados. El hombre se acercó a la cama y levantó las mantas y empezó a tocarle el cuerpo. Era el médico. Podía imaginar a la enfermera diciéndole al médico esa cosa allá en esa habitación esa cosa está siempre golpeando con la cabeza. Me pone nerviosa creo que necesita algo. Venga a ver venga y trate de apaciguarle. Así que el doctor había venido y ahora le tocaba. Cuando terminó el toqueteo el médico le quitó el tubo de la garganta y él sintió un pequeño espasmo de estremecimiento. Siempre le sucedía cuando le quitaban el tubo para limpiarlo. El médico volvió a colocar el tubo en el agujero y se quedó quieto sin hacer nada.
Mientras tanto él seguía haciendo señales con la cabeza y ahora que el doctor se había quedado quieto lo hacía con mucha más fuerza. Era posible que el médico comprendiera cuál era su intención. Sintió la vibración de los pasos del médico que se dirigían hacia la cómoda y luego volvían. Sintió algo húmedo y frío contra el muñón de su brazo izquierdo. Luego sintió un pequeño pinchazo un dolor agudo como el de una aguja y se dio cuenta de que el médico le inyectaba algo en el brazo.
Antes de empezar a sentir sus efectos adivinó que se trataba de alguna droga. Trataban de acallarle. Lo habían intentado desde el principio sabiendo perfectamente lo que él estaba haciendo. Nadie con una pizca de cerebro podía imaginarlo. Y también sabia qué le estaban haciendo. Conspiraban contra él ahí fuera en la oscuridad. Habían intentado lo posible para obligarle a estar quieto pero él les había derrotado. Había seguido llamando. De modo que ahora le anestesiaban. Le obligaban a callar. No querían escucharle. Lo único que querían era olvidarle. Sacudió frenéticamente la cabeza para tratar de decirles que no quería que le doparan. Entonces retiraron la aguja y comprendió que ya no importaba si él quería o no.
Decidió seguir con su cabeceo a pesar de ellos para fortalecer su voluntad hasta el punto de que aun cuando la droga le venciera aun cuando cayera completamente dormido los efectos de su fuerza de voluntad pudieran trasladarse a su sueño y le permitieran seguir cabeceando de la misma forma que una máquina que sigue funcionando después de que te has marchado.
Pero la bruma se alojó en su cerebro una parálisis se apoderó de su carne y le pareció que cada vez que alzaba la cabeza de la almohada debía levantar un enorme peso. El peso se hizo cada vez más intenso el cabeceo más lento su carne se convirtió en la carne de un muerto su mente pareció encogerse y marchitarse a medida que le vencía el sueño. Su último pensamiento fue ganaron otra vez pero no podrán ganar siempre no podrán ganar siempre oh no no para siempre…

XVI

Las cosas empezaron a cambiar lentamente a consumirse en amplios círculos brumosos para disolverse unas en otras. Le parecía relajarse en cada músculo de su cuerpo relajarse en su cerebro. La cama era más blanda que nunca. La almohada bajo su nuca era como una almohada de nube. Las mantas encima de su vientre y de su pecho eran mantas de seda de suave telaraña de tenue aire tibio. No había nada debajo de él ni encima de él ni a su derecha ni a su izquierda. La piel se había vuelto lacia y perezosa y hasta su sangre parecía detenida y no impulsada por su corazón sino cálida y líquida e inmóvil en sus venas.

Y no obstante en medio de esta magnífica quietud había movimiento. Esa cosa perfectamente laxa que era él su cuerpo y su mente se desplazaba lentamente a través de un mundo sin aire. Sólo que no era el mundo. Era meramente un espacio fulgurante en el que se movía ora rápida ora lentamente no sabía porque no había aire que se agitara a su paso. Era esa suerte de movimiento que debe hacer una estrella. Una estrella carente de atmósfera o vida al completar su órbita constante a través de la nada.

Y había colores por todas partes. No colores bruscos o violentos sino esos matices que asume el cielo al amanecer y los rosados y los azules y alhucemas del interior de una caracola que de pronto crecía hasta abarcar el cielo y todo cuanto éste contenía. Los colores flotaban hacia él flotaban dentro de él se disolvían en las partículas de su cuerpo y después se marchaban para dar paso a nuevos colores cada vez más y más maravillosos tan hermosos y grandes. Había colores fríos colores que olían a perfume dulce colores que componían una débil y desvaneciente melodía. Podía escuchar la música en todas partes y sin embargo no era estridente. Era una especie de música tan tenue que apenas emitía un sonido. Era simplemente una parte del espacio un sonido que era lo mismo que el espacio y el color un sonido que no era nada y al mismo tiempo era más real que la carne la sangre y el acero. La música era tan suave tan tintineante que parecía formar parte de él tanto como las pequeñas fibras de su cuerpo. La música era como un fantasma blanco a la luz del día. El y el espacio y los colores y la música eran la misma cosa. Su cuerpo a la deriva se había confundido con ellos como el humo en el cielo y ahora tanto él como ellos eran una parte del tiempo.

Luego cesó la melodía y sobrevino el silencio. No era el simple silencio que llega a veces cuando estás en el mundo el silencio que es sólo ausencia de ruido. No era siquiera el silencio de los sordos. Se parecía al silencio que se oye cuando te llevas una caracola al oído el silencio del tiempo mismo que es tan grandioso que hace ruido. Era un silencio que parecía un trueno en la distancia. Era silencio tan denso que ya no era silencio. Cambiaba de una cosa a un pensamiento y por fin sólo era miedo.

Se quedó suspendido en el silencio aguardando que ocurriera algo. No sabía qué pero sabía que algo ocurriría. Era como si ya hubiese vislumbrado la bocanada de humo de una carga de dinamita y ahora estuviese esperando el estruendo. Su caída rompió el silencio. La presión del aire a través del cual caía le devolvió a la fuerza la respiración a los pulmones. Caía un millón de veces más velozmente que un meteorito más veloz más veloz que la luz que atraviesa diez mil años y diez mil mundos y las cosas se volvían más sonoras más ligeras y más terribles. Grandes globos redondos más voluminosos que el sol más grandes que toda la vía láctea se aproximaban a él con tanta rapidez que parecían los naipes arrojados de una baraja. Llegaban y le golpeaban en pleno rostro y estallaban como pompas de jabón para dar paso al siguiente y al siguiente. Su cerebro trabajaba con tanta rapidez que tenía tiempo de retroceder ante cada uno y cuando estallaba prepararse para el siguiente impacto.

Empezó a girar con más velocidad que la hélice de un avión y ese girar producía ruidos en su cabeza. Oía voces todas las voces del mundo voces que tenían brazos y piernas voces que se extendían para atraparle y voces que pateaban a su paso. Las cosas pasaban tan rápidamente ante sus ojos que sólo podía ver la luz. Cuando vio la luz supo que nada era real porque las cosas reales hacen sombras e interceptan la luz.

Y después todo el sonido pareció concentrarse en una voz que llenaba el mundo entero. Prestó

atención a la voz porque ella le había detenido en su caída. Se había convertido en todo el mundo y el universo y la nada que les circundaba. Era la voz de una mujer que lloraba y que él había oído antes.
¿Dónde está mi hijo dónde está mi hijo? Es menor de edad ¿no lo ve usted? Hace una semana llegó de Tucson. Le tuvieron preso por vagabundo y yo he recorrido todo el camino hasta aquí para recuperarle. Le permiten salir de la cárcel si se une al ejército. Sólo tiene dieciséis años pero es grande y fuerte para su edad. Siempre fue así. Es demasiado joven. Es una criatura. ¿Dónde está mi niño? Acaba de llegar de Tucson y he venido para i llevarle a casa.
La voz se desvaneció pero ahora él sabía de qué se trataba. Ese niño era Cristo. No cabía duda alguna. El muchacho era Cristo y venía de Tucson y ahora su madre le buscaba y lloraba por él. Podía ver a Cristo que venía de Tucson temblando por las ondas del calor del desierto con túnicas flotantes que surgían de él como en un espejismo. Cristo venía a la estación de ferrocarril y se sentaba junto a ellos.
Le pareció que debía haber un pequeño cuarto cerca de la estación y que allí jugaban a las cartas hasta que el tren se pusiera en marcha. No conocía a los otros y ellos no le conocían a él pero eso no parecía importante. Fuera aullaban las multitudes y tocaban las bandas y él con cuatro o cinco muchachos en un pequeño compartimiento tranquilo jugaba a las cartas cuando Cristo llegó de Tucson y se les acercó. El tío pelirrojo levantó la mirada y preguntó ¿juegas a las cartas? y Cristo respondió por supuesto y el tío que parecía un sueco dijo acerca una silla. La mesa apuesta exclamó el pelirrojo y recuerda antes de la primera carta debes apostar. Cristo dijo bueno metió la mano en el bolsillo sacó una moneda de un cuarto de dólar y la puso sobre la mesa.
El pelirrojo empezó a repartir las cartas y todos las miraron salvo el sueco que gruñía y exclamaba ¡Cristo! qué bien nos vendrían unas bebidas. Cristo le sonrió y dijo ¿por qué no bebes si tienes tantas ganas? El tío que parecía sueco miró a Cristo y después a la mesa y realmente había un vaso de whisky junto a su mano derecha. Entonces todos miraron su mano derecha y había un vaso de whisky junto a cada uno. Todos miraron a Cristo y el pelirrojo dijo ¿cómo diablos lo has hecho? Cristo se limitó a sonreír y dijo puedo hacer cualquier cosa pero no me exijáis demasiado. El que repartía las cartas le tiró una y Cristo la miró como si fuese una mala noticia. Luego empujó el dinero hacia el que repartía. Nunca pude hacer un doce dijo con voz compungida. No entiendo por qué un doce debe ser más difícil que un trece ¿verdad? No debería serlo pero lo es dijo el pelirrojo. No hay ningún misterio dijo el tío que parecía sueco es cuestión del azar un doce es como cualquier otro número más alto pero mejor y el que diga otra cosa es un supersticioso. Diablos dijo un muchachito que iba ganando y probaba el whisky esto es lo mejor del mundo probadlo. Tiene que ser bueno dijo Cristo mirando su dinero sobre la mesa porque tiene dieciséis años.
De pronto el pelirrojo bajó las cartas y se puso en pie desperezándose y bostezando. Bueno dijo llaman al tren debo marcharme. Todos debemos marcharnos. Me matarán el veintisiete de junio y debo despedirme de mi mujer y de mi hijo. El niño sólo tiene un año y ocho meses pero es muy listo diablos quisiera verle cuando tenga cinco. Me doy cuenta con claridad que me matarán. Acaba de amanecer y todo es fresco y bello con el sol espléndido y el aire huele bien. Vamos a las trincheras y como soy sargento debo saltar primero. Apenas asomo la cabeza por el borde una bala me golpea como un martillazo. Caigo hacia atrás por encima de la trinchera y trato de decirles a los otros que se marchen sin mí pero no puedo hablar y ellos salen de todas maneras. Me quedo tendido allí mirando sus piernas que pasan velozmente y trepan y desaparecen. Pataleo y me retuerzo un rato como un pollo. Luego me aprieto contra el barro. Esa bala me dio en la garganta así que me acurruco allí en paz y veo cómo brota la sangre. Después estoy muerto. Pero mi mujer no lo sabe de modo que tengo que decirle adiós como si pensara en regresar.
Mierda dijo el muchachito que iba ganando hablas como si fueses el único. Nos matarán a todos para eso estamos aquí. Cristo ya está muerto y ese sueco corpulento va a coger una gripe y morirá en el campamento y tú que estás en el rincón te harán volar tan alto que no vas a dejar ni para recuerdo y yo quedaré sepultado en el derrumbe de una trinchera y luego me asfixiaré ¿no es una muerte horrible?

De pronto se quedaron en silencio escuchando y el pelirrojo dijo ¿qué es eso? En alguna parte en el aire muy arriba sonaba una música. Era música tenue e intensa como un fantasma bajo la luz del sol. Era música pálida blanca tan hermosa tan tenue y sin embargo tan intensa que todos la escuchaban. Era música como una brisa suave lenta que encuentra su camino más allá del aire donde sólo hay espacio. Era música tan lánguida tan trémula tan dulce que todos se estremecieron mientras se ponían de pie y escuchaban. Es la música de la muerte dijo Cristo. La tenue e intensa música de la muerte.

Todos se quedaron en silencio un instante y después el muchachito que iba ganando dijo ¿qué diablos hace éste aquí? Este no va a morir. Y entonces todos le miraron. En ese momento no supo qué decir se sentía como quien llega a una fiesta sin invitación y entonces dijo carraspeando a lo mejor tienes razón pero seré igual a un muerto. Me volarán los brazos y las piernas y me borrarán el rostro de modo que no podré ver ni oír ni hablar ni respirar y viviré aunque esté muerto.

Entonces todos le miraron y por fin el tío que parecía un sueco dijo Jesús está más jodido que nosotros. Hubo otro rato de silencio y todos parecían contemplar al pelirrojo como si fuera el patrón. Diablos dijo el pelirrojo después de mirarle fijamente tiene razón dejadle en paz. Y todos subieron al tren.

En el camino hacia el tren el muchachito que iba ganando le dijo a Cristo ¿Cristo y tú vienes con nosotros? Y Cristo respondió sólo os acompañaré un trecho pero no muy lejos porque tengo que esperar muchos trenes recibir montones de muertos no os imagináis cuántos. De forma que subieron al tren y Cristo dio un pequeño salto y cayó encima de la locomotora. Cuando el tren arrancó todos pensaron que el ruido era el silbato de la locomotora pero no era. Eran los gritos de Cristo encaramado allí arriba. Así avanzaba el tren gritando con Cristo sobre el techo de la locomotora sus ropas flotando detrás y gritando con toda su voz. El tren iba tan rápido que lo único que se podía ver por la ventanilla era una línea entre el cielo y la tierra y nada más.

Muy pronto el tren se encontró en medio de un gran desierto de un amarillo ardiente que temblaba bajo el sol. Más lejos había una nube una neblina que flotaba entre el cielo y la tierra pero más cerca de la tierra. Y de la neblina venía Cristo de Tucson. Cristo flotaba sobre el desierto arrastrando unas túnicas púrpuras mientras las ondas de calor nadaban en torno suyo.

Al mirar a Cristo allí arriba sobre el desierto no pudo soportar más el tren. Hombres muertos iban en ese tren. Hombres muertos u hombres vivos y él no era ni una ni otra cosa así que nada tenía que hacer allí. No tenía nada que hacer en ninguna parte no había lugar para él había sido olvidado y abandonado y estaba solo para siempre. Entonces saltó por la ventanilla y empezó a correr hacia Cristo.

El tren de pesadilla seguía avanzando bajo la luz del sol su silbato ululando y los muertos dentro reían. Pero él estaba solo en el desierto corriendo corriendo hasta que sus pulmones dejaron oír un chirrido mientras corría en dirección a Cristo que flotaba en el calor con sus túnicas púrpuras. Corrió y corrió y corrió y por fin llegó hasta Cristo. Se arrojó sobre la arena ardiente a los pies de Cristo y empezó a llorar.

XVII

Despertó como quien despierta de una borrachera con el cerebro confundido y brumoso nadando lenta y dolorosamente hacia la realidad. Despertó golpeando la cabeza sobre la almohada. Ese cabeceo ya formaba parte de su despertar de tal modo que el primer fulgor de conciencia le sorprendía ya cabeceando y más tarde cuando le venció el agotamiento y su mente comenzó a nublarse y el sueño trepó por su cuerpo seguía cabeceando. Yacía sin pensar en nada. Le dolía y palpitaba el cerebro y su cabeza golpeaba contra la almohada. SOS. Socorro.

Luego cuando su mente se aguzó y comenzó a pensar en lugar de sentir solamente detuvo el cabeceo y se quedó quieto. Algo muy importante había ocurrido. Tenía una nueva enfermera de día.

Lo adivinó apenas se abrió la puerta y ella empezó a recorrer la habitación. Sus pasos eran ligeros mientras que los de la enfermera habitual la vieja eficiente rápida enfermera de día eran pesados. La nueva enfermera marcó cinco pasos para llegar junto a su cama. Eso significaba que era más menuda que la otra y seguramente más joven porque la vibración de sus pasos parecía alegre y vivaz. Por lo que podía recordar era la primera vez que la vieja enfermera no aparecía a atenderle.

Se quedó muy quieto y muy tenso. Esto era como conocer un nuevo secreto como abrirse a un nuevo mundo. Sin un momento de vacilación la nueva enfermera le quitó las mantas. Y después como casi todas las otras que le habían precedido se quedó un instante inmóvil junto a su cama. Supo que le estaba mirando. Imaginó que seguramente ya le habían advertido. Sin embargo el espectáculo era posiblemente mucho peor que cualquier descripción de modo que en el primer momento no pudo hacer otra cosa que mirarle. Pero después en lugar de volver a cubrirle apresuradamente con las mantas como hacían algunas o salir huyendo de la habitación o quedarse de pie sollozando y humedeciendo su pecho con las lágrimas le puso la mano en la frente. Nadie había hecho eso de esa forma. Quizá nadie había podido hacerlo. Era como posar la mano cerca de un cáncer abierto algo tan terrible y enfermante que nadie podía soportar la idea y mucho menos el acto. Sin embargo esta nueva enfermera de pasos livianos y felices no tenía miedo.

Colocó su mano sobre la frente y él sintió que su mano era joven y pequeña y húmeda. Puso la mano en la frente y él intentó frotársela con su piel para demostrarle cuánto apreciaba la forma en que había procedido. Era como descansar después de un largo trabajo. Casi como dormir era encantador y maravilloso tener esa mano sobre la frente.

Luego empezó a pensar en las posibilidades de esta nueva enfermera. Por algún motivo la anterior se había marchado. La anterior nunca había comprendido cuál era su intención nunca había comprendido que con el resto de sus fuerzas intentaba hablarle. No prestaba la menor atención a sus señales salvo para tratar de silenciarlas. Pero se había marchado y en su lugar tenía una enfermera nueva una joven enfermera audaz y dulce. Nadie podría saber cuánto tiempo la tendría. Podía marcharse de la habitación y no volver más. Pero por el momento la tenía y sabía que de alguna forma ella había percibido lo que él sentía porque de lo contrarío no le hubiese puesto tan rápidamente la mano en la frente. Si él pudiera cabecear con mucha fuerza clara y firmemente quizá ella entendería aquello que nadie había considerado importante tener en cuenta. Podría entender que él hablaba. La vieja enfermera podría volver y entonces él no volvería oír los pasos de la nueva. Si se marchaba con ella se desvanecería su última oportunidad. Seguiría el resto de su vida cabeceando cabeceando cabeceando y nadie comprendería que estaba intentado producir un milagro. La nueva enfermera era su tregua su pequeñísima oportunidad en todas las horas y semanas y años de su vida.

Endureció los músculos de su cuello y se preparó una vez más para empezar a golpear la cabeza contra la almohada. Pero sucedió otra cosa extraña que le detuvo. Ella le abrió la camisa de modo que su torso quedó al descubierto. Movía la punta de su dedo contra la piel del pecho. Por un momento él se sintió intrigado incapaz, de comprender qué intentaba hacer. Después concentrando todo su pensamiento en la piel de su pecho comenzó a comprender que su dedo no se desplazaba al azar. Hacía un dibujo sobre su piel. El mismo dibujo una y otra vez. Sabía que

había algún propósito en esa repetición y se puso tenso y alerta para descubrirlo. Como un perro ansioso que se esfuerza por ser bueno y comprender las órdenes de su amo se quedó rígido y concentrado en el dibujo que trazaba la enfermera.
Lo primero que advirtió en el dibujo era que no tenía curvas. Sólo líneas rectas y ángulos. Empezaba con una línea recta ascendiente y después bajaba en un ángulo y volvía a subir en otro ángulo y bajaba en línea recta y se detenía. Repitió el dibujo una y otra vez ora lenta ora rápidamente y otra vez lentamente. A veces hacía una pausa al terminar el dibujo y por la extraña comprensión que habla surgido entre ellos supo que sus pausas eran signos de interrogación. Que ella le miraba y le preguntaba si comprendía y esperaba su respuesta.
Cada vez que hacía una pausa él meneaba la cabeza y luego ella repetía el dibujo una vez más y de pronto en medio de esa paciente repetición la barrera que les separaba se rompió súbitamente. Con un impulso instantáneo de aprehensión entendió el movimiento de su mano. Estaba trazando la letra M sobre la piel de su pecho. El asintió rápidamente para comunicarle que entendía y ella le palmeó la frente alentadoramente como diciéndole qué notable qué bien cómo se esfuerza y cuán rápidamente aprende. Luego empezó a dibujar otras letras.
Las otras resultaron más fáciles porque él entendía cuál era su propósito. Tensaba la piel del pecho para poder percibir con mayo nitidez la impresión del dedo. El captaba tan velozmente que algunas de las letras sólo tenía que trazarlas una vez. Ella trazó la letra E y él asintió y la letra R y volvió a asentir con la cabeza y nuevamente la R y después la letra Y y asintió y entonces hubo una larga pausa. El resto de las letras se agolparon en su mente como un torrente. La C y la H y la R y la I y la S y la T y la M y la A y la S y todo eso decía *merry christmas.*
Feliz navidad feliz navidad feliz navidad.
Ahora comprendía. La vieja enfermera se había marchado a pasar las navidades lejos de él y esta nueva enfermera esta joven hermosa encantadora comprensiva enfermera le deseaba feliz navidad. Cabeceó frenéticamente y ese movimiento significaba feliz navidad para usted feliz navidad oh feliz navidad.
Con una especie de histérica felicidad pensó cuatro años tal vez cinco no sé cuántos años pero he estado solo todo ese tiempo. Todo mi trabajo está perdido mi forma de registrar el tiempo olvidada pero no importa porque ya no estoy solo. Los años y años y años que había pasado solo y ahora por primera vez alguien llegaba a él le hablaba le decía feliz navidad. Era como una enceguecedora luz blanca en medio de la oscuridad. Como un gigantesco magnifico sonido en medio del silencio. Como una gran carcajada en medio de la muerte. Era navidad y alguien se había abierto paso hasta él y le deseaba feliz navidad.
Oyó el sonido de las campanillas en los trineos y el crepitar de la nieve y vio velas en las ventanas brillando cálidas y amarillas sobre la nieve y había guirnaldas de acebo con bayas rojas anidando en ellas como carbones encendidos y en lo alto había un cielo claro con nítidas estrellitas azules y blancas y un sentimiento de paz y alegría y alivio por que era navidad. Le habían hecho volver al mundo.
Feliz navidad feliz navidad feliz navidad.
En toda la casa vísperas de navidad todas las criaturas en silencio ni siquiera el bullicio de un ratón. Los calcetines penden con cautela junto al hogar esperando la pronta llegada de San Nicolás…
Todas las vísperas de navidad desde que él recordaba su madre leía un poema. Aun cuando ya era demasiado grande como para creer en Santa Claus cuando ya era un hombre de dieciséis o diecisiete años su madre seguía leyendo el poema. Al principio cuando estaban todos juntos era maravilloso escucharla. Se reunían en la sala de la casa en Shale City las vísperas de navidad antes de dormir para escuchar a su madre recitar el poema. Su padre trabajaba hasta muy tarde en la tienda atendiendo los últimos pedidos navideños pero a las diez de la noche el almacén cerraba y su padre volvía a casa. Afuera nevaba y hacía frío pero la sala estaba siempre tibia y de la base de la panzuda estufa de carbón se desprendía un cálido resplandor polvoriento y anaranjado.
Elizabeth era muy pequeña y dormía en su cama pero Catherine estaba allí y su padre y su madre y él. Catherine llevaba camisón y sus ropas se apilaban junto a la estufa para que estuvieran

tibias para la mañana siguiente cuando se vistiera. No tenían hogar de modo que usaban una silla a modo de repisa. Sobre la silla colgaban sus calcetines el de su padre el de su madre el de Catherine el suyo y el minúsculo escarpín de Elizabeth. Su padre se reclinaba en el sillón Morris y Catherine se recostaba contra sus piernas. Su madre ocupaba el otro sillón con el libro abierto. No era fácil imaginar por qué su madre leía el poema dado que todos lo conocían de memoria. Pero quizá era una costumbre. El se acurrucaba en el suelo con las manos alrededor de las piernas y contemplaba la puerta de la estufa donde las llamas saltaban detrás de las ventanas de mica.
La luna en el seno de la nieve reciente daba un esplendor meridiano a los terrenales entes cuando ante mis ojos errantes no eran más que un menudo trineo y ocho minúsculos renos…
Ninguno de ellos olvidó jamás el poema. Podían recitarlo íntegro en cualquier momento del año porque era el poema de navidad. Al oírlo parecía que un delicioso aire de misterio se filtrara en la sala. Cada miembro de la familia tenía un pequeño escondite para los regalos en algún sitio de la casa donde los otros no los pudieran ver. Era muy deshonesto andar espiando el día antes de navidad de modo que nadie lo hacía pero no había nada de malo en especular acerca de dónde podían estar.
El rostro de su madre mientras leía parecía asumir un cálido resplandor de felicidad. Estaba allí en su casa rodeada por su familia y todos estaban vivos y era navidad y ella leía el poema que había leído siempre. Era tan cálido tan seguro tan reconfortante estar en casa en navidad en una bonita sala con una buena estufa sentir de algún modo que aquí había un oasis en el desierto un sitio seguro para siempre un sitio único nunca dañado nunca invadido. Y ahora… qué haría su madre esta noche… su padre muerto y él lejano y nuevamente era víspera de navidad. Se preguntó si en algún lugar del mundo su madre estaría leyendo el poema en este momento. Casi podía oír su voz temblar excitada cuando se acercaba a su culminación.
Ahora enérgico ahora danzarín ahora altivo y sereno -en cometa en Cupido con apremio tempestuoso- de lo alto del soportal a lo alto de la pared ahora salpica salpica lo salpica todo…
Los ojos pardos de Catherine miraban fijamente desde su refugio junto a los pies de su padre miraban sobriamente aunque centelleaban con pequeños fulgores de emoción. Los ojos de su padre se velaban como si se hubiesen replegado un poco e imaginaran la escena desde su adultez. Había vivacidad en el rostro de su madre y su voz era triunfante cuando llegaba la parte en que Santa Claus se deslizaba por la chimenea y sacudía la cabeza y se ponía a trabajar con su pequeña barriga trémula de risa. Y después la parte en que se llevaba un dedo al costado de la nariz hacía un movimiento con la cabeza y la chimenea subía. Después el tejado desde donde se podía escuchar a los renos que raspaban con sus patitas ansiosos por levantar vuelo hacia la próxima casa.
Saltó en su trineo a su equipo un silbido dio y lejos todos volaron cual semillas de amargón. Pero le oí exclamar antes de partir Feliz Navidad a todos y a todos buenas noches…
Mientras la voz de su madre se apagaba todos se quedaban un momento en silencio. Nadie decía una palabra porque todavía faltaba algo. Su madre hacía a un lado el libro de poemas y buscaba otro libro. Tenía una marca en la biblia y allí la abría y volvía a leer. Leía la historia del pequeño cristo del niño Jesús y de cómo había nacido en un pesebre y cómo la estrella brillaba sobre Belén y cómo los reyes magos llegaron hasta él y todos los ángeles del cielo esa noche se acercaron a la tierra para cantar a la paz y al niño Jesús y a la buena voluntad entre los hombres.
Podía escuchar su voz leyendo suave y reverentemente. Las palabras brotaban como una música de sus labios. Era extraño que él nunca hubiese leído la historia bíblica de la navidad. Sólo la había escuchado cuando la leía su madre. No podía recordar las palabras pero aún podía rememorar las imágenes que acudían a su mente mientras su madre leía. Conocía la historia de memoria.
Todo el mundo iba a Belén porque era la época de pagar impuestos y tenían que presentarse ante la corte y registrarse y pagar. La afluencia había sido constante durante todo el día y ahora de noche el pueblo estaba lleno de gente. Entre los que venían había un hombre de nombre José carpintero en el pueblo de Nazareth.

José había tenido que terminar con diversos quehaceres domésticos antes de marcharse y María su mujer estaba encinta y no pudo ayudarle así que llegaron tarde. Cuando alcanzaron los alrededores de Belén ya había oscurecido. José conducía el burro por las riendas y la pobre muchacha María de ojos remotos cabalgaba deseando llegar pronto porque ya sentía los dolores y sabía que no faltaba mucho tiempo. Era su primer hijo y ella no sabía qué hacer cuando se acercara el momento.
Apenas llegaron al pueblo José empezó a recorrer los hospedajes baratos. No era muy hábil para ganar dinero y apenas tenían lo suficiente para pagar sus impuestos y una noche de albergue. Iban de hostal en hostal mientras María se asustaba cada vez más a medida que se intensificaban sus dolores pero todos los hostales estaban llenos porque hasta en aquel entonces había mucha gente pobre y todos habían alquilado antes que José los alojamientos baratos. Por último contaron su dinero y José resolvió intentar en un hotel. Podían obtener una habitación interior y quizá él podría realizar algún trabajito en la casa por la mañana si el dinero no alcanzaba.
Pero el hotel también estaba repleto.
Entonces José habló muy seriamente con el gerente del hotel. Vea le dijo vengo desde muy lejos y tengo a mi mujer conmigo que va a tener un niño. Mírela ahí sobre el burro. Es muy joven y está asustada. Para empezar no tendría que haber venido pero no podía dejarla sola y no pude arreglarlo para que alguien se quedase con ella por la noche porque están todos aquí pagando sus impuestos. Tengo que encontrar un sitio para que ella duerma. Eso es todo.
El gerente del hotel se asomó a la oscuridad y vio el rostro blanco e inquieto de María. Es bonita pensó y también está asustada como dice su marido. Pero qué embrollo si llega a tener ese niño la gente sin medios no debería tener hijos pero ¿qué le vamos a hacer? Está bien le dijo a José. Creo que puedo encontrar un sitio para usted. ¿Ve ese pasaje allí? Sígalo todo recto y llegará al granero. En el fondo hay un pesebre. Haré que uno de los muchachos ponga un poco de heno y le resultará cómodo. No tengo inconveniente en decirle que espero que no tenga el niño aquí esta noche porque si grita inquietará a mis huéspedes toda gente de categoría incluso tres senadores romanos. Pero vaya usted.
José agradeció y fue a buscar a María. ¡Ah! casi me olvidaba gritó el hotelero no encienda fuego porque mi seguro lo prohíbe y no quiero que me lo cancelen. José gritó que no se preocupara que sería muy cuidadoso y el hotelero volvió al calor del fuego y se quedó un rato pensando es una vergüenza que a la gente se le ocurra parir en cualquier parte hace frío esta noche confío en que ella no haga un escándalo.
En el pesebre José encendió una linterna y preparó un bonito lecho de heno y María se tendió allí y tuvo su pequeño. Era un niño. Le envolvieron en una manta que habían traído especialmente y María que era una joven sana y fuerte abrazaba a su pequeño con fuerza. Sabía que sería un varón le dijo a José. ¿Qué nombre le pondremos? preguntó José. Creo que desearía llamarle Jesús dijo ella. Miró fugazmente al pequeño y luego a José. Sus ojos ya no reflejaban miedo en sus labios había una sonrisa.
Pero José que les contemplaba a ambos no sonreía. María lo advirtió y dijo ¿qué te ocurre José? no pareces feliz es un hermoso niño mira esas manos regordetas ¿por qué no sonríes? Y José respondió una luz rodea la cabeza de nuestro pequeño. Un resplandor suave como la luz de la luna. María asintió como si no le causara la menor sorpresa y dijo pienso que debe haber una luz como ésa alrededor de la cabeza de todos los recién nacidos porque acaban de venir del cielo. Y José dijo con voz desfalleciente como si de pronto hubiera perdido algo también tú tienes una luz alrededor de la cabeza.
En las colinas más allá de Belén un pastor de ovejas intentaba descansar. Las ovejas estaban echadas y la gente que había acudido a Belén de todas partes había provocado una agitación tan grande que con seguridad los lobos se habrían retirado asustados en dirección a las montañas de modo que podría dormir un rato sin peligro. Dormía cuando súbitamente se despertó por una luz que brillaba sobre su rostro. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Por un instante no pudo ver nada porque la luz de la estrella le había cegado. Cuando por fin pudo recuperarse vio una estrella suspendida a baja altura en el cielo de Belén. Una estrella tan cercana que casi se la podía

alcanzar y tocar y tan brillante que iluminaba todo el pueblo. Los muros y los tejados de Belén se recortaban nítidos y claros y blancos y en el cerro en torno suyo pudo ver sus ovejas como terrones de plata sobre la tierra.
Luego oyó ruidos en el camino y miró a la izquierda. Al pie del cerro donde el camino se curvaba hacia Belén vio tres camellos con tres jinetes. Por sus ropas el pastor dedujo que eran forasteros. Los adornos de plata de sus sillas de montar reflejaban la luz de la estrella de Belén. Les observó un instante pensando que parecían muy ricos como para tener que pagar impuestos y entonces oyó la música. El aire se pobló de ángeles que cantaban a la luz de la estrella. Esta noche cantaban en el pueblo de Belén ha nacido un niño que será el salvador del mundo. Es el príncipe de la paz y el hijo de Dios y su nombre es Jesús. Paz en la tierra y buena voluntad entre los hombres. Alegraos todos y cantad con los ángeles porque esta noche ha nacido el salvador. Paz paz paz en la tierra y buena voluntad entre los hombres.
El pastor de ovejas no estaba habituado a que los ángeles cantaran en el cielo justamente en el sitio donde él trabajaba. Por lo tanto supo que se trataba de una especie de milagro y se arrodilló y bajó la cabeza en oración. Durante un largo rato no elevó los ojos aunque temía que todo ese ruido pudiera espantar a sus ovejas y se viera obligado a pasar la noche buscándolas.
Muy lejos en Roma un hombre en un palacio se revolvió en su sueño. Casi despertó y luego volvió a adormecerse preguntándose entre sueños por qué estaba inquieto. En el pesebre de Belén María escuchaba a los ángeles y no parecía sentirse tan feliz como cuando vio a su niño por primera vez. Miraba fijamente a los reyes magos que habían acudido con sus regalos. Abrazaba con fuerza a su pequeño. Sus ojos estaban llenos de dolor y miedo por el niño.

XVIII

Cuando por fin se obligó sus pensamientos a apartar de la navidad la feliz navidad comenzó a cabecear nuevamente. Sólo que esta vez cabeceaba con firmeza con vigor lleno de esperanza y convicción porque se daba cuenta de que esta nueva enfermera esta maravillosa nueva enfermera se esforzaba en pensar tanto como él y en la misma cosa. Sabia claramente como si ella se lo hubiese dicho que estaba resuelta a quebrar el silencio que se interponía entre él como un hombre muerto y él como un hombre vivo. En la medida en que ya había pensado en una forma de hablarle sabía que prestaría atención cuando él intentara responder. Las otras demasiado ocupadas o exhaustas o bien no muy inteligentes no habían sido capaces de comprender su intención. Habían considerado su cabeceo como un tic nervioso como una enfermedad como el capricho de un niño o un síntoma de locura. Todo menos como un significado real todo menos como un grito desde la oscuridad una voz desde la muerte una súplica silenciosa de amistad y de alguien con quien hablar. Pero la nueva enfermera le entendería y le ayudaría.

Cabeceó con mucho cuidado muy lentamente para demostrarle que había un método en lo que hacía. Del mismo modo que ella había repetido el dibujo de la letra M sobre su pecho una y otra vez así comunicaba él ahora su señal de angustia mediante el cabeceo. Pero lenta… tan lentamente. Punto punto punto punto punto punto punto punto. SOS. Socorro. La repitió una y otra vez, De tanto en tanto se detenía al completar la señal. Ese era su signo de interrogación de mismo modo que las pausas habían sido un signo de interrogación para ella. Se detenía e intentaba conceder una expresión expectante a todo aquello que era visible de el su pelo y la mitad de la frente encima de la máscara. Luego al no recibir respuesta recomenzaba. Y mientras seguía cabeceando sabia que ella estaba cerca observando y pensando.

Después de un largo rato de esperar y observar y pensar ella comenzó a hacer cosas. Las hacía muy deliberadamente tan deliberadamente que hasta sus movimientos parecían pensativos. Primero deslizó el orinal bajo las mantas colocándolo junto a su cuerpo para que el pudiera reconocerlo. El sacudió la cabeza. Se llevo el orinal y trajo la bacinilla. El sacudió la cabeza. Ella retiró la bacinilla. Ahora no había vacilación en sus movimientos. Parecía tener pensado cada movimiento antes de completar el anterior. Trabajaba con habilidad e inteligencia para eliminar una por una todas las posibles causas de su cabeceo sin pausas intermedias. El comprendió que mientras estaba a su lado observando y pensando había elaborado un plan que ahora ponía en práctica de la manera más directa posible.

Le quitó la manta dejándole sólo con una sábana. El sacudió la cabeza. Volvió a poner la manta v colocó otra encima para abrigarle mas. El sacudió la cabeza. Había detenido el cabeceo esperando atentamente a que ella llevara a cabo su plan. Ella le descubrió totalmente y le modificó la posición del tubo en su garganta. El sacudió la cabeza. Dio una palmada sobre la venda en su costado. El sacudió la cabeza. Sacudió la cabeza y se asombró de conservar la sensatez que exigía hacerlo dado que estaba tan excitado que apenas podía pensar. Ella le levantó la camisa que le cubría y comenzó a trotarle el cuerpo lentamente. El sacudió la cabeza. Volvió a cubrirle y se dirigió hacia la cabecera de la cama. Le frotó la frente apaciguadoramente. El sacudió la cabeza. Le alisó el pelo le rascó el cráneo y le masajeó los nudillos. El sacudió la cabeza. Le aflojó la cuerda que sujetaba la máscara sobre su rostro. El sacudió la cabeza. Levanto la máscara y le abanicó suavemente para que entrase aire y asegurarse de que no se pegaba. El sacudió la cabeza. Dejó caer la máscara y no hizo nada más. El sintió que estaba en pie junto a la cabecera de la cama mirándole atentamente tan alerta y ansiosa como él. Había hecho todo cuanto se le había ocurrido y ahora estaba en pie quieta como diciéndole ahora le toca a usted por favor haga todo lo posible por explicarme y yo haré todo lo posible por comprender.

El empezó a cabecear nuevamente.

Le pareció que su respiración se detenía. Le pareció que su corazón se detenía y que la sangre de su cuerpo se congelaba. Le pareció que la única cosa viviente en el mundo era su cabeza mientras la golpeaba una y otra vez contra su almohada. Sabía que era ahora o nunca. No valía la pena engañarse. Todo debía decidirse en este instante en este mismo instante. Nunca más

volvería a tener una enfermera como ésta. Dentro de cinco minutos podría dar la vuelta y marcharse de la habitación para no regresar nunca. Cuando se marchara se llevarla su vida con ella se llevarla la locura la soledad y todos sus gritos silenciosos dejados de la mano de Dios y no lo sabría nunca. Nunca escucharía esos gritos. Simplemente se marcharía y él quedaría olvidado. Ella era la soledad y la amistad era la vida y la muerte y ahora aguardaba inmóvil que él le dijese qué quería.

Mientras cabeceaba rezaba. Nunca había tenido muy en cuenta la oración pero ahora si. Se decía oh Dios por favor haz que comprenda lo que intento decirle. He estado tanto tiempo solo Dios he estado aquí años y años ahogándome asfixiándome muerto en vida como un hombre que ha sido enterrado en un ataúd bajo la tierra y se despierta y grita estoy vivo estoy vivo estoy vivo déjenme salir levanten la tapa quiten la tierra de encima por favor Cristo misericordioso ayúdame pero no hay nadie que lo pueda oír así que está muerto. Sé que estás muy ocupado Dios sé que hay millones de personas que rezan una plegaria por minuto por hora por algo que necesitan sé que hay mucha gente importante que te pide cosas grandes que se refieren a naciones y continentes enteros y tal vez a todo el mundo. Lo sé Dios y comprendo que no respondas inmediatamente nadie es perfecto pero lo que te pido es tan insignificante. Si te pidiese por ejemplo un millón de dólares o un yate particular o un rascacielos comprendería que no me lo otorgaras porque no hay tantos dólares ni tantos yates ni tantos rascacielos. Pero sólo quiero que cojas una pequeña idea que está en mi mente y la pongas en la mente de ella que está sólo a dos o tres pies de distancia. Es todo lo que quiero Dios. La idea es tan pequeña tan liviana que hasta un colibrí podría llevarla una mariposa nocturna una mosca el aliento de un niño. Se puede hacer en muy poco tiempo y no puedo expresar cuánto significa para mí. Sinceramente no te lo pediría Dios pero es una cosita tan insignificante. Tan insignificante…

Sintió el dedo de ella contra su frente.

Asintió.

Sintió que el dedo de ella golpeaba cuatro veces su frente. Esa es la letra H pensó pero ella no lo sabe no tiene idea golpea para comprobar si es eso lo que quiero.

Asintió.

Asintió con tanta fuerza que sintió dolor en el cuello y le pareció que la cabeza le daba vueltas. Asintió con tanta fuerza que toda la cama se estremeció.

Oh gracias Dios pensó. Ella entiende tú le has puesto la idea en la mente cuando te lo pedí gracias. Gracias gracias gracias.

Sintió que la mano de ella le oprimió la frente por un momento como tranquilizándole. Después advirtió la vibración de sus pasos que se alejaban rápidamente. Imaginó que salía de prisa de la habitación para decirlo a los demás. La puerta se cerró con estrépito. El sonido repercutió en los resortes del colchón metálico como un impacto eléctrico. Se había marchado.

Se quedó tendido asombrado al comprobar cuán exhausto estaba. Era como si hubiese trabajado tres noches consecutivas en la panadería durante el verano cuando no podía dormir de día. Se le había acabado el aliento le palpitaba la cabeza y tenía todos los músculos del cuerpo resentidos. Sin embargo por dentro todo era una fiesta con confetis banderas que ondeaban en lo alto bandas de música que marchaban a paso ligero en línea recta hacia el sol. Lo había logrado había tenido éxito la tarea estaba cumplida y aun cuando yaciera perfectamente inmóvil absolutamente agotado le parecía ver al mundo entero a sus pies. No había forma de decirlo de pensarlo de imaginarlo. Se sentía tan feliz.

Era como si todos los hombres del mundo los dos mil millones de seres humanos le hubiesen cerrado la tapa de su ataúd pisoteando la tierra hasta solidificarla sobre la tapa apilando grandes piedras sobre la tierra para mantenerle allí. Y sin embargo él había salido. Había levantado la tapa había excavado la tierra había lanzado al aire el granito como si fuese un bola de nieve y ahora se encontraba en la superficie de pie en el aire saltando y a cada paso se elevaba millas por encima del suelo. Era distinto a todos los que habían vivido. Había hecho tanto que era como un dios.

Los médicos que traían a sus amigos para que le viesen ya no podrían decir he aquí un hombre

que ha vivido sin brazos piernas oídos ojos nariz boca ¿no es extraordinario? Dirían he aquí un hombre que piensa. He aquí un hombre que yace en su cama con un solo fragmento de carne que le mantiene vivo y sin embargo pensó en una forma de hablar. Escuchadle. Como veis su mente está intacta habla como tú y como yo es una persona tiene una identidad es parte del mundo. Y es parte del mundo únicamente porque por sí solo tal vez con la ayuda de una plegaria y un dios imaginó una forma de hablar. Miradle y luego permitidnos que os preguntemos si eso no es aún más maravilloso que todas las espléndidas operaciones que realizamos sobre su tronco mutilado.

Ahora supo que nunca en su vida había sido realmente feliz. Hubo veces en que pensó que era feliz pero ninguna se parecía a ésta. En una ocasión se pasó un año entero deseando un juego de piezas para edificar distintas casas y maquinarias y en navidad se lo regalaron. Probablemente ése fue el momento más feliz de su infancia. También hubo un momento en que Kareen le dijo que le amaba y ése fue el instante más feliz que conoció hasta que explotó la granada y le apartó del mundo. Pero esta felicidad esta nueva salvaje frenética felicidad era más grande que cualquier otra que pudiera concebir. Era algo tan absoluto tan imponente tan fuera del mundo que le provocó los efectos de un delirio. Sus piernas destrozadas y mutiladas se irguieron y bailaron. Sus brazos pudriéndose durante esos cinco seis siete años se movían fantásticamente libres a su costado siguiendo el ritmo de la danza. Los ojos que le habían arrebatado miraron desde el montón de basura donde habían sido confinados y vieron todas las bellezas del mundo. Los oídos hechos pedazos y llenos de silencio de pronto captaron una música. La boca que le habían serruchado y ahora estaba llena de polvo volvió a cantar. Porque lo había logrado. Había alcanzado lo imposible. Les había hablado como Dios desde una nube desde una densa nube y ahora flotaba encima de la nube y era nuevamente un hombre.

Y la enfermera…

Podía imaginarla corriendo por los pasillos. Podía oírla alborotando como un fantasma ruidoso por los pasillos de la muerte. Podía sentirla corriendo de pabellón en pabellón desde el pabellón de los lisiados al de los sordos al de los ciegos al de los mudos reuniendo a todo el personal del hospital comunicándoles el milagro ocurrido. Podía oír su voz mientras les contaba que en una pequeña habitación apartada del resto del hospital se había levantado la tapa de un ataúd se había desplazado la piedra que sellaba una tumba y un hombre muerto cabeceaba y hablaba. Los muertos no habían hablado nunca. Nunca desde la muerte de Lázaro y Lázaro no había dicho nada. Ahora él les diría todo. Hablaría desde los muertos. Hablaría en nombre de los muertos. Les contaría todos los secretos de los muertos. Y mientras pensaba en lo que les diría la enfermera corría corría corría por los pabellones y los pasillos de piso en piso desde el sótano al desván por todo ese enorme sitio de donde habían salido tantos muertos. Al igual que el ángel Gabriel haría sonar su trompeta diciéndoles que se acercaran y escucharan la voz de los muertos.

Mientras esperaba que toda esa gente llegara hasta él podía sentir su presencia como un actor debe sentir la presencia de un millar de personas en el momento en que está a punto de levantarse el telón. Podía sentir las vibraciones de sus pasos decenas de pasos que se agolpaban en su habitación. Podía sentir que empujaban su cama de un lado a otro porque en su ansiedad se apretaban contra ella. Los resortes de su cama parecían emitir un constante zumbido a medida que sus visitantes cambiaban de posición para poder contemplar mejor al muerto que hablaba. La temperatura de la habitación se volvió más cálida tanto que pudo sentir el calor de sus cuerpos apiñados en la piel de su cuello y la mitad de su frente descubierta por encima de la máscara.

Después se abrió la puerta. Sintió la vibración de irnos pasos livianos los pasos de la enfermera. Intentó oír los otros. Percibió la vibración de otro paso más pesado que pertenecía a un hombre. Esperó a los demás esperó la vibración de los resortes. Pero todo estaba tranquilo. Todo estaba inmóvil. No había nadie en la habitación para presenciar el gran evento. Sólo él y su enfermera y este desconocido de pesados pasos. Nadie más que ellos tres. Sintió una extraña congoja que surgía del desengaño tanta indiferencia hacia un acontecimiento tan importante. Y después recordó que para él había algo más significativo que las multitudes. Se quedó rígido quieto más parecido a un muerto que nunca. Se quedó allí esperando una respuesta.

Un dedo salió de la oscuridad un dedo tan enorme que golpeó sobre su frente con el estrépito de

un martinete. Repercutió en su cerebro como un trueno en una caverna. El dedo empezó a repiquetear…

.-- .... .- -
W H A T
-.. ---
D O
-.-- --- ..-
Y O U
.-- .- -. -
W A N T
(¿Qué quieres?)

XIX

Cuando entendió la pregunta cuando tuvo la seguridad de haberla interpretado correctamente permaneció inmóvil un instante. Era como estar sentado en una habitación silenciosa aguardando a alguien muy importante a alguien a quien se ha esperado mucho tiempo y de pronto escuchar que llaman a la puerta. Por un instante vacilas y te preguntas quién puede ser y qué quiere y por qué ha venido. Por un segundo sientes temor porque aunque hayas esperado años nunca creíste realmente que llegara. Luego te pones en pie y abres la puerta al principio sólo una rendija preparándote para el impacto del desengaño cuando descubras que no es la persona que esperabas. Pero cuando encuentras que lo imposible ha ocurrido que el visitante que aguardabas con tanta expectativa ha llegado sientes tanto alivio tanta sorpresa que no sabes qué decir ni por dónde empezar.

¿Qué quería?

Era como alguien que anhela el mar y un barco y de pronto le dieran su barco y luego le preguntaran adónde quería ir. Como nunca había esperado el barco sino que había pasado el tiempo deseándolo no se había preguntado jamás qué haría con él cuando lo tuviera. Nunca había confiado realmente en lograrlo había pasado tanto tiempo y a él le había costado tanto hacerse entender. No había sido más que una idea una esperanza y un trabajo y cuanto más difícil se volvía más importancia asumía hasta que por fin casi le volvía loco. Pero hasta hacía una hora no había imaginado que lo lograría. Ahora lo había conseguido. Estaba hecho y le preguntaban qué quería. Y Aunque todo cuanto le quedaba de vida parecía depender de esa respuesta no podía articular sus pensamientos no lograba formular algo que tuviese sentido para él y mucho menos para los demás.

Entonces lo pensó de otra forma. Tal vez no se trataba de lo que él quería sino de aquello que podían darle. Así era. ¿Y qué podían darle? Empezó a sentirse agraviado por la pregunta misma y la forma en que la habían transmitido y la ignorancia que subyacía en ella. ¿Qué se creían y qué pensaban que podían darle que él quisiera? ¿Pensaban que pediría un helado? ¿Pensaban que pediría un buen libro y un fuego en la chimenea y un gato ronroneando? ¿Pensaban que pediría ir a un cine y después a un bar para beber una buena limonada fresca? ¿Pensaban que pediría lecciones de baile o un par de binóculos o un curso de piano? Imagina qué sorpresa se van a llevar tus amigos.

Tal vez pensaban que quería un traje nuevo o una camisa de seda. Tal vez esperaban que se quejara porque la cama era un poco dura y por favor déme un vaso de agua. Quizá pensaran que pediría un cambio de menú. El café que introducen por el tubo últimamente necesita un poco más de azúcar resulta amargo a mis intestinos de modo que por favor agreguen media cucharadita de azúcar y por favor revuélvanlo bien. La cubierta del colchón está demasiado húmeda y necesita que la ventilen. Creo que me apetecería un dulce de chocolate. La próxima vez que echen el alimento por ese tubo metan un poco de dulce de chocolate no demasiado azucarado ni demasiado fuerte sino suave y ligeramente tibio me he pasado esperando todos estos años y cabeceando todos estos meses porque me apetece tanto el dulce de chocolate.

Deberían saber qué era lo que deseaban estos hijos de puta y deberían saber que no se lo podían dar. Quería las cosas que a ellos les parecían naturales las cosas que nadie podría darle jamás. Quería ojos para ver. Dos ojos para ver el sol y la luna y las montañas azules y los altos árboles y las pequeñas hormigas y las casas donde vivía gente y las flores abriéndose por la mañana y la nieve sobre la tierra y los arroyos y los trenes que van y vienen y la gente por la calle y un cachorro que juega con un viejo zapato desafiándole y gruñendo y retorciendo y amenazando y moviendo el rabo y tomándose al zapato muy en serio. Quería una nariz para oler la lluvia y la leña en el fuego y la comida y el tenue perfume que perdura en el aire cuando pasa una muchacha. Quería una boca para poder comer y hablar y reír y saborear y besar. Quería brazos y piernas para poder trabajar y caminar y ser como un hombre como un ser viviente.

¿Qué quería? ¿Qué podía desear? ¿Había algo que alguien pudiese darle?

La respuesta cayó sobre él con violencia y aullando como un torrente de agua que fluye por una compuerta rota. Quería salir. Ante la sola idea sintió que su corazón se aceleraba y su carne se

ponía tensa. Quería salir. Quería salir para poder sentir el aire fresco en su piel e imaginar aunque no pudiese olerlo que venía de las montañas o de las ciudades o de los campos. Quería salir para poder sentir la gente a su alrededor. No importaba que no pudiera verles oírles hablarles. Si salía por lo menos sabría que estaba entre ellos y no encerrado en una habitación aparte. No era justo que encerraran a un hombre en una habitación. No era justo que fuese un eterno prisionero. Un hombre necesitaba estar entre otros hombres. Toda cosa viviente necesitaba estar entre sus iguales. El era un hombre una parte de la humanidad y quería que le llevaran fuera para sentir a otros hombres en derredor.
Déjenme salir pensó eso es todo lo que quiero. He estado acostado aquí años y años en una habitación en una cama en una pequeña envoltura de piel. Ahora quiero salir. Tengo que salir. No pueden tener a un hombre preso así. Tiene que estar haciendo algo para verificar que aún vive. Aquí soy un prisionero y no tienen derecho a retenerme porque no he hecho nada malo. Una habitación una cama como en una cárcel como en un asilo como en una tumba con seis pies de tierra encima. No comprenden que un hombre no puede soportar todo esto sin volverse loco. Me asfixio y no puedo asfixiarme más no puedo soportarlo. Si tuviera brazos podría moverme podría empujar las paredes para ensancharlas podría retirar las mantas podría ir a un sitio más grande. Si tuviera voz podría gritar y clamar pidiendo ayuda podría hablar conmigo mismo y hacerme compañía. Si tuviera piernas podría correr podría marcharme podría salir hacia un sitio donde haya aire donde haya espacio donde no me esté ahogando en un agujero. Pero no tengo ninguna de esas cosas no puedo hacer ninguna de esas cosas así que ustedes deben ayudarme. Deben ayudarme de prisa porque por dentro me estoy volviendo loco sufro como ustedes no pueden imaginar. Dentro de mí grito y aúllo y empujo y lucho en busca de espacio de aire para escapar del ahogo. De modo que déjenme salir donde pueda sentir el aire y sentir la gente. Por favor déjenme salir donde tenga espacio para respirar. Déjenme salir de aquí y llévenme de nuevo al mundo.
Estaba a punto de comenzar a cabecear en un torrente de puntos y rayas cuando se le ocurrió que podrían surgir dificultades. Después de todo él no era un tío común que podía ser liberado de una cárcel cualquiera para llevar una vida corriente. Era un caso muy excepcional. Toda su vida en cualquier parte que estuviese alguien debería ocuparse de él. Eso significaba dinero y él no tenía dinero de modo que se convertiría en una carga para la gente. El gobierno o quien quiera que se ocupara de él probablemente no tenía dinero para tirar mimando a un tío ni gastaría una fortuna para atenderle de modo que pudiera sentir el aire y la presencia de la gente a su alrededor. Eso podría tener sentido para ciertas personas pero el gobierno nunca lo comprendería. El gobierno diría está loco ¿dónde se ha visto a un tío sin brazos piernas ojos oídos nariz y boca que se entretenga entre gente a la que no puede ver ni oír ni hablar? El gobierno diría todo eso es una locura y al diablo con él es mejor que se quede donde está y además ya cuesta demasiado dinero.
Y entonces comprendió que estaba en su poder ganar dinero mucho dinero suficiente para pagar sus propios gastos y los gastos de las personas que se ocuparan de él. En lugar de ser una carga o una molestia para el gobierno hasta podría representarle dinero. La gente siempre estaba dispuesta a pagar para ver cosas raras siempre se mostraba interesada en los espectáculos terribles y con seguridad en ninguna parte de la tierra existía un ser viviente más terrible que él. Una vez vio el espectáculo de un hombre que se convertía en piedra. Si le dabas un golpe en el brazo con una moneda sonaba como mármol. Eso era terrible pero no tan terrible como él. Sin embargo el hombre que se convertía en piedra se ganaba la vida y hacía dinero suficiente para pagar a alguien que le atendiera. El podría hacer lo mismo. Si le dejaban salir él podría encargarse de todo.
Y también de una manera indirecta sería útil. Sería un espectáculo educativo. La gente aprendería mucha anatomía pero también todo aquello que había que saber sobre la guerra. Sería una cosa concentrar el sentido de la guerra en un torso mutilado y exhibirlo para que la gente pudiera ver la diferencia entre la guerra que aparece en los titulares de los periódicos y en los empréstitos de libertad y la guerra que se pelea solitariamente en el barro una guerra entre un hombre y un proyectil altamente explosivo. De pronto se inflamó con la idea se excitó tanto que

olvidó su ansia de aire y gente. Esta nueva idea era tan maravillosa. Se exhibiría para mostrar a todos los pobres diablos lo que podía ocurrirles y al hacerlo sería libre y autosuficiente. Haría un favor a todos incluso a sí mismo. Se exhibiría ante los pobres diablos y sus madres y padres y hermanos y hermanas y mujeres y novias y abuelos y abuelas y llevaría un anuncio donde diría esta es la guerra y condensaría toda la guerra en un fragmento tan pequeño de carne y hueso y pelo que no le olvidarían mientras vivieran.

Empezó a cabecear para transmitir que quería salir. Su mente se anticipaba a sus señales pero siguió cabeceando, ¿Qué quería? El les diría que quería malditos imbéciles. Se lo transmitiría palabra por palabra lo recordaría desde el principio al fin y lo comunicaría en puntos y rayas y entonces se enterarían. Mientras golpeaba pensaba más rápidamente. Se encolerizaba y se excitaba cada vez más y cabeceaba rápidamente tratando de mantenerse a la par de las palabras que se confundían dentro de su mente las palabras que por fin podía usar todas las palabras que había pensado en todos esos años que había permanecido en silencio porque ahora hablaba por primera vez ahora había aprendido y hablaba con alguien del mundo exterior.

Déjenme salir deletreo déjenme salir. No les causaré ningún problema, No seré una carga Puedo ganarme la vida. Puedo trabajar como cualquiera. Quítenme la camisa y constrúyanme una vitrina de cristal y llévenme a los sitios donde la gente se divierte y busca cosas raras. Llévenme en mi vitrina de cristal a las playas y las ferias en el campo y a las tómbolas de las iglesias y a los circos y a las ferias ambulantes.

Harían un gran negocio conmigo v yo podría pagarles por la molestia. Podrían dar una buena arenga. Han oído hablar del andrógino y de la mujer barbuda y del hombre de vidrio y del enanillo. Han visto las sirenas humanas y los salvajes de Borneo y la muchacha carnívora del Congo que coge el pescado en el aire y lo devora. Han visto al hombre que escribe con los pies y al que camina con las manos y a los hermanos siameses y los nonatos conservados en alcohol colocados en pequeñas hileras.

Poro no han visto nada como esto. Este será el espectáculo más inusitado que pueda verse por diez centavos. Causará sensación en el mundo del espectáculo y quien patrocine mi recorrido será un nuevo Barnum a quien le harán hermosas reseñas en los periódicos porque yo soy realmente algo sensacional. Soy algo que pueden anunciar diciendo que al que no le guste se le devolverá su dinero. Soy el hombre muerto que esta vivo. Soy el hombre vivo que está muerto. Si eso no resulta suficiente para que entren en mi tienda soy algo más. Soy el hombre que ha salvaguardado la democracia. Si eso no les interesa entonces por el amor de dios no son hombres. Que se incorporen al ejército porque el ejército les hará hombres.

Llévenme a recorrer los caminos y deténganse en cada granja y cada sembrado y toquen una campana para que los granjeros y sus mujeres y sus niños y sus peones y criadas acudan a verme. Digan a los granjeros aquí hay algo que con seguridad no han visto nunca. Algo que no podrán arar. Algo que nunca crecerá y florecerá. El abono que tiráis en vuestros campos es bastante sucio pero he aquí algo que es menos que el estiércol porque no quiere morir y descomponerse y alimentar siquiera la maleza. He aquí algo tan terrible que si lo pariese una yegua una vaquilla una cerda una oveja lo matarían en el acto pero no pueden matar esto porque es un ser humano. Viene un cerebro. Piensa todo el tiempo. Créanlo o no esta cosa piensa y está viva y va contra todas las reglas de la naturaleza aunque no fue la naturaleza quien lo hizo así. Ustedes saben qué lo hizo así. Miren sus medallas verdaderas medallas probablemente de oro macizo. Levanten la tapa de la vitrina y sabrán qué lo convirtió en esto. Apesta a gloria.

Llévenme a los sitios donde los hombres trabajan y hacen cosas. Llévenme allí y digan muchachas he aquí una forma económica de ir tirando. Quizá sean malos momentos y los sueldos sean bajos. No se preocupen muchachos porque siempre hay una forma de arreglar cosas así. Con una guerra subirán los precios y subirán los sueldos y todo el mundo ganará mucho dinero. No se impacienten muchachos muy pronto tendremos una guerra. Cuando venga tendrán su oportunidad.

En una u otra forma ganas. Si no tienes que pelear te quedas en casa y ganas dieciséis dólares por día trabajando en los astilleros. Y si te incorporan al ejército tendrás una buena oportunidad para

volver con menos necesidades. Tal vez necesitarás un solo zapato en lugar de dos y ahorrarás dinero. Tal vez estés ciego y en ese caso no tendrás que preocuparte por el precio de las gafas. Quizá tengas suerte como yo. Miradme muchachos miradme de cerca no necesito nada. Un poco de caldo o algo así tres veces por día y eso es todo. Ni zapatos ni calcetines ni guantes ni sombrero ni corbata ni botón en el cuello ni chaleco ni abrigo ni cine ni teatro de variedades ni fútbol ni siquiera una afeitada. Miradme muchachos no tengo ningún gasto. Vosotros sois unos gilipollas muchachos. No sabéis nada. Yo sé lo que os digo. Yo solía necesitar todas esas cosas que vosotros necesitáis. Era un consumidor. He consumido mucho en mi época. He consumido más esquirlas y más pólvora que cualquier ser humano. Así que no os dejéis ganar por la melancolía pronto tendréis vuestra oportunidad habrá otra guerra y entonces tal vez podáis tener la misma suerte que yo.

Llevadme a las escuelas a todas las escuelas del mundo. Dejad que los niños vengan a mí ¿es así verdad? Al principio es posible que griten y tengan pesadillas pero se habituarán porque tienen que hacerlo y es mejor que empiecen desde muy jóvenes. Reunidles en torno a mi vitrina y decid ven pequeña ven pequeño venid a echar un vistazo a vuestro papá. Miraos a vosotros mismos porque vosotros seréis así cuando crezcáis y os convirtáis en hombres y mujeres grandes y fuertes. Tenéis la oportunidad de morir por vuestro país. Y podréis no morir podéis regresar así. No todo el mundo muere siendo un niño.

Más cerca por favor. Tú no estás junto a la pizarra ¿qué te ocurre? No llores tontuela ven aquí y mira a este hombre simpático que de muchacho fue soldado. ¿Te acuerdas de él verdad? ¿No recuerdas pequeña llorona cómo agitabas banderas y juntabas papel plateado e invertías tus ahorros en sellos de guerra? Claro que recuerdas tonta. Pues bien éste es el soldado por quien hacías eso.

Venid chicos mirad bien y luego volveremos a recitar nuestros versillos. Nuevos versillos para tiempos nuevos. *Hickory dickory dock* mi papá está loco del *shok*. Humpty dumpty se creía muy sagaz hasta que quedó ciego por el gas. Aserrín aserrán los niños aullarán lisiados por las bombas que caerán. Arrorró mi niño arrorró mi sol que la bomba mata no es un caracol. Ahora me recuesto y duermo en mi hondo refugio antibombas si me matan antes de despertar recuerda es por tu bien amén.

Llevadme a las escuelas a las universidades a las academias a los conventos. Reunid a todas las muchachas las hermosas saludables muchachas. Señaladme y decid chicas éste es vuestro padre. He aquí el muchacho que anoche parecía tan fuerte. He aquí vuestro pequeño el fruto de vuestro amor la esperanza de vuestro futuro. Miradlo muchachas y no le olvidéis. ¿Veis ese tajo rojo con mocos colgando? Esa era su cara muchachas. Vamos muchachas tocadlo no temáis. Inclinaos y besadle. Después tendréis un extraño olor a podrido pero eso no importa porque un amante es un amante y éste es vuestro amante.

Convocad a todos los jóvenes y decidles he aquí vuestro hermano he aquí vuestro mejor amigo es tan joven como vosotros. Se trata de un caso muy interesante jóvenes porque sabemos que allí dentro hay una mente enterrada. Técnicamente esa cosa, es carne viviente igual a aquel tejido que conservamos con vida en el laboratorio el verano pasado. Pero éste es un corte diferente de carne porque también contiene un cerebro. Ahora escuchadme bien jóvenes caballeros. Este cerebro piensa. Tal vez esté pensando en una melodía. Tal vez haya pensado una gran sinfonía íntegramente o una fórmula matemática que podría modificar el mundo o un libro que volvería más bondadosa a la humanidad o el germen de una idea que salvaría del cáncer a cien millones de personas. Este es un problema muy interesante jóvenes porque si este cerebro contuviera dichos secretos ¿cómo haríamos para averiguarlo? En todo caso aquí le tienen respirando y pensando y muerto como un sapo en cloroformo con su estómago abierto para que pueda verse latir su corazón tan quieto tan indefenso y sin embargo vivo. Este es vuestro futuro y vuestro dulce sueño ésta es la cosa que vuestras novias amaban y ésta es la cosa que sus jefes le obligaron a ser. Pensadlo bien jóvenes. Pensadlo mucho jóvenes y luego volveremos al estudio de los bárbaros que saquearon Roma.

Llevadme donde haya parlamentos y asambleas y congresos y cámaras de diputados. Quiero

estar allí cuando hablen del honor y la justicia y de salvaguardar la democracia en el mundo y de los catorce puntos y la autodeterminación de los pueblos. Quiero estar allí para recordarles que no tengo lengua para morderme. Pero los estadistas tienen lenguas. Poned mi vitrina sobre la mesa de un orador y cada vez que caiga el martillo dejadme sentir su vibración a través de mi alhajero de cristal. Después que hablen de políticas comerciales y bloqueos y nuevas colonias y viejos rencores. Que discutan la amenaza de la raza amarilla y la carga del hombre blanco y el rumbo del imperio y por qué tendríamos que barrer toda esa basura de Alemania o quien ocupe el lugar de Alemania la próxima vez. Que hablen sobre el mercado sudamericano y por qué tal o cual país intenta desalojarnos y por qué nuestra flota mercante no puede competir y ah qué diablos enviémosles una sólida nota de protesta. Que hablen de municiones y aviones y acorazados y tanques y gases dado que por supuesto los necesitamos no podemos pasarnos sin ellos de lo contrario ¿cómo podríamos garantizar la paz? Que formen bloques y alianzas y pactos de ayuda mutua y garantías de neutralidad. Que redacten artículos y ultimátums y protestas y acusaciones.

Pero antes de votar antes de que den una orden para que todos los hombrecitos comiencen a matarse entre sí que el tío más importante de la asamblea dé un pequeño golpe en mi vitrina señalándome y diga señores éste es el único tema presentado ante esta cámara y la cuestión es saber si ustedes están a favor o en contra de esto. Y si están en contra que se pongan en pie como hombres y voten. Y si están a favor que los cuelguen los destripen y los descuarticen y los paseen en procesión por las calles cortados en pequeños trozos y que les arrojen en los campos donde ningún animal doméstico pueda tocarles y que sus restos se pudran allí y que sobre ellos no vuelva a crecer el césped.

Llévenme a sus iglesias a sus imponente descollantes catedrales que deben ser reconstruidas cada cincuenta años porque la guerra las destruye. Llévenme en mi vitrina de cristal a las naves donde han recibido su confirmación tantos reyes y sacerdotes y novias y niños para besar una astilla de madera de una verdadera cruz a la que fue clavado el cuerpo de un hombre que tuvo la suerte de morir. Colóquenme muy alto en sus altares e invoquen a Dios para que mire hacia abajo hacia sus hijos asesinos sus bienamados hijos. Desparramen el incienso que no puedo oler. Viertan el vino sacramental que no puedo probar. Acallen el sonido de las plegarias que no puedo oír. Repitan los viejos viejos santos ademanes que no puedo hacer sin brazos ni piernas. Coreen las aleluyas que no puedo cantar. En voz muy alta y potente canten todas las aleluyas para mí porque yo conozco la verdad y ustedes no idiotas. Idiotas idiotas idiotas…

XX

Sintió la vibración de los pasos pesados que abandonaban la habitación. El hombre que había venido y le había interrogado y que él no podía imaginar cuánto tiempo le había estado escuchando se había marchado. Nuevamente estaba solo con la enfermera. Le habían dejado solo con sus incertidumbres.

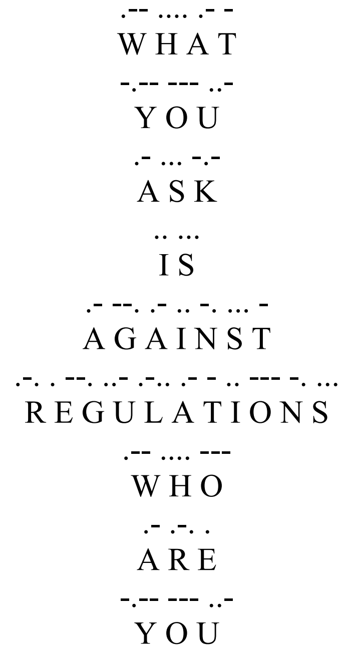
Empezó a desconfiar. De la misma forma que siempre había sospechado errores en su cálculo del tiempo ahora sentía que su carne se estremecía con pequeñas y salvajes ondas de terror. Estaba tan ansioso por hablar que quizá había transmitido un mensaje sin sentido. Tal vez no había recordado bien el código y sus palabras habían surgido como un torbellino de letras carentes de significado. Sus pensamientos se habían agolpado tan tumultuosamente en su cabeza que quizá no los había expresado en orden clara y racionalmente. Tal vez otras diez mil probabilidades se habían interpuesto entre él y el mensaje que intentaba transmitir mientras por dentro se desangraba. O quizás el hombre sólo se había marchado para consultar con sus superiores y pronto volvería con una respuesta.

Era eso. Oh Dios por favor tiene que ser eso estaba seguro de ello. El hombre pronto regresaría con una respuesta. Lo único que debía hacer era reposar. Estaba muy cansado. Le parecía estar inmerso en una especie de sueño en coma como un hombre que ha agotado todas sus emociones en una salvaje borrachera y después se siente enfermo y nauseabundo y seguro de lo peor había cabeceado semanas y meses tal vez años no lo sabia porque los golpes con la cabeza habían ocupado el lugar del tiempo y en ello había invertido todas sus energías todas sus esperanzas y toda su vida.

Se puso rígido.

Las vibraciones se aproximaban. El hombre volvía con una respuesta. Gran Dios misericordioso gracias he aquí mi respuesta he aquí mi respuesta. He aquí mi triunfo mi retorno de los muertos he aquí la vida vibrando contra el piso cantando en los resortes de la cama cantando como todos los ángeles del cielo.

Un dedo comenzó a repiquetear contra su frente.



.-- .... .- -
W H A T
-.-- --- ..-
Y O U
.- ... -.-
A S K
.. ...
I S
.- --. .- .. -. ... -
A G A I N S T
.-. . --. ..- .-.. .- - .. --- -. ...
R E G U L A T I O N S
.-- .... ---
W H O
.- .-. .
A R E
-.-- --- ..-
Y O U

(Lo que usted pide va contra el reglamento ¿Quién es usted?)

El repiqueteo sobre su frente seguía pero él ya no le prestaba atención. En su mente todo se volvió súbitamente vacío hueco completamente inmóvil. Fue sólo un momento v luego empezó a pensar el mensaje para asegurarse que no había error que significaba exactamente lo que decía. Y supo que era así.

Casi pudo oír el gemido de dolor Que brotó de su corazón. Era un agudo terrible dolor personal el tipo de dolor que surge cuando alguien a quien no se le ha hecho daño alguno se vuelve contra

ti y dice adiós adiós para siempre sin razón alguna para hacerlo sin razón alguna.
El no les había hecho nada. El no tenía la culpa de las molestias que causaba y sin embargo ellos cerraban la cortina volvían a introducirle en el útero no nos moleste no vuelva a la vida los muertos deben seguir muertos y con usted ya hemos terminado.
¿Pero por qué?
El no había hecho daño a nadie. Había tratado de molestarles lo menos posible. Sin duda era una carga pero no lo había sido deliberadamente. No era un ladrón ni un borracho ni un mentiroso ni un asesino. Era un hombre un tío ni peor ni mejor que cualquier otro. Era sencillamente un tío que había tenido que ir a la guerra que estaba muy malherido y que ahora intentaba salir de su prisión para sentir el aire fresco y frío sobre su piel sentir el calor y el movimiento de la gente a su alrededor. Era cuanto quería. Y a él que no había hecho daño a nadie le decían buenas noches adiós quédese donde está no nos cause más molestias usted está más allá de la vida más allá de la muerte inclusive más allá de la esperanza usted ha desaparecido se ha acabado para siempre buenas noches y adiós.
En un instante terrible lo vio todo. Sólo querían olvidarle. Les pesaba sobre su conciencia de modo que le habían abandonado renegaban de él. Ellos eran las únicas personas en el mundo que podían ayudarle. Eran su último tribunal de apelaciones. Podía enfurecerse y bramar y rugir contra su veredicto pero no le servía de nada. Ellos habían decidido. Nada podía cambiarles. Estaba completamente a su merced y ellos no tenían piedad. No había esperanzas para él. Lo mejor sería enfrentarse directamente con la verdad.
Cada momento de su vida desde que había despertado a la oscuridad la mudez y el terror cada momento de esa vida lo había concentrado en la esperanza de llegar a ellos algún día algún año. Y ahora lo había logrado. Había llegado a ellos y ellos le rechazaban. Antes hasta en sus momentos más terribles había existido una vaga esperanza que le sostenía. Le había evitado convertirse en un loco delirante había brillado como una luminosidad distante hacia la cual se había ido aproximando sin detenerse nunca. Ahora había desaparecido la luminosidad y no quedaba nada. No había motivo para que siguiera engañándose. Esta gente no le quería. Oscuridad abandono silencio soledad horror eterno horror ésta sería su vida de ahora en adelante sin un solo rayo de esperanza para aliviar sus sufrimientos. Eran su futuro. Para eso le había engendrado su madre. Maldita sea maldito el mundo maldita la luz del sol maldito sea Dios maldito sea toda cosa decente sobre la tierra. Que Dios les maldiga y les torture como le torturaban a él. Que Dios les suma en la oscuridad en el silencio y la sordera y la indefensión y el horror y el miedo el gran miedo imponente y terrible que le acompañaba ahora la desolación y la soledad que le acompañarían para siempre.
No.
No no no.
No les permitiría hacerlo.
No era posible que un ser humano le hiciera esto a otro. Nadie podía ser tan cruel. No comprendían que eso era todo cuanto tenía. No se había explicado bien. Ahora no podía renunciar debía seguir y seguir hasta que comprendieran porque eran buena gente eran gente bondadosa que sólo necesitaba comprender.
Empezó a cabecear nuevamente.
Empezó a cabecear nuevamente y a decirles suplicarles entrecortadamente humildemente que por favor quería salir. Quería sentir el aire el aire puro y fresco fuera del hospital. Por favor comprendan. Quería sentir a la gente de su especie libre y feliz. En realidad ése era el único motivo. Olvídense de la exhibición en la vitrina era sólo una forma de juntar dinero y facilitarles las cosas. Nada más. Se sentía solo. Eso era todo. Simplemente se sentía solo. No había ningún otro motivo que alegar. No podía hacer más que intentar decirles que dentro de su piel esa piel que cubría su cuerpo había tanto horror tanta soledad que bien podían permitirle hacer algo tan insignificante como gozar de esa libertad por la que podía pagar.
Mientras cabeceaba sintió la mano de la enfermera sobre su frente acariciándole tranquilizándole. Pensó me gustaría verle la cara. Debe tener una hermosa cara porque tiene

manos muy hermosas. Después en el muñón izquierdo sintió un frío húmedo. El hombre que había deletreado la respuesta le pasaba un algodón con alcohol. Oh Dios pensó ya sé qué quiere decir eso no lo hagan por favor. Sintió el agudo fatal pinchazo de la aguja. Nuevamente le inyectaban anestesia.

Oh Dios pensó ni siquiera me permiten hablar. Ni siquiera me escucharán más. Lo único que quieren es volverme loco para que cuando transmita mis mensajes puedan decir está loco no le hagan caso pobre tío se ha vuelto loco. Eso es lo que tratan de hacer Dios me están volviendo loco y he peleado tanto he sido tan fuerte que la única forma que tienen de hacerlo es drogándome.

Sintió que se hundía se hundía allí donde ellos querían arrojarle. Sintió el escozor de su piel y empezó a ver la visión. Vio la arena amarilla y las ondas de calor que despedía. Arriba de las ondas de calor vio a Cristo en su túnica flotante y su corona de espinas manando sangre. Vio a Cristo temblando por el calor del desierto proveniente de Tucson. Y a lo lejos en la distancia oyó la voz de una mujer gimiendo hijo mío mi pequeño hijo mío…

En pura y terrible desesperación acalló la voz y alejó la visión. Aún no. Aún no. No había acabado. Les hablaría seguiría cabeceando. Los músculos de su cuerpo se convertían en agua pero seguía cabeceando. No les permitiría clausurar la tapa de su ataúd. Gritaría y arañaría y pelearía como lo haría cualquier hombre a quien le entierran vivo. En su último momento de conciencia en su último momento de vida seguiría peleando seguiría cabeceando. Seguiría golpeando con la cabeza todo el tiempo cabecearía cuando estuviese dormido cabecearía dopado cabecearía cuando sufriera cabecearía siempre. Podían no responder podían ignorarle pero por lo menos nunca podrían olvidar mientras él viviera que allí había un hombre hablándoles hablándoles sin detenerse.

Su cabeceo se volvió cada vez más lento y la visión se fue desplazando hacia él. El la rechazaba y volvía a avanzar. La voz de la mujer surgía y se desvanecía, como un eco arrastrado por el viento. Pero él seguía cabeceando.

¿Por qué cabeceaba? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué no le querían? ¿Por qué clausuraban la tapa de su ataúd? ¿Por qué no le dejaban hablar? ¿Por qué no permitían que le viesen? ¿Por qué no querían su libertad? Hacía ya cinco o seis años que le habían borrado de la faz de la tierra. La guerra debía haber terminado. Ninguna guerra puede perdurar tanto ninguna guerra podía exterminar a tanta gente porque no había tanta gente para matar. Si la guerra había terminado todos los muertos estarían enterrados y liberados todos los prisioneros. ¿Por qué no le liberaban también a él? ¿Por qué a menos que le dieran por muerto? ¿Y si era así por qué no le mataban por qué no ponían fin a su sufrimiento? ¿Por qué estaba prisionero? No había cometido delito alguno. ¿Qué derecho tenían a retenerle? ¿Qué razón tenían para ser tan desalmados con él?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y luego súbitamente comprendió. Se vio a sí mismo como una nueva clase de Cristo como un hombre que lleva dentro de sí las semillas de un nuevo orden de cosas. Era el nuevo mesías de los campos de batalla que le decía a la gente mirad cómo soy así seréis vosotros. Porque él había visto el futuro lo había experimentado y ahora lo estaba viviendo. Había visto los aviones volando en el cielo había visto los cielos del futuro colmados de aviones de negros aviones y ahora veía el horror abajo. Vio un mundo de amantes separados para siempre de sueños no cumplidos de planes nunca realizados. Vio un mundo de padres muertos y hermanos mutilados de hijos clamando enloquecidos. Vio un mundo de madres sin brazos estrechando contra sus pechos niños sin cabeza tratando de gritar su dolor con gargantas cancerosas por el gas. Vio ciudades hambrientas negras frías e inmóviles dado que lo único que se movía o hacía ruido en ese terrible mundo muerto eran los aviones que oscurecían el cielo y a lo lejos contra el horizonte el trueno de los enormes cañones y las bocanadas de humo que surgían de la tierra estéril y atormentada cuando estallaban los proyectiles.

Así era lo había comprendido les había transmitido su secreto y al rechazarlo ellos le habían confiado el suyo.

El era el futuro era una imagen perfecta del futuro y ellos temían que alguien se diera cuenta de cómo sería el futuro. Ya estaban planeando y calculando el futuro y veían la guerra en algún momento de ese futuro. Para llevar a cabo esa guerra necesitaban hombres y si los hombres veían el futuro se negarían a pelear. Ellos encubrían el futuro convirtiéndolo en un inaccesible y mortal secreto. Sabían que si todos los pobres diablos los hombrecitos veían el futuro empezarían a hacer preguntas. Harían preguntas y encontrarían las respuestas y a aquellos que les impulsaban a pelear les dirían mentirosos ladrones hijos de puta no pelearemos porque no queremos morir queremos vivir nosotros somos el mundo somos el futuro y no permitiremos que nos masacren digan lo que digan vuestras consignas digan lo que digan vuestros discursos. Recordadlo nosotros nosotros nosotros somos el mundo nosotros somos quienes lo ponemos en marcha hacemos el pan y la ropa y las armas somos el eje de la rueda y los rayos y la rueda misma sin nosotros vosotros seríais hambrientos y desnudos gusanos y nosotros no queremos morir. Somos inmortales somos el germen de la vida somos la masa humilde despreciable y fea somos la gente maravillosa del mundo y estamos hartos de todo esto estamos agotados y le pondremos fin para siempre eternamente porque vivimos y no queremos ser destruidos.
Si vosotros queréis hacer una guerra si hay armas con qué apuntar si hay balas con qué disparar si hay hombres que deben morir no seremos nosotros. No seremos nosotros los que cultivamos el trigo y lo convertimos en alimento los que hacemos la ropa y el papel y las casas y los azulejos y las centrales eléctricas y extendemos los largos y plañideros cables de alta tensión nosotros los que perforamos los pozos de petróleo crudo en decenas de diferentes partes los que hacemos las bombillas de luz las máquinas de coser las palas y automóviles y aviones y tanques y armas ah no no seremos nosotros los que moriremos. Seréis vosotros.
Seréis vosotros vosotros que nos empujáis a combatir que nos incitáis unos contra otros vosotros que pretendéis que un zapatero mate a otro zapatero que un hombre que trabaja mate a otro hombre que trabaja que un ser humano que sólo quiere vivir mate a otro ser humano que sólo quiere vivir. Recordadlo. Recordadlo vosotros que planeáis la guerra. Recordadlo vosotros los patriotas vosotros los feroces vosotros los propagandistas del odio vosotros los inventores de consignas. Recordad esto como lo único a recordar en vuestras vidas.
Somos hombres de paz somos hombres de trabajo y no queremos pelear. Pero si vosotros destruís nuestra paz si nos quitáis nuestro trabajo si intentáis enfrentarnos unos contra otros nosotros sabremos qué hacer. Si nos decís que debemos salvaguardar la democracia os tomaremos la palabra. Usaremos los fusiles que vosotros nos imponéis los usaremos para defender nuestras vidas y la amenaza que se cierne sobre ellas que no está en el otro lado de una tierra de nadie que ha sido establecida sin nuestro consentimiento sino que está dentro de nuestras fronteras aquí y ahora la hemos visto y la conocemos.
Poned los fusiles en nuestras manos y los usaremos. Proponed las consignas que nosotros las convertiremos en realidades. Entonad los himnos de batalla y nosotros los recogeremos allí donde vosotros abandonéis. No uno ni diez ni diez mil ni un millón ni diez millones ni cien millones sino mil millones dos mil millones de nosotros los pueblos del mundo nos apropiaremos de las consignas de los himnos de los fusiles y los usaremos para vivir. No os equivoquéis nosotros viviremos. Viviremos y caminaremos y hablaremos y comeremos y cantaremos y reiremos y sentiremos y amaremos y criaremos a nuestros hijos en tranquilidad y honestamente en paz. Vosotros programad las guerras. Vosotros amos de los hombres programad las guerras y señalad el camino. Nosotros apuntaremos con el fusil.

NOTAS

[1] El derecho a leer. (N. del T.)
[2] P. Blanshard se refiere al libro como “Johnny coge tu fusil”. (N. del T.)
[3] Uno de los libros de Lewis Carroll se refiere al *bohunk* como a un ser fantástico. (N. del T.)
[4] De una canción popular americana. (N. del T.)
[5] DAR: *Daughters of the American Revolution* (Hijas de la Revolución Americana), liga tradicionalista patriótica. (N. del T.)
[6] Juego de palabras con el verbo *Tolie* (infinitivo) y su pretérito lay poner, colocar, tender, echarse, descansar, acostarse, etc. Juego de palabras con *who y whom,* pronombre nominativo y acusativo respectivamente. (N. del T.)
[7] Solían llamar así a los ingleses por el uso que se le daba a la lima o al limón dulce en la Marina Británica (N. del T.)
[8] Soldado norteamericano (N. del T.)
[9] Soldado Inglés. (N. del T.)
[10] Soldado francés. (N. del T.)